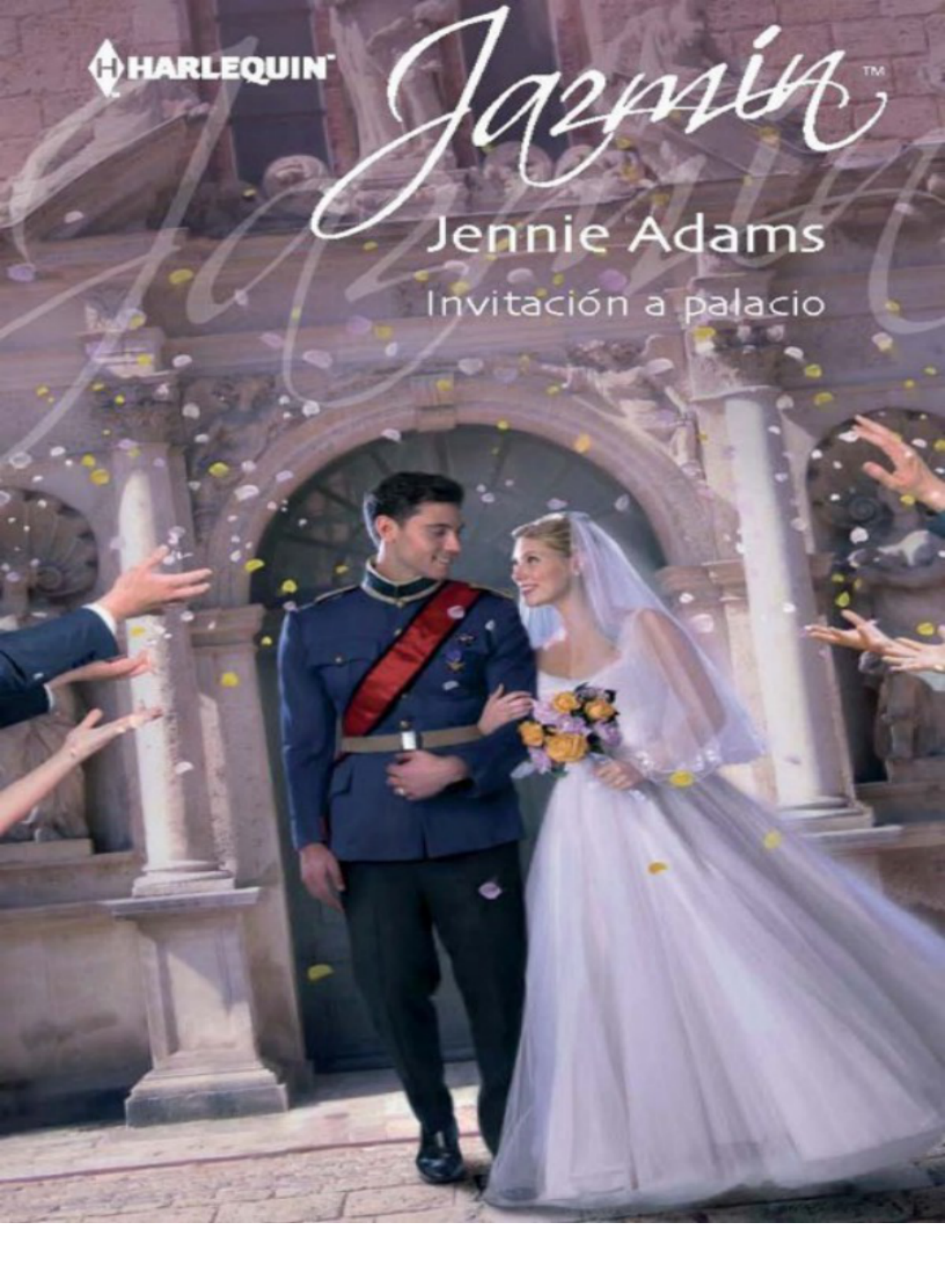

HARLEQUIN
Jazmín
Jennie Adams
Invitación a palacio

Invitación a palacio

Jennie Adams

Invitación a palacio (2012)
Título Original: Invitation to the Prince’s Palace (2012)
Editorial: Harlequin Ibérica
Sello / Colección: Jazmín 2492
Género: Contemporáneo
Protagonistas: Rikardo Ettonbierre y Mel Watson

Argumento:

El plan era convertirla en su esposa durante solo unos meses

Mel Watson era una chica corriente a quien un simple viaje en taxi acabó llevando a una vida completamente nueva. Hasta que oyó que alguien se dirigía al supuesto taxista como «Alteza», Mel no se dio cuenta de que se había colado en un cuento de hadas. El príncipe Rikardo no podía creer que hubiese recogido a la mujer equivocada. Desde luego, Mel no tenía nada que ver con la ambiciosa joven que esperaba encontrar y la dulzura de sus ojos le hacía ser muy cauteloso. Porque Rikardo hacía mucho tiempo que había renunciado al amor y solo quería un matrimonio temporal, pero la atracción que sentía por Mel era demasiado real…

Capítulo Uno

—Ya está aquí. Pensé que tendría que esperar más tiempo — Melanie Watson intentó no parecer demasiado aliviada al ver al taxista, pero lo cierto era que lo estaba, y mucho.

Llevaba un tiempo ahorrando para empezar una nueva vida lejos de sus tíos y de su prima y, aunque aún no tenía suficiente, esa noche había comprobado lo desmoralizador que era vivir con personas que aparentaban en lugar de aceptar; que utilizaban a los demás, en lugar de quererlos.

La familia había abandonado toda cortesía y Mel había decidido marcharse de inmediato, sin importarle si contaba o no con el dinero necesario.

Había esperado hasta que su prima se había metido en sus habitaciones y sus tíos se habían ido a la cama. Había limpiado la cocina de arriba abajo porque nunca dejaba una tarea a medio hacer, después había pedido un taxi, había dejado una nota en su habitación y había metido toda su vida en unas cuantas maletas con las que había salido a la calle lo más rápidamente que había podido.

Mel intentó fijar la mirada en las casas pintadas con los tonos del amanecer. El sol no tardaría en aparecer y subiría un poco la temperatura. Llegarían la claridad y el nuevo día y todo parecería mejor. Solo tenía que aguantar despierta hasta entonces.

En aquel momento se sentía muy rara; desorientada y con un desagradable zumbido en la cabeza. No creía que fuera a desmayarse, pero desde luego no se encontraba nada bien.

—Es un buen momento para viajar en coche. Está todo muy tranquilo —dijo, utilizando palabras esperanzadoras, al menos ligeramente positivas. Y, gracias al anonimato que otorgaba el hablar con un completo desconocido, Mel le confesó al taxista—: La verdad es que no ando muy bien. He tenido una reacción alérgica y no he podido tomar nada hasta hace un momento, pero parece que la medicación me está haciendo un efecto más fuerte de lo que yo creía.

Había encontrado las pastillas en el amplio botiquín de su prima mientras ella despedía a los últimos invitados.

Probablemente no debería haberlas tomado sin permiso, pero estaba desesperada.

Mel respiró hondo e intentó hablar con voz fuerte, pero no pudo evitar que tuviera cierto tono de cansancio.

—No pasa nada, estoy preparada para marcharme. Aeropuerto de Melbourne, allá voy.

—He llegado antes de lo esperado, así que te agradezco que

estuvieras preparada.

Mel creyó oír que murmuraba «lo agradezco y me sorprende », antes de que siguiera hablando.

—Y me alegra que tenga ganas de viajar a pesar de los problemas de alergia. ¿Te importa que te pregunte qué te ha ocasionado la reacción alérgica? —el taxista la miró como si no supiera bien qué pensar de ella.

Era lógico porque tampoco ella sabía qué pensar de sí misma en esos momentos. Había cumplido con todas sus obligaciones: había preparado unos postres magníficos y otros manjares para la fiesta a pesar del acoso al que la habían sometido sus tíos y su prima y, una vez terminada la fiesta, lo había limpiado todo.

Ahora debía pensar con claridad para marcharse de allí, pero su cuerpo parecía no querer otra cosa que dormir. Se sentía como una de esas personas que se quedaban dormidas de pie en el autobús al volver de trabajar, o como una muchacha que había tomado una buena dosis de antihistamínico después de llevar toda la noche sin dormir y ahora tenía la cara y los ojos hinchados.

—El perfume nuevo de mi prima. Se lo echó cerca de mí y no hizo falta nada más. Por lo visto tengo alergia a las gardenias —añadió Mel y echó mano del poco sentido del humor que le quedaba, tenía que quedarle algo en alguna parte—: Si nadie me acerca un ramo de gardenias, estaré bien.

—Me aseguraré de que así sea. Es cierto, es un buen momento para conducir. La ciudad está preciosa, incluso antes de que amanezca —le dijo el taxista con total seriedad y mirándola a los ojos.

Mel lo miró también. Era difícil no hacerlo porque era increíblemente guapo. Mel parpadeó para intentar quitarse la somnolencia que le empañaba la vista.

El conductor tenía un acento que Mel no conseguía identificar. ¿Francés? No, pero desde luego era europeo, lo cual encajaba a la perfección con su piel bronceada y el cabello negro. Además se movía con una elegancia casi majestuosa. Tenía los hombros anchos, perfectos para que una mujer los recorriese con ambas manos y apreciara su belleza, o apoyara la cabeza en uno de ellos y se sintiera segura.

Vestía un traje sencillo, pero caro, lo cual resultaba muy inusual en un taxista. Y sus ojos no eran castaños ni color miel, sino de un azul maravilloso.

—Solo quiero sentarme —dijo Mel.

—Quizá antes deberíamos guardar el equipaje, Nicol… —el resto de la palabra quedó ahogada por el ruido de desbloqueo de las puertas. El conductor agarró las dos primeras maletas.

Había debido de dar su nombre completo, Nicole Melanie Watson, al llamar al servicio de taxis. Mel no había utilizado su primer nombre desde que se había trasladado a vivir con sus tíos a los ocho años, por lo que le resultó extraño que alguien volviera a llamarla así. Una sensación que le provocó un escalofrío, quizá porque el acento extranjero hizo que sonara especial.

«Por el amor de Dios, Mel».

—Me encantan estas maletas de flores —dijo sin pensar, aunque no tuviera ningún sentido.

Había rescatado aquellas maletas después de que su prima Nicolette hubiese querido deshacerse de ellas, pero eso sí que no era del interés de aquel hombre. ¡Ni él era de su interés!

—No te resultaría fácil perderlas. Tienen un dibujo muy particular —entonces él la miró a los ojos—. ¿Estás decidida a hacerlo?

—Completamente —¿acaso pensaba que iba a intentar no pagarle? Ella jamás haría algo así. Sabía muy bien lo que era tener que vivir con un presupuesto muy ajustado. Sus tíos tenían dinero, pero nunca habían sentido la necesidad de gastar en ella nada más que lo justo para cubrir sus necesidades básicas y, en cuanto había tenido edad de trabajar, habían dado por sentado que les compensaría los gastos que habían hecho en ella trabajando en la casa. A esas alturas, la deuda había quedado perfectamente saldada, al menos eso era lo que se decía a sí misma para estar tranquila—. No voy a cambiar de opinión.

Miró el único coche que había aparcado y se dio cuenta de que no era un taxi, sino un coche particular. Le habían dicho por teléfono que no había taxis suficientes, pero no se le había ocurrido pensar que pudieran mandar a un conductor en su coche particular. ¿Sería legal?

Además, era un coche muy lujoso, negro y brillante. Eso tampoco encajaba demasiado con un taxista. Mel frunció el ceño mientras se preguntaba cómo podía permitirse semejante coche.

—¿Viene de una cena formal o algo así?

Las palabras salieron de su boca antes de que pudiera pararse a censurarlas y luego pensó algo preocupante: solo esperaba que hubiera podido dormir. El caso era que parecía estar muy descansado.

«Con él estarás segura, Mel. No será como…».

Cortó en seco aquel pensamiento, otro de los orígenes de su dolor, pero no quería pensar en ello. Ya había tenido suficientes cosas malas por una noche.

—La mayoría de las cenas a las que voy son formales, a no ser que me quede con mis hermanos —Rikardo habló de manera

decidida, pero parecía que su invitada no esperaba semejante respuesta.

Lo cierto era que tampoco ella era como esperaba. No imaginaba que fuera tan abierta y tuviera ese aire de ingenuidad. Debía de ser por culpa de lo que había tomado para la alergia.

Dejó a un lado dichos pensamientos y a la pasajera en el asiento delantero, junto al suyo.

—Ya puedes descansar si quieres. Puede que cuando lleguemos al aeropuerto se haya pasado el efecto de la medicación y vuelvas a encontrarte normal.

—No creo. Me siento como si me hubiese tomado una dosis para elefantes —dijo entre bostezos—. Discúlpame, pero no puedo evitarlo.

Había recogido a una versión somnolienta e hinchada de la Bella Durmiente. Eso fue lo que pensó el príncipe Rikardo Eduard Ettonbierre mientras llevaba a Nicolette Watson al avión privado de la Casa Real.

Había ido durmiendo la mayor parte del viaje hasta el aeropuerto y así había estado también durante la facturación. Estaba claro que la medicación había podido con ella. Aun así, seguía siendo toda una belleza.

A pesar de tener la cara algo hinchada, no parecía que le hubiesen sentado nada mal los años que habían pasado desde que se habían conocido en la universidad, en el tiempo que él pasó estudiando en Australia. Nicolette estudiaba dos cursos por debajo de él, pero ya entonces había sido evidente su afán por conseguir el éxito social.

Aunque no habían vuelto a verse desde entonces, Nicolette no había dejado de felicitarle las Navidades y todos los cumpleaños con una tarjeta; en otras palabras, se había encargado de que no se le olvidara su nombre. A él dicho empeño siempre le había resultado algo incómodo y ahora no sabía muy bien qué decirle, cómo explicarle por qué nunca había respondido a sus tarjetas.

Quizá fuera mejor no mencionarlo y concentrarse en lo que estaban a punto de hacer. Había pensado en muchas mujeres que pudieran realizar aquella tarea, pero al final había decidido proponérselo a Nicolette. Sabía que no correría el peligro de enamorarse de ella y, dada su ambición, había sabido también que accedería a participar en el plan. Había sido la elección más lógica.

Y no se había equivocado con ella. Nada más explicarle la situación, Nicolette se había lanzado a aprovechar la oportunidad de mejorar su estatus social. Otra ventaja de Nicolette era que, cuando todo hubiese acabado y el acuerdo llegase a su fin, podría devolverla a Australia y no tendría que encontrarse constantemente con ella en

los mismos círculos sociales.

—Debería haberme permitido que la llevara yo, Alteza —murmuró uno de sus guardaespaldas, casi a modo de regañina—. Ni siquiera debería haber ido conduciendo solo a buscarla… No nos ha dado la información básica para proporcionarle las medidas de seguridad necesarias.

—En estos momentos no necesitas más información, Fitz —ya se encargaría de eso más tarde, cuando se hiciera público y se disparara el interés de la gente y de los medios, pero por el momento no era necesario—. Ya sabes que me gusta conducir siempre que puedo. Además, os he dejado que me siguierais en otro coche y que aparcarais a menos de una manzana. Así que no te preocupes —añadió Rik con una ligera sonrisa—. En cuanto a lo de llevarla en brazos, ¿no crees que es más importante que tuvieras las manos libres por si hay alguna emergencia?

El guardaespaldas apretó los labios antes de asentir.

—Tiene razón, Alteza.

—Sí, de vez en cuando tengo razón —Rik sonrió y dejó a Nicolette en su asiento.

¿Estaba loco por meterse en semejante lío solo para burlar los deseos de su padre? Llevaba diez años disfrutando de una agradable combinación de trabajo duro y vida social y, siendo el tercero en la línea de sucesión al trono, no había visto ningún motivo para tener que cambiar de vida en un futuro cercano. Pero ahora…

Claro que había razones más profundas para resistirse a cambiar de vida. Como por ejemplo el matrimonio de sus padres.

Su guardaespaldas se apartó y Rik apartó también aquellos pensamientos. No estaba loco, concluyó mientras miraba a la bella durmiente. El pelo color miel le caía como una cortina hasta los hombros y, aunque aún se apreciaban en su rostro los efectos de la medicación que había tomado para la alergia, tenía unos rasgos muy atractivos. Unas largas pestañas cubrían unos ojos que Rik sabía que tenían un cálido color castaño. Tenía los labios rosados, la nariz recta y las mejillas ligeramente redondeadas. Parecía más joven que en la foto que le había mandado por correo electrónico y de lo que Rik había pensado.

La oyó suspirar y sintió la inesperada tentación de besarla, una reacción muy extraña teniendo en cuenta que lo único que lo unía a aquella mujer era un frío acuerdo de negocios. De no ser por eso, jamás habría deseado conocerla más a fondo. Quizá su reacción se debía al aspecto tan vulnerable que tenía en esos momentos. Cuando despertara volvería a ser la mujer ambiciosa y amante de la alta sociedad que había conocido en la universidad.

Nicolette se movió al sentir el ruido de los motores del avión,

como si estuviese intentando despertarse.

—Duerme, Nicolette —le dijo en el idioma de Braston, y eso le hizo fruncir el ceño porque rara vez abandonaba el inglés o el francés, a no ser que se dirigiera a algún anciano de su país o al personal de palacio.

Nicolette giró la cabeza y dejó de mover las pestañas, dejándose arrastrar de nuevo por el sueño. También tenía el pelo más corto que en la foto. Aquella melenita por los hombros le iba muy bien con el atuendo tan femenino y favorecedor que llevaba, aunque la falda y la blusa de seda no eran muy apropiadas para el clima que haría en Braston cuando llegaran, pero ya se preocuparía por eso más tarde.

Rik se puso cómodo y trató de descansar un poco. Cuando volvió a moverse, Nicolette apoyó la cabeza en su hombro y él se movió también para asegurarse de que estuviera cómoda. Al notar el aroma a cítricos de su perfume, tuvo que hacer un esfuerzo para no dejarse llevar por la sensación de satisfacción que lo invadía al pensar que muy pronto iba a dar el siguiente paso para arreglar los problemas económicos de su país y, al mismo tiempo, vencer a su padre, el rey Georgio. Dicho así, ¿por qué no habría de sentirse satisfecho?

—Espero que haya tenido un vuelo tranquilo, Alteza.

—Enseguida desembarcaremos, príncipe Rikardo.

Mel despertó al oír voces, retazos de conversación en inglés y en otro idioma y la voz suave del conductor del taxi.

—¿Qué…? —se incorporó bruscamente, con el corazón a punto de salírsele por la boca.

Aquello no era un vuelo comercial.

No había filas de asientos, ni pasajeros, solo unos cuantos auxiliares de vuelo bien vestidos que parecían empeñados en complacer a su taxista.

La alergia había desaparecido y también los efectos de la medicación, lo cual era bueno, pero también significaba que era imposible que estuviese alucinando.

Recordaba vagamente haberse quedado dormida… cómodamente, sobre el hombro de alguien.

¡Pero ni siquiera recordaba haberse subido a un avión!

Y no era un avión cualquiera, era uno muy lujoso. Acababan de aterrizar, pero al mirar al exterior no vio más que oscuridad en lugar del sol que esperaba ansiosa desde Melbourne. En cuanto se abrió la puerta entró un frío helador.

Nada que ver con el calor veraniego de Sídney.

De pronto recordó el carísimo coche en el que se había subido. ¿Acaso la habían secuestrado? Se le hizo un nudo en el estómago. Si pasaba cualquier cosa, en su nota había escrito que se mudaba a Sídney. A sus tíos y a su prima les daría lástima perder a la cocinera,

pero no creía que trataran de encontrarla porque para ello tendrían que dedicar tiempo y recursos.

«Respira, Melanie. Cálmate y piensa con tranquilidad».

El conductor le había preguntado si estaba «decidida a hacerlo», como si tuvieran un plan conjunto. Eso hacía pensar que no la habían secuestrado.

¡Pero en realidad no tenían ningún plan!

Mel levantó la cara y se encontró con la impresionante mirada del hombre que la había llevado hasta allí.

Antes había pensado que era atractivo, ahora se daba cuenta de que además era un hombre con un gran carisma. Todos los que estaban alrededor se comportaban como si… ¿fueran sus sirvientes?

Los oyó hablar y, entre muchas palabras en francés, entendió «príncipe Rikardo».

¿Estaban llamando príncipe al taxista?

Claro, pensó Mel, al borde de la histeria. Se había colado por una madriguera de conejos que la había llevado a un mundo paralelo. En cualquier momento le aparecerían en los pies unas brillantes zapatillas rojas. «Son dos cuentos distintos, Mel. En realidad es un cuento y una película clásica». ¿Qué más daba eso ahora? Sin embargo, en ese momento, aquel mundo paralelo le parecía muy real.

—¿Te encuentras bien? ¿Qué tal la alergia? Has dormido casi veinticuatro horas. Espero que te haya venido bien el descanso.

¿Un secuestrador hablaría con tanta calma y tanta amabilidad?

Mel respiró hondo y habló con una inseguridad que no pudo ocultar.

—La verdad es que estoy agotada, pero la alergia ha desaparecido, supongo que me ha sentado bien dormir todo el trayecto desde Melbourne a…

—Braston —dijo él con un ligero movimiento de cabeza.

—Claro. Braston —un pequeño país situado en el corazón de Europa. Mel sabía que existía, pero poco más. Y desde luego no tenía la menor idea de qué hacía allí ella—. No comprendo… Verás, yo creía que iba a Sídney…

—Hemos podido volar casi directos —se inclinó sobre ella y la sorprendió al agarrarle la mano—. No tienes por qué preocuparte o ponerte nerviosa. Solo tienes que hacer lo que hemos acordado y dejar que sea yo el que hable con mi padre, el rey.

—El… rey —un rey, el padre de un príncipe. ¿Quería eso decir que aquel hombre era un príncipe? ¿Uno de los príncipes de Braston?

«No te vayas por las ramas, Mel. ¿Qué haces aquí? Eso es lo único que necesitas saber en este momento».

—Estás distinta a como te recordaba —le dijo él en tono pensativo.

—¿Del trayecto hasta el aeropuerto? No comprendo —pretendía hablar con fuerza, pero le salió una voz grave y nerviosa, ahogada por el ruido que estaban haciendo al sacar el equipaje.

No era el mejor momento para que hablara como una rana, esperando a que la besara un guapo príncipe.

«¡Deja ya las metáforas de cuentos de hadas, Melanie!».

—Comprendo que estés nerviosa. Confía en mí, yo te ayudaré a hacerlo y vas a ver como es fácil cumplir con lo acordado.

Mel volvió a respirar hondo.

—A ver, ese acuerdo…

—Alteza, cuando quieran, pueden acompañarme —les indicó una de las auxiliares de vuelo.

El príncipe, Rikardo, agarró a Mel del brazo, la arropó con la manta que le había echado encima en algún momento y la condujo hasta el exterior.

Un viento frío como el hielo la golpeó en la cara, pero gracias a la manta no tenía frío. A los pies de la escalera del avión esperaba una pequeña comitiva.

Le dieron ganas de darse media vuelta y volver al avión. Quizá no se hubiera colado por una madriguera, pero desde luego era Alicia en el País de las maravillas. No habría pasado nada de lo que estaba ocurriendo si hubiese estado en plenas facultades al pedir el taxi al aeropuerto y cuando había creído que había llegado. No volvería a tomar la medicación de otra persona nunca más.

—Por favor. Príncipe… Alteza… —seguían avanzando por el asfalto de la pista mientras hablaban—. Ha habido algún error.

¿Cómo era posible? Al mismo tiempo que se planteaba la pregunta, las piezas del rompecabezas empezaron a encajar.

Si él había acudido a la dirección correcta, significaba que esperaba recoger allí a una mujer.

De pronto recordó que el día anterior su prima había estado muy rara; misteriosa y frenética. Después de la fiesta, se había ido corriendo a su habitación y Mel la había oído ir de un lado a otro. Estaría… ¿haciendo el equipaje para un largo viaje?

Rik le había dicho que había llegado antes de lo esperado, eso explicaría que Nicolette no hubiese salido todavía. Mel había creído que la llamaba por su nombre, Nicole, pero también podría haber dicho Nicolette. Su prima y ella se parecían mucho. Estaba claro, pensó Mel, horrorizada.

—Debías de estar esperando a Nicolette.

—Permíteme que te dé la bienvenida a Braston, Nicolette —Rikardo, el príncipe Rikardo habló al mismo tiempo que ella. Luego

se detuvo—. ¿Qué?

Ay, Dios.

La había confundido con Nicolette. Su prima tenía un plan con aquel hombre. Eso quería decir que realmente era un príncipe. ¡El príncipe del país en el que estaban en esos momentos!

Mel, la chica que llevaba años trabajando en la cocina de sus tíos, estaba allí de pie, en un país extranjero con un heredero al trono, pero en realidad debería haber sido su prima la que estuviera allí por el motivo que fuera. ¿Cómo era posible que el príncipe no se hubiera dado cuenta del error? Tenía que haber visto que no era Nicolette, incluso a la luz del amanecer y a pesar de que tuviese la cara hinchada por la alergia. ¿Hasta qué punto conocía a Nicolette?

¿Cuántas veces se había enfadado Nicolette cuando alguien la había confundido con ella al verla en casa?

—A menos que no estemos en público, llámame Rik —la llevó a un coche que los esperaba y le abrió la puerta de atrás para que entrara para después sentarse a su lado.

Un hombre con traje oscuro se sentó al volante, intercambió unas palabras en francés con el príncipe y luego puso el motor en marcha.

—O Rikardo —añadió el príncipe.

—Seguramente tienes cinco nombres y eres el heredero de un montón de ducados o algo así —Mel tomó aire antes de continuar—. Veo las noticias y conozco algunas familias reales —pero no la suya —. A las más famosas. Lo que quiero decir es que no sigo mucho a la realeza, pero tampoco estoy completamente desinformada.

Había conseguido parecer una paleta incapaz de comportarse ante alguien tan importante. ¡Exactamente lo que era!

—Por favor… Príncipe… Rik… Tenemos que hablar. ¡Es urgente!

—Alteza, hemos llegado —esa vez Mel comprendió las palabras del conductor.

El coche se había detenido y, un segundo después, se abrió la puerta para que bajaran. Rikardo salió primero y luego le tendió una mano para ayudarla, una mano que Mel aceptó.

—Sé que estás nerviosa, pero en cuanto entremos te llevaré a nuestras habitaciones y podrás relajarte.

—¿Directamente? ¿No vamos a ver a nadie? —claro que verían a más gente, ya la estaban viendo en ese momento. ¿Qué había querido decir con eso de sus habitaciones?—. ¿Podremos hablar entonces? ¡Por favor!

—Sí. No debería ser necesario a estas alturas, pero hablaremos de lo que te tiene preocupada —habló como un verdadero príncipe y resultaba intimidante.

Mel tenía el estómago encogido. No había sido intención suya que ocurriera aquello; solo había pretendido tomar un taxi para ir al

aeropuerto. Suponía que sería relativamente fácil subsanar el error.

Subieron juntos una impresionante escalinata que conducía a unas puertas no menos impresionantes que se abrieron en cuanto llegaron, como si alguien hubiese estado mirando desde el otro lado.

Mel levantó la vista, pero no consiguió ver el final de la fachada del palacio. Había algunas partes iluminadas, otras se fundían con la oscuridad circundante. Mel sintió un escalofrío y entonces notó la mano del príncipe en la espalda, para ayudarla a dar los últimos pasos.

Mientras los recibían, Mel pensó que era absurdo sentir que su mano se le había quedado marcada en la espalda. Lo cierto era que, de no haber estado allí, era posible que Mel se hubiese desmayado, abrumada por tanta opulencia.

Una opulencia que era aún mayor en el interior.

—Bienvenida a palacio —le dijo Rik al oído.

—Gracias. Esto es… —Mel se quedó sin palabras al sentir su proximidad.

Había apoyado la cabeza en su hombro, había dormido durante horas inmersa en su aroma. De manera casi inconsciente, conocía el ritmo de su respiración, sabía lo que era sentir el roce de su cara y el calor de su cuerpo.

Por un momento, Mel se vio invadida por ese recuerdo, consciente o inconsciente, o por lo que fuera que había hecho que se sintiese atraída por él desde el primer momento, incluso cuando estaba grogui por la medicación. Se olvidó de la urgencia que tenía de explicarle que habían cometido un error. Se olvidó de todo excepto de él, de su proximidad y de los latidos irregulares de su propio corazón.

Entonces el príncipe Rikardo de Braston volvió a hablar suavemente, solo para sus oídos.

—Gracias por acceder a ayudarme a cumplir las exigencias de mi padre sin perder mi libertad… casándote conmigo de manera temporal.

Capítulo Dos

—Ha habido un error —la prometida de Rik iba de un lado a otro de la sala de estar de las habitaciones privadas del príncipe. Sus palabras y sus gestos estaban cargados de tensión—. Yo no debería estar aquí. No soy la persona adecuada. Todo esto…

—No tendrás que estar aquí mucho tiempo, solo unos meses.

Rik intentaba comprender su inquietud, pero le costaba después de haber visto lo dispuesta que se había mostrado a participar en el plan. ¿A qué se debían todas esas dudas? Había entrado a la habitación, había mirado a su alrededor y había empezado a hablar

sin parar.

—Esto es algo temporal —añadió—. Nada más —algo que habían acordado ya, aunque ella aún no hubiese firmado el contrato oficial, que estaba ya preparado. Nicolette había asegurado estar también preparada. ¿Qué había cambiado desde entonces?

—Todo este lujo —continuó hablando ella después de respirar hondo—. El oro, las alfombras de terciopelo rojo, los cuadros de pintores famosos… es mucho más que una madriguera de conejo o una calabaza convertida en carroza o todos los cuentos del mundo juntos. Es… —lo miró a los ojos antes de decir las siguientes palabras como si fueran la raíz de todo mal—: ¡Eres un príncipe!

—Eso no es ninguna sorpresa para ti —a él, sin embargo, le sorprendía encontrarla tan atractiva mientras la culpabilidad y la preocupación se reflejaban en su rostro.

Nicolette nunca le había parecido atractiva y no quería que se lo pareciese ahora. Aquello era un acuerdo de negocios y el hecho de no sentirse atraído por ella había sido uno de los motivos para elegir a Nicolette, porque así sería más fácil poner fin al matrimonio y alejarse de ella.

Así que, nada de verla atractiva.

—Sí que lo es. No lo habría sido si hubiese leído algo sobre ti en alguna revista o algo así —se puso un mechón de pelo detrás de la oreja con una mano temblorosa.

Ni siquiera hablaba como la mujer que Rik recordaba.

Parecía incluso ingenua.

Rik frunció el ceño. Había achacado su comportamiento en el coche a la influencia de la medicación que había tomado para la alergia pero, ahora que había pasado el efecto, empezaba a sospechar que algo no iba bien. Dio un paso hacia ella y, al observarla de cerca, se lamentó de no haberse fijado mejor en el rostro de Nicolette años atrás. ¿Esas pecas de la nariz…?

—¿Por qué me pareces tan diferente?

—Porque no soy quien tú crees —respondió ella de golpe y luego se quedó callada durante unos segundos, como si necesitara tiempo para tomar fuerzas. Después cuadró los hombros y volvió a hablar—: Mi nombre completo es Nicole Melanie Watson.

—Nicole…

—Sí —afirmó de inmediato—. Todo el mundo me llama Melanie desde que a los ocho años me fui a vivir con mis tíos y con mi prima, Nicolette. Nicolette encajaría a la perfección entre tanto lujo. Llevo dándole vueltas desde que me desperté en el avión y me di cuenta de que no estaba en el aeropuerto de Sídney, donde pensaba buscar un albergue donde vivir hasta que encontrara un trabajo porque ya no aguantaba más…

Se detuvo bruscamente.

¿El aeropuerto de Sídney? ¿Un albergue? ¿Buscar trabajo? Había algo más en sus palabras que le llamó la atención, pero tuvo que encargarse primero de lo más inmediato.

—No sé si lo he entendido bien —comenzó a decir él en tono formal, que era su manera de ponerse en guardia—. ¿Estás intentando decirme…?

—Creo que buscabas a Nicolette y me encontraste a mí por error. Es la única explicación que le veo. Cuando dijiste mi nombre, pensé que habías dicho Nicole, no Nicolette. Di por hecho que había dado mi nombre completo al pedir el taxi.

—Si lo que dices es cierto… —Rik la miró fijamente. ¿Sería posible que hubiera recogido a la mujer que no era?—. Llevo años sin ver a Nicolette, solo he visto una foto que me envió por Internet. Cuando te vi pensé que habías cambiado y que parecías más joven de lo que esperaba. Pero, si no eres Nicolette… ¿Tanto os parecéis tu prima y tú?

—Sí, bastante. También tenemos la voz parecida. A ella le molesta mucho que nos confundan a la una con la otra —explicó Melanie—. Todo esto ha sido un error. La medicación me había afectado mucho, estaba esperando a que llegara el taxi para llevarme al aeropuerto y empezar una nueva vida y entonces apareciste tú. Supongo que Nicolette debería haber estado ahí esperándote, pero ella nunca es puntual y tú dijiste que habías llegado antes de lo esperado —de pronto dejó de hablar y clavó la mirada en el suelo con horror—. Nicolette se va a poner muy furiosa conmigo cuando se entere de lo que ha ocurrido.

—Tu prima no tiene derecho alguno a enfadarse contigo, puesto que el error ha sido mío —entonces se dio cuenta de algo—: Yo pensé que eras tu prima, pero… ¿tú me tomaste por un taxista?

—¡No sabía que fueras un príncipe!

Rik estuvo a punto de sonreír. Ella parecía horrorizada, pero debía admitir que la idea de que lo hubieran confundido con un taxista tenía cierta gracia. Enseguida se le quitaron las ganas de sonreír al pensar en la gravedad de la situación. Rik no se dio cuenta de la amabilidad con que la miró mientras le ponía la mano en el brazo.

—Seguro que encontramos una solución —se concentró en buscarla.

Lo había organizado todo y, después de un largo viaje hasta Australia, resultaba que se había llevado a Braston a una prima de la que nunca había oído hablar, que no tenía la menor idea de sus planes de matrimonio, del acuerdo al que había llegado con su padre, el rey Gregorio, ni de su intención de cumplir dicho acuerdo,

pero a su manera.

Si no conseguía solucionarlo, el error podría dar al traste con todos sus planes y el pueblo de Braston saldría muy perjudicado, pues no recibiría la ayuda que tanto necesitaba. Algo de lo que Rik se consideraba en gran parte responsable.

—Eres muy amable por no culparme de lo ocurrido —le dijo en voz baja y mirándolo con algo parecido al asombro.

Parecía costarle creer que alguien la tratara así; era como si esperara que le echaran la culpa de todo, fuera o no responsable de ello.

—La culpa no ha sido tuya, Nicol… Melanie —por algún motivo, Rik no conseguía apartar la mirada de sus ojos.

Daba la impresión de que no se sentía muy segura allí. O quizá siempre tuviera esa actitud de autoprotección, ese aire de no saber si era bien recibida donde estaba o si podía bajar la guardia.

Rik había pasado la mayor parte de su vida en guardia. Como miembro de la familia real, formaba parte de su rutina. Pero sabía bien quién era y cuál era su sitio. Aquella joven parecía algo falta de felicidad y de despreocupación. Había dicho que estaba a punto de empezar una nueva vida. ¿Qué habría pasado para que tomara esa decisión? ¿Qué la habría llevado a abandonar a su familia antes del amanecer?

¿Tendría algo que ver Nicolette con la repentina marcha de Melanie?

«Tienes otras cosas que te incumben más de las que preocuparte».

Era cierto, pero aun así, Rik seguía sintiendo el impulso de proteger a aquella joven que de pronto se había encontrado en el otro extremo del mundo. También era lógico que sintiese cierta curiosidad por ella. Había metido a una desconocida en su casa, era comprensible que quisiera descubrir quién era exactamente dicha desconocida.

Iba a necesitar su ayuda para resolver el problema, y ella necesitaría que le transmitiera un poco de tranquilidad.

—Esto no tiene por qué ser una dificultad insalvable. Solo tengo que conseguir sacarte de palacio sin que te vea mi padre e idear una historia convincente para explicar por qué he necesitado dos viajes para traer a mi prometida…

—Me resulta tan extraña la idea de casarse con alguien de manera temporal sabiendo de antemano que se va a poner fin a dicho matrimonio… ¿Por qué hacer algo así, si es que es eso lo que vas a hacer? ¿Conoces bien a mi prima? —Mel soltó aquellas palabras mientras el príncipe Rikardo aún estaba tratando de asimilar que la mujer que tenía delante no era quien él esperaba y la que él esperaba no estaba allí.

Mel estaba nerviosa y abrumada. ¿Qué pasaría ahora con sus planes? Debería haber estado en Sídney, buscando trabajo, y no en un palacio, metida en semejante lío de identidades.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que acababa de cuestionar el comportamiento de un príncipe, y quizá no lo había hecho con demasiada amabilidad, pero solo era porque estaba preocupada e inquieta, y tenía bastante miedo al futuro.

—Discúlpame. No pretendía faltarte al respeto. Supongo que solo intento comprender todo esto.

—Tu prima era conocida mía en la universidad, en la época en la que estudié en Australia, y desde entonces, ella ha mantenido el contacto ocasionalmente.

Eso quería decir que no la conocía demasiado; quizá nunca la había conocido realmente. Sin embargo, había dicho que tenía intención de casarse con ella, aunque fuera de manera temporal. Desde luego, Nicolette había guardado bien el secreto, quizá le hubieran dicho que tenía que ser así. ¿Qué sacaría ella de todo eso?

Para empezar, aunque fuera algo temporal, Nicolette siempre podría decir que había sido princesa, algo que sin duda le encantaría y que le abriría muchas puertas en el terreno social. Entonces, ¿qué beneficio obtenía el príncipe Rikardo?

—Debe de ser muy raro para ti encontrarte aquí de repente cuando pensabas que ibas camino de Sídney, ¿verdad? —habló con voz profunda—. ¿A empezar una nueva vida?

—Madre mía, creo que te conté mi vida cuando pensaba que eras un taxista. Por cierto, no pretendía ofenderte al tomarte por un taxista.

—No lo hiciste.

¿Se habría dado cuenta de que había esquivado su pregunta? La verdad era que no tenía la menor gana de hablar sobre su nueva vida.

—Permíteme que ponga las cosas en marcha para subsanar el error —dijo él—. Luego hablaremos de lo ocurrido.

Mientras hablaba, Mel vio en su rostro y en sus gestos a todo un príncipe. Privilegiado y poderoso. No solo resolvería el problema, también obtendría las respuestas que desease.

Le había dicho que no la responsabilizaba de nada, que no había sido culpa suya. Pero Mel no podía ser tan indulgente consigo misma. Debería haberse dado cuenta de que estaba ocurriendo algo extraño. Había habido muchos indicios. Un coche sin rotular como taxi, un conductor sin uniforme, incluso el hecho de que la hubiese sentado en el asiento delantero, en lugar de en la parte de atrás. Por supuesto que Rikardo iba a exigir respuestas. ¿Acaso esperaba salir de aquella situación sin tener que afrontar su parte de

responsabilidad?

Quizá al mismo tiempo averiguase algo más sobre por qué había elegido a su prima.

—Claro, tendrás que hacer los preparativos para traer a Nicolette lo antes posible. A mí solo tienes que enviarme a Sídney; puedes meterme en cualquier avión, no hay problema. No es necesario que vea a mi prima ni nada —en realidad no quería verla y tener que darle explicaciones de por qué la habían confundido con ella o por qué se había marchado de casa sin avisar. Tenía muy claro que no iba a volver.

¿Qué habría visto el príncipe Rikardo en Nicolette?

Quizá simplemente le había gustado lo poco que sabía de ella y esperaba que eso bastase para que les salieran bien las cosas. Lo cierto era que, cuando le convenía, Nicolette podía ser encantadora. A lo largo de los años, había habido veces en las que había conseguido embaucarla con adulaciones. Últimamente, no, la verdad.

Mel miró a Rikardo a los ojos una vez más. Seguramente no paraba de pensar y, sin embargo, no parecía en absoluto nervioso. ¿Cómo podía transmitir esa sensación de fuerza? ¿Sería parte de la preparación de cualquier miembro de la familia real? Sintió un escalofrío. ¿Qué se sentiría siendo un príncipe? ¿O estando a punto de casarse de verdad con él?

«¿Estás segura de que esa fuerza que ves en él se debe solo a su condición de príncipe?», se preguntó a sí misma.

No. Rikardo Ettonbierre tenía algo que imponía y que le serviría para obtener cualquier respuesta al margen de su formación como miembro de la realeza. Aunque no hubiera sido príncipe, habría transmitido la misma fuerza.

—Haremos todo lo que sea necesario —dijo Rikardo mientras se acercaba a una mesita sobre la que había un teléfono—. Por favor, dígale a mi ayudante que venga a mis habitaciones en cuanto pueda. Tengo trabajo para él. Gracias.

Apenas acababa de colgar cuando llamaron a la puerta.

—No puede ser él, sería demasiado rápido —murmuró—. Debe de ser la cena. Supongo que tendrás hambre.

La puerta se abrió y aparecieron dos personas con bandejas de las que salía un aroma que hizo que Mel se diera cuenta de todo el tiempo que llevaba sin comer nada.

—Huele de maravilla —estaba acostumbrada a ser ella la que cocinaba, no a que le llevasen la comida en bandeja de plata—. La verdad es que tengo bastante hambre.

—Me alegra oír eso.

Esas palabras no salieron de boca de Rikardo, sino de una voz

más madura aunque igualmente imponente.

El propietario de dicha voz no tardó en aparecer en la habitación. Era un hombre de unos sesenta años, con el pelo negro y algunas canas en las sienes, los ojos azules y el poder de hacer enmudecer a todos sus empleados con solo aparecer.

Mel no habría necesitado ver el impacto que causaba para saber quién era, ni siquiera habría tenido que ver el parecido que había entre Rikardo y él. Solo tuvo que ver el rostro de Rikardo, el modo en que se tensó y apareció en él una especie de máscara que ocultaba cualquier pensamiento.

El rey había llegado.

Era lo peor que podría haber pasado en ese momento.

A Mel se le congeló el aliento en la garganta al ver a aquel hombre y automáticamente miró a Rik. ¿Qué iban a hacer ahora? Rik había dicho que su padre no debía verla. Descubrió un gesto de agobio en el rostro de Rik antes de que él se apresurara a disimularlo, y ese rasgo de humanidad despertó en ella una tremenda solidaridad por él. Tenía que ayudarlo a salir de la encrucijada. Ni siquiera se dio cuenta de que había pensado en él como Rik, en lugar de Rikardo.

El rey posó la mirada en ella y la estudió detenidamente.

Se había dirigido a ella, pero Mel no sabía si responder o no.

—Así es, padre. Qué casualidad que estés aquí —Rik dio un paso hacia él, sin interponerse entre su padre y Mel, pero sí distrayendo su atención—. Me gustaría hablar contigo un momento de la cosecha de trufas, si no te importa.

El rey volvió a mirarla antes de dirigirse a su hijo frunciendo el ceño.

—Me reconforta saber que mi futura nuera quiere comer en lugar de fingir que no tiene apetito para intentar mantener su figura de niña abandonada.

¿Figura de niña abandonada?

Mel trabajaba en una cocina. Era cierto que el sueldo era una miseria, pero jamás había pasado hambre. ¿Sería habitual que los reyes hablasen con tanta sinceridad?

Pero había otro problema. Incluso ella, que no tenía conocimiento alguno sobre protocolos reales, se daba cuenta de lo poco apropiado que era que Rikardo no la presentara a su padre, aunque los hubiese sorprendido en las habitaciones privadas de Rik.

¿Debería presentarse sola? ¿Por qué no lo hacía Rikardo?

«Porque no eres quien deberías ser, Melanie. ¿Cómo va a presentarte sin decir la verdad y sin mentir? No hay alternativa posible. Por cierto, ¿por qué no entrevistas a todos los reyes que conoces y averiguas si todos hablan con la misma sinceridad?».

Mel trató de convencerse a sí misma de que no estaba histérica.

«Mejor no digas nada, o al menos nada malo. Ten mucho cuidado con lo que dices o, mejor aún, quédate callada y espera a que Rikardo se encargue de todo. ¿No te ha dicho antes que si os encontrabais con su padre dejaras que hablara él?».

Sí, pero eso había sido antes de descubrir que Mel no era Nicolette. Su padre aún no lo sabía y ahora ya la había visto. No solo la había visto, había hablado con ella y la había observado detenidamente. Y, si no le respondía pronto, el rey iba a pensar que…

—Alteza —Mel se inclinó para hacer lo que esperaba que fuera una reverencia adecuada. Intentó no mirarlo a los ojos y esperó que su voz sonara parecida a la de Nicolette.

Rikardo la había confundido con su prima, pero entonces había tenido la cara hinchada por culpa de la alergia. En ese momento, el príncipe se dirigió a la puerta de la sala y, una vez allí, se dirigió a Mel.

—Si nos disculpas… Ve cenando, por favor —dio indicaciones al personal para que avisaran a su ayudante de que hablaría con él más tarde—. Y enseñadle sus habitaciones a mi invitada, por favor.

Un minuto más y el rey habría salido de allí. Mel podría dejar de contener la respiración y de preocuparse por si decía algo que pudiese ocasionar algún problema cuando llegase Nicolette.

Mel miró a Rikardo a los ojos y asintió antes de que él se llevase de allí a su padre.

Una vez a solas con el personal, Mel se limitó a darles las gracias por servirle la cena. Sintió la curiosidad que había en sus miradas. Ella también sentía curiosidad; le habría gustado preguntarles cómo era trabajar en la cocina de un palacio, pero optó por bajar la mirada y tener el menor intercambio posible con ellos.

Las habitaciones que iba a utilizar el poco tiempo que estuviera allí eran magníficas, de una opulencia que apenas podía creer.

Por fin se quedó a solas.

Lo único que podía hacer era sentarse a comer aquellos deliciosos manjares reales mientras el príncipe hablaba de la cosecha de trufas con su padre. Ni siquiera sabía que aquel país fuera productor de trufas.

Claro que no hablarían solo de eso, seguramente iba a ser muy difícil para el príncipe. Después volvería, le contaría sus planes y, de un modo u otro, se solucionaría todo.

Mel miró los platos y decidió comer algo para tener las energías necesarias para afrontar lo que ocurriera.

Todo iba a salir bien. Rikardo era un príncipe. Él se encargaría de solucionar las cosas.

Capítulo Tres

Rik estaba de pie junto a la ventana de la sala de estar de sus habitaciones. Los primeros rayos de sol del día iluminaban el paisaje nevado el pueblo de Ettonbierre. Muy pronto empezaría a salir la gente a la calle para ir al trabajo… los que tenían trabajo.

Había habido un tiempo en que aquel había sido su momento preferido del día, la soledad y la tranquilidad antes de que las obligaciones del día lo invadieran todo. Pero en esa ocasión no había tranquilidad alguna y su ayudante ya iba hacia allí para hablar de otro asunto urgente. En los últimos dos años había habido un problema tras otro. Lo de casarse había sido parte de la solución, o eso había creído él. Ahora…

La noche anterior había hablado con su padre y no había sido precisamente la conversación más agradable que habían mantenido; había durado demasiado y al final Rik había tenido que admitir que sería imposible llevar a Nicolette a Braston para presentarla como su prometida después de lo ocurrido.

En realidad, lo había sabido desde el momento que Melanie le había dicho que había recogido a la mujer que no era. Ya la había visto demasiada gente, incluyendo a su padre. Ella había intentado que no la viera bien, pero el rey se había fijado en ella. Seguramente habría visto hasta las tres pecas que tenía en la nariz.

Rik había sacado a su padre de allí tan rápido como había podido y había conseguido que le concediera un poco de tiempo para buscar una solución antes de presentarle formalmente a su prometida. Pero al final había llegado a la conclusión de que solo había una solución.

Llamaron a la puerta y Rik fue a abrir porque no estaba de acuerdo con esas teorías que aseguraban que los príncipes no debían hacer ese tipo de cosas. Sus hermanos y él trabajaban en nombre del pueblo de Braston de una manera u otra, así que, ¿por qué no iban a abrir la puerta personalmente?

«Y ahora os encontráis ante un gran desafío. Tras dos años completamente desconectado del mundo, después de que la reina se marchara y se negara a volver, vuestro padre vuelve al trabajo y quiere ayudar a que su país supere los problemas económicos que está sufriendo».

—Buenos días, Alteza —su ayudante entró y cerró la puerta tras de sí—. Le pido disculpas por molestarlo a estas horas.

—Y yo a ti por molestarte anoche —Rik apretó los labios—. Y para examinar una fotografía, ni más ni menos.

Y el pasaporte de Nicole Melanie, que les había proporcionado uno de los miembros de la comitiva cuando habían llegado al

aeropuerto con ella completamente dormida.

Nicole, no Nicolette. Solo Rik podría haberse dado cuenta de ese error, pero en ese momento había estado ocupado en otra cosa.

—Es una lástima que las dos mujeres no sean lo bastante parecidas como para poder intercambiarlas sin que la gente se diera cuenta —Dominico Rhueldt tomó aire—. He hecho lo que me pidió: he hecho una transferencia a la cuenta de Nicolette Watson y he encargado que le envíen ese conjunto de diamantes de Luchino Montichelli. Le llegará en un par de días.

El hombre titubeó antes de seguir hablando.

—Alteza, me preocupa que dedique tanto dinero de sus propiedades a ayudar a la gente. Sé que lo necesitan…

—Y mientras pueda, seguiré respondiendo a esas necesidades, pero eso no sirve para resolver el verdadero problema —Rik suspiró. Era la misma conversación de siempre—. ¿Nicolette… se ha quedado satisfecha con esa… compensación?

Una joya y una buena cantidad de dinero a cambio de que aceptara el cambio de planes y guardase silencio.

Rik estaba preguntando por la mujer con la que había tenido intención de casarse, pero en realidad no dejaba de pensar en la que había llevado a Braston.

Miró a la puerta que comunicaba con las habitaciones de invitados. La noche anterior, al volver de hablar con su padre, había arropado a Melanie. Estaba acurrucada en la cama, hecha un ovillo, como si no estuviese segura de tener derecho a estar allí. La Bella Durmiente, esperando a que la despertaran con un beso.

Había empezado a pensar tonterías, seguramente por culpa del cansancio y de las tensiones del día. Sin embargo, no había podido quitarse de la cabeza la imagen de ella acurrucada, ni el deseo de besar aquellos labios. Llevaba un tiempo completamente inmerso en los problemas de Braston y quizá había descuidado sus propias necesidades.

Su ayudante se tocó la nuca con gesto de incomodidad.

—Nicolette dijo que era lo que le correspondía por haber cambiado de planes sin contar con ella —le explicó, hablando en francés—. Parece que ha aceptado la situación, pero quizá no sea mala idea que no se entere de cualquier otro plan que piense llevar a cabo hasta que…

—Sí —si podía llevarlo a cabo, claro.

—El otro asunto urgente —siguió diciendo su ayudante—, me temo que es la cosecha de trufas.

Con solo mirar a Dominico a la cara, Rik supo que era importante.

—Cuéntame.

—Winnow está preocupado por el suelo de una zona del robledal. Dice que tiene el mismo aspecto que el año pasado antes de que empezara la plaga.

—¿Lo ha analizado? Se supone que nos habíamos asegurado de que no pudiera volver a ocurrir. ¡La cosecha debe de estar casi a punto para la recogida! —protestó mientras se dirigía al vestidor, de donde sacó un atuendo de trabajo: pantalones caqui, camisa gruesa, sudadera y botas fuertes. Una indumentaria poco propia de un príncipe, algo que su madre habría criticado de haber estado allí para poder hacerlo.

—Están haciendo el análisis en estos momentos —le respondió Dominico.

—Quiero examinar el suelo personalmente y luego hablaré con Winnow —anunció Rik, terminando de atarse las botas.

—¿Y su invitada? —su ayudante también miró hacia la puerta de las habitaciones de invitados—. ¿La despierto y le comunico sus planes inmediatos?

—Deja que duerma mientras pueda. Parece que tuvo un día complicado antes de venir aquí. Lo que sí quiero que hagas es asegurarte de que *Rufusina* está preparada para venir al campo conmigo.

Melanie oyó aquellas palabras desde la habitación contigua. Se dio media vuelta en la cama y, al abrir los ojos, recordó que se había tumbado con la intención de descansar solo un momento, mientras esperaba a que Rikardo volviera de hablar con su padre. Estaba claro que alguien la había arropado, asegurándose de que estuviera cómoda, aunque seguía llevando la ropa de la noche anterior. La voz que había oído al otro lado de la puerta era la de Rik y parecía que se disponía a marcharse.

¿Quién era *Rufusina*?

—Ya me levanto —las palabras salieron de su boca con una voz áspera. Se aclaró la garganta y se puso en pie rápidamente—. Príncipe… Alteza, estoy despierta —dijo más alto—. Siento haberme dormido anoche. Saldré en cinco minutos.

Hasta que terminó de hablar no se dio cuenta de cómo debían de haber sonado aquellas palabras a quien estuviera con Rikardo y, puesto que acababa de hablar, debía de estar con algún miembro del servicio.

Se le sonrojaron las mejillas y luego se sintió aún más tonta porque no era así como quería que sonaran y seguramente a nadie le importaría lo más mínimo. Además, Rikardo no tardaría en mandarla de regreso a Australia y entonces nada de lo que hubiera sucedido allí sería asunto suyo.

Mel se detuvo un segundo de camino al cuarto de baño y se

preguntó por qué de pronto había tenido esa sensación de decepción.

Se dijo a sí misma que le daba lástima haber pasado una noche en un palacio maravilloso y tener que volver a casa. Y quizá también se debía un poco a que no tendría oportunidad de conocer mejor a Rikardo.

—Para ti es el príncipe Rikardo, Melanie Watson. Además, ¿para qué quieres conocerlo mejor? Eres cocinera, una cocinera sin titulación, además, y él es un príncipe real. No estáis en el mismo mundo —se dijo a sí misma susurrando antes de vestirse para no hacer esperar demasiado al príncipe.

Bueno, en realidad en esos momentos ella sí estaba en su mundo. Pero, aun así, era cierto que no tenían absolutamente nada en común. Ella no encajaba allí. Seguramente querría hablar con ella enseguida para explicarle cómo iba a deshacerse de ella y a llevar allí a Nicolette para seguir adelante con su plan.

Afuera, en la sala de estar, Rik miró a su ayudante.

—No puedo estar en dos lugares al mismo tiempo. Sería una grosería dejar sola a Melanie ahora que ya está despierta, pero tendrá que desayunar y yo debo ir al campo a ver el terreno.

—Permítame que le sugiera que desayune con su invitada en el campo, pueden hacer un picnic después de visitar el terreno de las trufas —Dominico miró hacia la puerta de las habitaciones de invitados—. Seguro que se le ocurre un lugar tranquilo y agradable.

Rik no tuvo ninguna duda de cuál era ese lugar.

—Es una buena idea, allí podré hablar con Melanie y ver si le parece bien…

—Espero no haber tardado mucho —la susodicha invitada abrió la puerta y entró a la sala de estar de Rik.

Él se volvió a mirarla.

Su ayudante también.

Debía decir algunas palabras para hacer que se sintiera cómoda. Rik quería decirlas y ser amable, pero por un momento se quedó mudo, con la mirada clavada en el rostro de Melanie Watson.

Un suave rubor natural coloreaba sus mejillas. Llevaba el pelo recogido en una sencilla cola de caballo, con un par de mechones sueltos a ambos lados de la cara. Se había puesto una falda de pana larga de color marrón, unos botines de tacón bajo del mismo color y un suéter beige. En las manos llevaba un abrigo con forro de lana. En los labios se había puesto un brillo rosa claro y un toque de rímel en las pestañas.

La ropa no era de diseño, ni mucho menos, el peinado no era el resultado de una sesión con un estilista en un carísimo salón de belleza y, sin embargo, en los cinco minutos que había tardado, había conseguido una imagen que había dejado a Rik sin palabras,

algo que muchas mujeres habían intentado hacer de las maneras más rebuscadas sin lograrlo.

—Estás muy guapa —dijo sin pararse a pensar que no era correcto decírselo.

De pronto le pasó una idea por la cabeza que lo sorprendió. Quería que sus hermanos la conocieran.

Quizá lo hicieran, si daba la casualidad de que alguno de ellos estaba por allí. Pero también era posible que Melanie estuviese camino de Australia al final del día y entonces dicho encuentro sería imposible.

Dio un paso hacia ella, le tomó una mano y se la llevó a los labios.

—Espero que hayas dormido bien —le presentó a su ayudante—. Dominico es mi mano derecha, me ayuda en todos mis asuntos personales y en muchos de negocios.

En otras palabras, confiaba plenamente en él y estaba al corriente de la situación. Esperaba que Mel quisiera cooperar para ayudarlo, pero sabía que era mucho pedir.

«Eso te pasa por ser tan arrogante de creer que podías ser más listo que tu padre y salirte con la tuya sin pagar precio alguno, más allá de la presencia de tu prometida en el palacio durante unos meses».

Pero Rik había llevado a la mujer que no era y se había ocasionado multitud de problemas a sí mismo.

¿Cómo era posible que el roce de su piel en los labios pudiera distraerlo tanto? ¿Por qué deseaba tanto poder conocer a Melanie más a fondo?

Echó a un lado esos pensamientos. Tenía mucho trabajo que hacer. Debía asegurarse de que la cosecha de trufas llegaba a término sin plagas de ningún tipo y debía dar de desayunar a una mujer.

—¿Me acompañas a dar un paseo por el campo? Tengo una cosa que hacer, pero luego podríamos hacer un picnic y desayunar al aire libre. Conozco un lugar resguardado del viento donde además nos dará el sol, allí podremos hablar tranquilamente y te explicaré la conclusión de la conversación que tuve anoche con mi padre.

—Suena de maravilla pero, ¿no hay problema en que me vea la gente? —Mel se balanceó ligeramente, como si fuera a inclinarse ante él, pero no llegó a hacerlo—. Siento no haber esperado despierta anoche, pero me quedé profundamente dormida, incluso debí de meterme bajo las sábanas sin darme cuenta.

No había sido así. Él la había arropado y, por el rubor que apareció en su rostro, a Mel se le había pasado por la cabeza tal posibilidad. Rik se dio cuenta de pronto de que aún tenía agarrada

su mano; se la soltó de inmediato y dio un paso atrás.

—No hay ningún problema. ¿Vamos?

Recorrieron largos pasillos y cruzaron enormes salas de techos altísimos. Por todas partes había gente trabajando eficientemente, cumpliendo cada uno con su cometido. Mientras caminaban, Rik le explicó que no tenía por qué inclinarse ante nadie, excepto si se trataba del rey o de la reina y solo en ocasiones muy formales.

—¿Voy a conocer a tu madre hoy? —le preguntó Mel, tratando de no parecer preocupada.

—No. La reina no está en palacio.

—Menos mal —respondió espontáneamente y luego hizo una mueca.

—Sí —se limitó a decir Rikardo y luego guardó silencio.

En medio de ese silencio, Melanie intentó no dejarse impresionar por estar recorriendo un palacio al lado de un príncipe; lo cierto era que todo le parecía un poco surrealista. Rikardo saludaba al personal con aparente tranquilidad. Le había dicho que no había ningún problema en que la vieran con él, así que Mel confió en que así fuera suponiendo que se le había ocurrido una manera de explicar su presencia allí.

—Las cocinas deben de ser impresionantes —comentó casi susurrando mientras imaginaba la cantidad de gente que sin duda trabajaba allí y las comidas que debían de preparar. Seguro que el personal de cocina no se tiraba los platos a la cabeza entre sí como le había hecho su prima la última noche.

Rikardo se volvió a mirarla.

—Si quieres, puedes verlas más tarde.

Antes de marcharse al aeropuerto, se recordó Mel deliberadamente.

—No sabía que Braston fuera productor de trufas. Seguramente debería saberlo —respiró hondo—. Nunca las he utilizado para cocinar. Mis tíos y mi prima organizaban muchas cenas, pero eran demasiado…

Se mordió la lengua antes de decir que eran demasiado tacaños para servir trufas a sus invitados.

—Se dice que la trufa es el diamante de la cocina. Junto al turismo, la producción de trufas es la fuente de ingresos más importante de Braston desde hace ya unos años.

Un mayordomo les abrió una enorme puerta y enseguida se encontraron al aire libre, ante un paisaje magnífico.

—¡Vaya! —exclamó Melanie, boquiabierta. Estaba todo cubierto de nieve—. Anoche no vi nada de esto. Es precioso. No me extraña que vengan tantos turistas.

—Es un país bonito, aunque pequeño —asintió Rikardo con

orgullo—. Pero la mayoría de los países de Europa son bonitos y los hay que tienen más que ofrecer a los viajeros. Me gustaría que la industria del turismo de Braston mejorara y, si mi hermano Anrai hace lo que se ha propuesto, puede que ocurra pronto.

A Melanie le gustó ese orgullo que demostraba al hablar de su país. Le parecía que así era como tenía que ser. También le gustó el cariño que transmitía al hablar de su hermano, un cariño que no había notado cuando hablaba del rey o de la reina. Melanie solo había visto al monarca durante unos minutos, en los que además había intentado no llamar demasiado su atención, pero le había parecido un hombre muy franco y algo severo, una combinación que imponía bastante.

«Podrías con él. Si te las arreglaste para convivir tantos años con tus tíos y tu prima sin perder tu autoestima, eres capaz de cualquier cosa».

La había ayudado mucho empezar a hacer comidas y postres para una organización benéfica que daba de comer a muchos necesitados. Sus tíos nunca se habían enterado de lo que hacía y para Mel había supuesto un verdadero placer cocinar para personas que lo valoraban.

Pero bueno, esa vida ya había acabado. Durante el último año, su familia había olvidado esos breves momentos de amabilidad que habían compensado otras cosas. Se habían centrado únicamente en lo negativo y Mel se había puesto a ahorrar para marcharse. Ahora solo tenía que volver a Australia, a Sídney, para empezar de cero.

Todo iba a ir bien. Encontraría un empleo que le permitiera mantenerse, aunque al principio fuera de manera muy humilde. Trató de no pensar en el miedo que le daba no encontrar trabajo antes de que se le acabaran los ahorros y se volvió a mirar a Rikardo con una sonrisa en los labios.

Allí fuera, al aire libre, parecía distinto, tenía un aspecto más duro.

«Admítelo, Mel. Está guapo con cualquier luz y, cada vez que lo ves, te parece más atractivo que la vez anterior».

Ese momento de silencio en que se habían mirado el uno al otro cuando ella había salido de las habitaciones de invitados, ¿había sido producto de su imaginación, o algo real?

Sin duda lo había imaginado. ¿Por qué iba a fijarse un príncipe en… una simple cocinera?

—Nosotros producimos trufas negras —le explicó Rikardo con voz tranquila—. No sé si lo sabes, pero las trufas viven en simbiosis con las raíces de los árboles bajo los que crecen.

—En este caso, robles —murmuró Melanie, tratando de concentrarse. Él parecía muy tranquilo, lo que significaba que tenía

una gran capacidad para enfrentarse a los problemas—. Son robles, ¿verdad?

Se veía a lo lejos los árboles alineados.

—Así es —la agarró del brazo y la condujo hacia un enorme garaje en el que había aparcada al menos media docena de coches, todos ellos de gran valor.

En ese momento pasó junto a ellos un coche, el conductor los saludó con la mano y pitó antes de continuar.

—Es Anrai —le dijo Rikardo.

—Se parece a ti —aunque Rikardo era mucho más guapo y, teniéndolo tan cerca, Mel era aún más consciente de su atractivo. Se dijo que era mejor seguir hablando, de cualquier cosa, pero sin parecer entrometida—. ¿Cuántos hermanos tienes?

—Dos, los dos mayores que yo y muy ocupados tratando de poner en marcha sus planes.

La llegada de un trabajador dejó su contestación a medias. Dicho trabajador llevaba en brazos… un cerdo con un collar rojo. Al ver a Rikardo, el animal empezó a hacer ruidos y trató de tirarse el suelo para ir hacia él.

—Ésta es *Rufusina* —le dijo Rikardo a Mel—. Es una experta en encontrar trufas y va a venir con nosotros.

—¿Ésta es *Rufusina*? —por algún motivo, Mel se había imaginado una mujer despampanante, con un abrigo de piel por los tobillos y una larga melena castaña ondeando al viento. Una mujer que estaría enamorada de Rikardo desde hacía años y ansiaba casarse con él.

Eso sí que era tener una imaginación febril. Desde luego, estaban en el escenario perfecto para que a una se le disparara la imaginación.

—Qué interesante —comentó Mel, tratando de concentrarse en la realidad—. Parece muy…

¿Porcina?

—Muy inteligente —añadió finalmente.

—Seguro que eso es lo primero que piensa todo el mundo al verla —bromeó Rikardo y, por segunda vez desde que se conocían, esbozó una ligerísima sonrisa.

Llegaron al robledal antes de que Mel tuviera tiempo de hacerse a la idea de que su príncipe tenía una cerda como mascota. Porque, aunque él no lo hubiera dicho, era evidente que había sido él el que la había criado. Tampoco tuvo tiempo de recuperarse del impacto que había supuesto ver la belleza de su sonrisa y del brillo que había aparecido en sus ojos.

¿Qué había querido decir con eso de «su príncipe»? ¡Porque no era suyo en absoluto! Quizá pudiera disfrutar de su compañía durante unas horas, con suerte, pero solo porque había sido tan

tonta como para confundirlo con un taxista.

Cuando volviera a Australia podría escribir la historia y vendérsela a alguna revista de chismorreos que la vendería con el título de Pasé unas horas con un príncipe.

Era broma, por supuesto. Ella jamás violaría de esa manera la intimidad de Rikardo.

Viéndolo en su ambiente, no conseguía comprender cómo había podido tomarlo por un taxista, por muy cansada que estuviera y bajo el efecto de la medicación. Rikardo parecía única y exclusivamente lo que era, un príncipe.

Mientras caminaban entre los árboles, Mel se dio cuenta de que Rikardo parecía haberse encerrado en su mundo. Seguía llevándola del brazo, pero tenía la mirada clavada en los árboles y era evidente que estaba en tensión.

—Winnow —dijo él, saludando a un hombre de cincuenta y tantos años—. Permíteme que te presente a mi invitada, la señorita Watson.

¿Así que así era como pensaba hacerlo? ¿Le saldría bien? Había mucha gente que la confundía con su prima, pero mucha otra, no.

—¿Tienes los resultados del análisis del terreno? ¿Vuelve a haber plaga?

Esa vez la preocupación de Rikardo fue obvia.

—En los análisis no aparece nada, Rik —el hombre miró a Melanie y luego otra vez al príncipe—. Perdón, quería decir Alteza.

—No te preocupes, Winnow. Somos todos de confianza —Rik inclinó la cabeza—. Continúa.

—Te decía que no aparece nada, pero las otras veces…

—Cuando la plaga aparecía en los análisis del terreno ya era demasiado tarde —terminó de decir Rikardo.

—Exacto —confirmó Winnow—. Puede que esté exagerando y no tengo ninguna prueba, pero las muestras de tierra que he extraído no tienen buen aspecto.

—Entonces vamos a empezar con el tratamiento antiplagas de inmediato —anunció Rikardo sin dudarlo—. Sé que es caro, pero ya hemos comprobado que es la única manera de controlar la plaga. Si tienes la menor sospecha, creo que es lo mejor que podemos hacer.

—Siento mucho tener que hacer un gasto que no estaba previsto, pero el instinto me dice que…

—Haremos caso a ese instinto —le dio una palmada en el hombro—. Ordena que empiecen con la fumigación y yo me encargaré del dinero.

Rikardo examinó las muestras de tierra personalmente y dejó que *Rufusina* olisqueara el terreno. Mel no comprendía muy bien el proceso, pero observó en silencio mientras Winnow seguía hablando

a Rikardo en el dialecto de Braston. Le daba igual no entender nada, se conformaba con escuchar hablar a Rikardo en ese bello idioma, siempre respondiendo con amabilidad. Tenía la sensación de que se hubiera dirigido a ella en dicho idioma, pero debía de haberlo imaginado.

—Vamos a desayunar ahí arriba, si te parece bien —Rikardo señaló un lugar apartado en la ladera de una montaña cercana. De lejos se veía que había un banco y una mesa.

—Debe de haber unas vistas preciosas —dijo Melanie.

Empezaron a caminar hacia allí después de dejar a *Rufusina* trabajando junto a Winnow.

—¿Va todo bien con las trufas?

—Eso espero, porque las dos últimas cosechas han sido un fracaso y eso ha supuesto un tremendo golpe para la economía del país. Llevamos un tiempo buscando un tratamiento preventivo que no perjudique la calidad de las trufas.

Unos minutos después estaban junto a la mesa. Mel se sentó en el banco a admirar el paisaje; la montaña nevada, las extensiones de árboles y, más allá, la villa que llevaba el nombre de la familia real.

—Este país debe de tener una historia apasionante. Siento mucho que tengáis problemas financieros. Por lo que he oído, tienes una gran responsabilidad en la producción de trufas.

—Dirijo todas las operaciones, desde la recogida hasta la comercialización.

Mel volvió a mirar hacia el pueblo.

—Debes de preocuparte mucho por la gente de Braston.

—Sí, y sé que están pasándolo mal. No solo aquí, en Ettonbierre, sino en todo el país —respiró hondo—. Tenía pensado que desayunáramos antes de plantearte mi propuesta, pero quizá sea mejor decírtelo ya.

A Mel se le cortó la respiración. ¿Rikardo tenía una propuesta que hacerle? Rikardo era una persona muy privilegiada en comparación con su pueblo, algo parecido a lo que ocurría entre sus tíos, su prima y ella. La diferencia era que Rikardo parecía dispuesto a esforzarse todo lo que fuera necesario para ayudar a aquellos que dependían de su familia.

—¿Qué puedo hacer para ayudarte? ¿Para ayudar… a tu gente?

—Eres muy amable —afirmó, con una mezcla de preocupación y admiración—. Aun sin saber lo que voy a pedirte.

Mel bajó la mirada.

—Intento serlo. Dime qué necesitas.

—Si fuera posible, si pudieras hacerlo sin que interfiriera en tus planes y si consigo convencerte de que en ningún momento, ni durante, ni después, saldrías perjudicada, me gustaría pedirte que

ocuparas el lugar de Nicolette —dijo por fin, clavando en ella sus ojos azules.

—¿Ocupar su lugar? —repitió, tartamudeando ligeramente.

Si Mel hubiese mirado al frente en ese momento, estaba segura de que habría visto un agujero. Una enorme madriguera de conejo por la que caería Alicia en el País de las maravillas.

O se tiraría voluntariamente.

—A ver si he entendido bien —dijo con cautela—. ¿Me estás pidiendo que sea yo la que se case contigo de manera temporal?

Capítulo Cuatro

—Sé que debe de parecerte muy raro que te proponga matrimonio cuando pensabas que hoy mismo regresarías a Australia —Rik hablaba mientras observaba el rostro de Melanie.

Ella le despertaba un interés y una curiosidad que le costaba comprender.

Y una atracción que solo podría ocasionarle problemas.

No podía permitir que eso ocurriera. En ese momento lo único que tenía que hacer era explicarle la situación y eso significaba tragarse su orgullo en cierto modo, algo que no estaba acostumbrado a hacer. Sin embargo, al mirar aquel rostro tranquilo que parecía estar preparándose para lo que fuera a ocurrir, le resultó algo más fácil.

Lo peor que podía pasar era que se negara a ayudarlo.

«Eso sería muy malo, Rik. Necesitas su ayuda si no quieres acabar atrapado en un matrimonio tan desgraciado como el de tus padres, o sin poder ayudar al pueblo de Braston porque tu plan habría fracasado».

—¿Puedo serte sincero, Melanie?

—Creo que es lo mejor —respiró hondo con nerviosismo—. La verdad es que ahora mismo estoy un poco confundida.

Rik esperaba que lo escuchara sin prejuicios.

—Mi plan era traer a tu prima —comenzó a decirle con cautela —, y casarme con ella un mes después.

Melanie respondió con la misma cautela.

—Pero dijiste que sería algo temporal, ¿verdad?

—Sí —buscó las palabras más adecuadas—. El matrimonio debía terminar en separación tres meses más tarde, entonces Nicolette volvería a Australia y se llevaría a cabo un divorcio rápido.

—Comprendo —la vio respirar hondo y lo miró a los ojos con sus preciosos ojos castaños—. Supongo que no tenías intención de contarle a tu padre todo eso hasta después de casaros. ¿Qué beneficios esperabas conseguir con ese plan?

—Aparte de mis hermanos, de Nicolette y de mis ayudantes, nadie debía conocer el plan —su intención era conseguir lo que quería para el pueblo sin tener que renunciar a su libertad—. Me imagino que a ti te suena muy frío.

—Desde luego contradice el concepto de matrimonio para siempre —Melanie se giró del todo para mirarlo frente a frente y, al hacerlo, le rozó la pierna con la rodilla.

El rubor que le había provocado el viento en las mejillas se intensificó ligeramente. Esa reacción, esa extraña conexión que

parecía saltar entre sus cuerpos incluso cuando ambos tenían tantas cosas en la cabeza…

«No puede continuar, Rik, especialmente si ella acepta el trato de negocios que le has propuesto».

—En mi familia ha habido muchos matrimonios duraderos pensados para formar alianzas por motivos económicos o estratégicos —titubeó brevemente, sin saber muy bien cómo explicarle la aversión que sentía hacia dicha idea—. Eso no siempre da lugar a una relación agradable.

Melanie no apartaba la mirada de sus ojos.

—Sería una situación muy difícil también para los hijos de dicho matrimonio.

—No es eso —se apresuró a decir con fuerza, como si necesitara negarlo para creérselo él mismo.

Rik tenía motivos para haber tomado la decisión. Estaba harto de enfrentarse a su padre mientras el rey lo presionaba para conseguir lo que quería. Su padre tenía que darse cuenta de que Rik tomaría sus propias decisiones.

Así de sencillo.

—Lo que ocurre es que en los últimos dos años hemos sufrido infinidad de problemas. El primer año que se arruinó la cosecha de trufas fue muy difícil y, por esa misma época, mi madre, la reina, se marchó de palacio. Fue toda una sorpresa porque siempre había abogado por los matrimonios prácticos y por dar una buena imagen pública en cualquier circunstancia.

Melanie disimuló su propia sorpresa.

—Me imagino que ocasionaría más complicaciones.

—Sí. Por una vez, mi padre se encontraba en una situación de inferioridad.

—Y tus hermanos y tú, sin vuestra madre. Lo siento mucho. Siempre es difícil perder a alguien, aunque sea una marcha voluntaria —en sus ojos se adivinó un profundo dolor que enseguida hizo desaparecer con un parpadeo—. Espero que sigas viéndola.

—Solo en las ocasiones en las que tiene que estar toda la familia real —¿comprendería Mel si le dijera que la relación con su madre no había cambiado demasiado después de que ella se fuera? Porque la reina nunca había pasado mucho tiempo con sus hijos y, el tiempo que había pasado, lo había dedicado a criticar su manera de vestir, su comportamiento o sus decisiones. Era mejor dejarlo así.

—Mis padres murieron hace años —le confesó ella—. Fue entonces cuando me fui a vivir con mis tíos y con Nicolette.

Rikardo le agarró una mano.

—Lo siento mucho.

Dominico le había contado algunas cosas sobre ella esa mañana,

cuando había llegado el resultado de la investigación que había ordenado a su ayudante. Rik sabía que era una intromisión necesaria, pero no había querido leer el informe; se había limitado a pedir que le contaran únicamente lo que pudiera ser de importancia. Era cierto que tenía que protegerse, pero le había parecido mal invadir su intimidad de ese modo.

—Gracias —Melanie retiró la mano suavemente y la dejó sobre su regazo—. Me has explicado las dificultades que ocasionó el fracaso de la cosecha de trufas el primer año, así que supongo que dos fracasos seguidos…

—Llevaron a la ruina a muchos de nuestros productores y a sus trabajadores —y, mientras Rik luchaba denodadamente para encontrar una solución a la plaga, su padre se había empeñado en negar el problema porque estaba inmerso en la rabia y la frustración que le había provocado el abandono de la reina—. Además de eso, la afluencia de turismo también disminuyó porque se hicieron más populares otros lugares de Europa. Mi hermano Anrai es el experto en turismo. Sigue viniendo gente, por supuesto, pero cuando hay tanto que ver y que hacer con solo cruzar una frontera…

—Debéis tener algo igual de valioso y único que ofrecer para haceros con un porcentaje del mercado turístico.

—Exacto. El país tiene que volver a ponerse en pie. Mis hermanos y yo hemos luchado mucho hasta conseguir que mi padre se diese cuenta de la gravedad de los problemas que tenemos —habían proporcionado ayuda de emergencia a aquellos que la necesitaban pagándola de sus propios bolsillos, pero eso no era una solución a largo plazo porque ninguno de ellos tenía unos fondos inagotables.

Tampoco las propiedades reales eran una fuente inagotable de dinero. Tenían lo que tenían. Historia, un palacio bonito y los medios necesarios para mantenerlo y mantener el estilo de vida de la familia. Su padre era el encargado de supervisar todo eso y no hacía públicos los detalles de lo que entraba y salía de las arcas reales. Rik y sus hermanos habían conseguido tener fondos propios gracias a las inversiones que habían hecho por su cuenta.

—Pero a pesar de todas las dificultades, se te ocurrió un plan —dedujo Mel, que aún no había recuperado la calma desde que Rikardo le había hecho tan increíble proposición. Aún no se había permitido pensar en ello porque todavía no comprendía muy bien de qué se trataba.

Otra vez se había colado a ese mundo paralelo. Aunque en realidad era muy real, porque Rikardo de verdad quería casarse con ella. Por motivos prácticos, para imponerse a su padre y solo durante unos meses, sí, pero aun así… quería casarse con ella.

Otra vez le costaba respirar.

—Y ese plan incluía un matrimonio temporal que, de algún modo, te ayudaría a resolver los problemas económicos del país.

—Sí. Mi padre nos ha presionado a los tres para que nos casemos. Creo que todos pensábamos que Marcelo tendría que hacerlo, quisiera o no, porque es el mayor.

Mel asintió.

—Cuando llegué aquí pensé que todo era perfecto, solo porque tenéis un palacio lleno de cosas increíbles. Pero el hecho de que seas un príncipe no significa que para ti sea todo fácil. O para tus hermanos.

—Después de muchos intentos, por fin conseguimos que mi padre nos escuchara e hiciera algunas concesiones —su voz se hizo más formal a medida que continuaba hablando—. Pero, a cambio de acceder a nuestras peticiones para ayudar a la gente de Braston, nos exigió que los tres nos casáramos en menos de seis meses.

—¿Para asegurar la perpetuación de la familia? —preguntó Mel, pero enseguida dudó si debería haberlo hecho.

Aunque fuera rey, ¿tenía derecho el padre de Rikardo a presionar a sus hijos para que se casaran si no se sentían preparados? ¿O si no querían hacerlo? Rik debía de tener muy buenos motivos para tomarse tantas molestias para evitar tener que casarse de verdad. O quizá simplemente no quería que lo obligasen a hacer nada. Por supuesto, sería razón más que suficiente.

Era posible que Mel nunca llegara a comprenderlo del todo y, por algún motivo, en aquel momento se sentía un poco triste. Perdió la mirada en la ladera de la montaña, por donde subían dos hombres hacia la cima. Tenían que hablar y lo cierto era que la explicación de Rik la había ayudado a entender lo que estaba en juego, al menos para los habitantes de Braston.

¿Podría tomar la decisión de marcharse sabiendo que el futuro de mucha gente dependía de que Rik cumpliera las exigencias de su padre? ¿Que no había podido llevar a cabo sus planes por haberla llevado a ella a Braston por error? Si ella no hubiese estado en la calle, grogui por la medicación…

Consciente o inconscientemente, había contribuido a complicar la situación de Rik y de su pueblo y, si no había otra manera de solucionarlo…

«Pero el matrimonio es un compromiso muy importante, Mel. ¡Aunque solo sea durante unos meses! Además, habría publicidad y muchas otras cosas, estarías engañando al padre de Rik y luego se enteraría y se pondría furioso».

Sin embargo, Mel sabía que Rik cuidaría de ella; que se aseguraría de que su padre no pagara con ella su furia.

—Cuando todo terminara, me enviarías a Sídney, no tendría que quedarme aquí y ver las repercusiones.

—Tendríamos que dar una entrevista al poner fin al matrimonio y dejar que la publicase la prensa, pero tengo la esperanza de que no atrajeras demasiada atención una vez estuvieras en Australia —buscó su mirada antes de seguir hablando—. Trataría de centrar la atención en mí y te pediría a ti que hicieras lo mismo. En el peor de los casos, los periódicos de allí publicarían alguna foto tuya o hablarían de ti durante un tiempo.

Era de esperar cuando ocurría algo así, pero si ellos se encargaban de facilitar toda la información, seguramente a la prensa dejaría de interesarles en cuanto se dieran cuenta de que Mel no iba a hablar con ellos y que había sido una separación amistosa.

—Supongo que no sería tan malo —si se decidía a hacerlo, claro.

Echó mano a la cesta de picnic que habían abandonado en la mesa y esperó que Rik no se diera cuenta de que le temblaban los dedos.

—¿Quieres un café para calentarte las manos?

—Gracias —miró un momento al infinito antes de volver a centrarse en sus ojos—. Debería haber sacado las cosas y habértelo ofrecido yo nada más llegar.

La idea de que un príncipe le sirviera el desayuno le pareció extraña, pero prefirió no decir nada y limitarse a sacar la comida.

Al ponerle el plato delante, él la miró a los ojos.

—Sé que lo que te pido no es fácil. Ideé este plan porque siento que no puedo casarme de verdad… para siempre —titubeó—. Los ejemplos que he visto en mi familia…

—Supongo que son tan esperanzadores como lo que he visto yo en la familia de Nicolette —Mel se mordió el labio, pero era la verdad y no tenía sentido ocultarla.

Prestaron atención a la comida, un completo desayuno con pan con aceite, algo parecido a una *quiche*, unas deliciosas verduras asadas, además de fruta y de una selección de pastelitos.

—Lo que me pides es, sobre todo, muy inesperado —matizó ella poco después—. Increíblemente inesperado. Pero yo he acabado aquí, no puedes traer a Nicolette y, si no acepto, tus opciones son o casarte de verdad con alguien y seguir estándolo durante un tiempo o renunciar a esas «concesiones» que le pediste a tu padre que hiciera.

—Me temo que no se me ocurrió que pudiera recoger a la mujer equivocada a la puerta de casa de Nicolette, pero eso no es culpa tuya —Rik frunció el ceño y tomó un sorbo de café—. No debes tomar ninguna decisión porque te sientas culpable. Ocurrió algo que no pude controlar, y tú tampoco.

La verdad era que Mel sí que se sentía responsable por ello, al menos en parte, pero tampoco se lo dijo.

—Me gustaría saber cuáles son esas concesiones que tu padre ha prometido hacer.

—Yo me he empeñado en que la cosecha de trufas de este año no sea un fracaso —Rikardo dejó los cubiertos y se giró para mirarla de frente—. Cuando por fin se haga la recogida, necesitaré una buena campaña de marketing para que los compradores vuelvan a confiar en nosotros después de que muchos la hayan perdido después de dos plagas consecutivas.

—¿Y de qué trata la idea?

—En los alrededores del palacio crecen trufas de manera natural —comenzó a explicarle, mirando hacia el lugar donde se levantaba el palacio, a lo lejos—. Desde hace siglos, solo la familia real disfruta de dichas trufas. Supongo que te parecerá algo arcaico… —se encogió de hombros antes de continuar—. El caso es que son trufas de excelente calidad, todo el mundo lo sabe. He pensado ofrecer algunas de ellas a aquellos compradores que adquieran grandes cantidades de las trufas cultivadas.

—Es una buenísima idea —aseguró Melanie sin dudarlo—. Seguro que la gente se vuelve loca ante la oportunidad. Me imagino que habrá sido muy difícil convencer al rey de que renuncie a esas trufas tan exclusivas.

—Sí. Mi padre está muy apegado a las tradiciones y no le gusta que haya cambios —Georgio era un hombre fuerte, testarudo e inflexible. Rik prefería aprovechar la fuerza que había heredado de él y dedicarla a algo mejor.

Melanie estaba preciosa, allí sentada a su lado, con un aire de incertidumbre e inocencia, pero también parecía comprender lo que eran los negocios e incluso lo había animado sinceramente al oír su estrategia de comercialización de las trufas.

¿Accedería a ayudarlo a salir de la encrucijada en la que se encontraba? Rik ni siquiera estaba seguro de tener derecho a pedírselo.

—No quiero perjudicarte en nada, Melanie —tenía que decírselo —. Te he pedido ayuda, pero si crees que no puedes hacerlo, lo comprenderé perfectamente.

—Pero quieres ayudar a la gente de tu país —respondió ella, mirándolo a los ojos sin pestañear—. Elegiste a Nicolette porque no había nada… romántico entre vosotros, ¿verdad?

—Exacto. Eso garantizaría que la situación se complicase lo menos posible.

—Sería más fácil poner fin al matrimonio y hacer lo que realmente quieres hacer con tu vida.

Rik bajó la cabeza.

—Sí.

—Yo todavía no estoy preparada para casarme. De verdad, quiero decir —mientras pronunciaba aquellas palabras, una vocecilla le preguntó desde su interior si creía que alguna vez lo estaría. Ni siquiera estaba segura de tener derecho a…

¿Qué significaba eso? Claro que tenía derecho, y seguiría teniéndolo si se casaba con Rikardo y después se divorciaban. Melanie dejó de lado tan extrañas dudas.

Pensó entonces en toda esa gente sometida a dificultades que se escapaban a su control y que solo querían seguir adelante con sus vidas. Personas normales y corrientes que, en muchos sentidos, serían como ella. Gente que solo necesitaba un poco de ayuda.

Ella podría dársela. Podría ayudarlos y conseguir además que Rikardo no se viese obligado a casarse en contra de sus deseos. Quizá en otro momento encontrase a alguien con quien quisiera casarse y fuera feliz. El escozor que sintió en el pecho al pensar en ello debió de ser porque esperaba que realmente pudiera ser feliz.

—De acuerdo —dijo en voz baja y luego lo recalcó con más fuerza—. Sí, me casaré contigo para que puedas poner tu plan en práctica. Quiero ayudarte.

—¿Estás segura? —le preguntó Rik, inclinándose hacia ella.

—Sí, completamente —en ese momento se dio cuenta de que lo estaba. Podía ayudarlo y quería hacerlo para compensarlo por no haber podido casarse con su prima.

—Gracias, Melanie.

—De nada —a los labios de Mel asomó una suave sonrisa al tiempo que bajaba la mirada hasta los labios de él y tuvo que tragar saliva porque, por algún motivo, sintió que Rik iba a besarla, quizá a modo de agradecimiento.

Así fue.

Sintió el roce de su boca y su mano en el hombro. Estaba besándola un príncipe.

Debía de ser por eso por lo que le pareció un beso tan especial. Porque él era un príncipe.

Sin embargo, lo único que podía sentir Melanie era que el que la besaba era un hombre. Y le pareció el beso más maravilloso de su vida.

No pudo controlar la reacción de su cuerpo. Se entregó a él antes de que el sentido común tuviera tiempo de imponerse y detenerla. De haber sido así, el beso habría llegado a su fin y no habría pasado de ser una muestra de agradecimiento, que sin duda era lo que había pretendido Rik.

Pero Mel lo había recibido como otra cosa completamente

distinta.

Cerró los ojos y, por un momento, se olvidó que estaba en una montaña de Europa junto a un príncipe real, rodeados de un paisaje impresionante.

Se olvidó del frío que hacía o de que el sol brillaba. Un hombre estaba besándola y ella a él, ese hombre tenía como mascota una cerda a la que era evidente que adoraba por mucho que hubiese intentado disimularlo. Se preocupaba por sus hermanos y por la gente que vivía en su país. Y a ella le había gustado desde el primer momento, cuando había creído que era un taxista guapísimo que iba a llevarla al aeropuerto para que tomara su avión con rumbo a Sídney.

—Rik —había dormido con la cabeza apoyada en su hombro y, a pesar de las cosas sensatas que debería haber estado pensando en ese momento, solo podía pensar que era un beso maravilloso.

—¿Sí? —preguntó él contra sus labios.

Mel no sabía si lo dijo o solo lo pensó.

«Bésame otra vez».

Capítulo Cinco

«Podría pasarme toda la vida besándote y sé que no sería suficiente».

Rik pensó aquellas palabras en su mente, las pensó aunque sabía que no podían ser ciertas y que seguramente se debían a que se sentía muy agradecido hacia Melanie.

En el fondo sabía que, en ese momento, ella agradecería que el beso se prolongara un poco más. Quizá lo sabía por el modo en que respondían sus labios.

Fue esa sensación la que finalmente le hizo poner fin a algo que nunca debería haber empezado, algo que no esperaba que le acelerara de ese modo el corazón. Él, que rara vez perdía la calma ante nada, se había dejado sorprender al besar a una chiquilla.

—Gracias… —Rik soltó a Melanie y se apartó. Por un instante, no supo muy bien por qué le daba las gracias.

Por ayudarlo. Estaba ayudándolo con la misma generosidad que había percibido en sus labios.

«Si sigues pensando así, estás en peligro, Rikardo. Si es amable, es amable y es algo de agradecer. Pero no puede haber nada más».

No debería haberla tocado. Había cometido la arrogancia de no pensar que pudiera ser tan increíble.

Le había sorprendido que fuera un beso tan encantador. No era una manera muy masculina de describirlo, pero era la descripción perfecta.

Porque Melanie también era sorprendentemente encantadora y se debía a su generosidad.

Su intención había sido rozarle los labios nada más, pero seguramente ni siquiera debería haber pretendido eso. Podría decir que esperaba no sentir la más mínima atracción hacia ella, que creía que le provocaría la misma indiferencia que Nicolette, pero lo cierto era que sabía que no sería así.

Aun así la había besado y se había sorprendido al comprobar que le había gustado hacerlo. Su reacción hacia él había parecido espontánea y sincera, lo que había aumentado aún más el placer.

Claro que quizá solo quisiera besar a un príncipe.

En otras circunstancias, Rik habría aceptado tal posibilidad, pero Mel acababa de acceder a ayudarlo sin pedir nada a cambio, solo por generosidad y porque quería ayudar al pueblo de Braston. No le había preguntado qué beneficio iba a obtener. Había querido conocer a fondo los problemas que acuciaban al país y luego había tomado una decisión porque creía que podría ser de ayuda para aquellos que estaban pasándolo mal.

—Parece que acabamos de sellar el acuerdo —dijo ella antes de ponerse a guardar las cosas en la cesta de picnic—. Deberíamos volver. Ahora que ya hemos tomado la decisión, me imagino que tu padre querrá que nos presentes formalmente. Suponiendo que tenga tiempo, claro, porque seguro que estáis todos muy ocupados y yo no pretendo…

—No pasa nada, Melanie —volvía a sentirse incómoda e insegura a pesar de la valiente decisión que acababa de tomar para ayudarlo.

A él y a la gente de Braston.

¿Significaba eso que mientras se besaban no pensaba en Rik como en un príncipe? ¿Que simplemente habían sido un hombre y una mujer besándose? ¿Acaso el impacto que había causado en ella había sido como Rikardo y no como príncipe real, tercero en la línea de sucesión al trono de Braston?

En realidad ni siquiera debería importarle si era así o no. Hacía mucho que Rik había aceptado que las mujeres se sentían atraídas por el título, a veces también les atraía el hombre que había detrás, pero siempre lo primero era el hecho de ser príncipe.

Quizá todas esas preguntas se debían al alivio que había supuesto saber que aún podía evitar casarse de verdad solo para cumplir su parte del trato.

Melanie lo miró a los ojos.

—¿Y tú, estás completamente seguro de que quieres hacerlo? Quiero ayudarte a ti y a tu país, pero tienes que estar seguro de que es lo que quieres hacer.

—Estoy seguro —Rik se puso en pie y agarró la cesta—. Puede que hoy no podamos adelantar mucho, aparte de ver a mi padre, si tiene tiempo. Pero seguro que Dominico quiere empezar a hacer cosas.

Melanie asintió. Una vez que se había comprometido a casarse con Rikardo, prefería poner las cosas en marcha cuanto antes, así no tendría tiempo para pararse a pensar en lo que sucedería en los próximos meses.

Claro que le habría resultado mucho más fácil no pensar si no se hubieran besado. Se tambaleó un poco al empezar a andar. Tampoco quería pensar en el beso. ¡Aún tenía el corazón acelerado por su culpa!

—Ya te tengo —Rik la agarró del brazo al ver que se tambaleaba.

«Y me has dado el beso más emocionante de toda mi vida».

Tampoco era que Mel tuviera mucha experiencia. La vida en casa de sus tíos la había mantenido muy ocupada, pero había salido con algunos hombres que había conocido en medio de esa vida tan atareada; el dependiente de una de las tiendas donde compraba o el que llevaba los pedidos a domicilio de la carnicería. Aparte de eso,

no había tenido demasiadas oportunidades de conocer gente.

«Siempre hay tiempo y oportunidades si uno lo desea realmente».

Bueno, ahora había conocido a un príncipe.

Pero no era lo mismo porque con Rik no estaba saliendo.

Iba a casarse con él, sí, pero eso no tenía nada que ver con el amor. Así que no iba a hacerse ideas equivocadas sobre él.

¿Entonces por qué se sentía tan a salvo con su mano en el brazo y el recuerdo de su beso aún en los labios?

¿A salvo de qué? ¿De enamorarse de él? Sería una locura. Mucho más que el creer que se había colado por una madriguera o que tenía unos zapatos mágicos que la llevarían a cualquier parte.

«Así que céntrate en volver al palacio y empezar a trabajar para ayudar al país a salir del apuro económico y deja de pensar en besos. Lo que tienes que hacer es averiguar todo lo que puedas sobre el cultivo de trufas para ayudar a Rik en lo posible en el poco tiempo que estés aquí».

—¿Tenéis algún libro sobre trufas en el palacio? —preguntó, mirando al príncipe.

Sí, ¡el príncipe! Eso era Rik y sería mejor que no lo olvidara. Además, ¿desde cuándo pensaba en él como Rik?

«Te ha dicho que era así como debías llamarlo. Pero si tuvieras un ápice de sentido común, deberías seguir dirigiéndote a él como «Alteza», incluso en tus pensamientos ».

—Tengo muchos tanto en palacio como en mi casa de la montaña —le dijo y miró a lo lejos, donde los dos hombres se encontraban ya rodeados de hielo.

¿Rikardo tenía una segunda casa en las montañas?

«Pues claro, Mel. Debe de tener unos treinta años y es príncipe. ¿Acaso creerías que viviría siempre en un par de habitaciones del palacio?».

Por mucho que esas habitaciones fueran espectaculares y más grandes que cualquier casa normal.

—Me gustaría echarles un vistazo, si te parece bien. Quiero aprender un poco sobre el tema.

Probablemente no pudiera ser de mucha ayuda, pero quizá hubiera algún antecedente de lo que quería hacer Rik con las trufas del palacio.

—Seguro que el personal de cocina tendrá recetas especiales con trufas que habrán pasado de generación en generación. ¡También me encantaría verlas! —Mel intentó caminar con normalidad, sin apoyarse en él. Aún la llevaba agarrada del brazo y su impulso era pegarse a él como si, por el simple hecho de que la hubiera besado, tuviera derecho a hacerlo.

Era cierto que iba a casarse con ella, pero precisamente lo hacía

para evitar cualquier relación seria.

Y ella lo hacía solo para ayudarlo, así que no debía complicarlo dejándose atraer por él. Así que lo mejor era olvidarse del beso para siempre y seguir adelante con lo que tenían entre manos. Nada más.

«Como si fuera tan fácil, Mel. ¿Y qué hay de los preparativos de boda? ¿Y de que su padre pensará que queréis casaros de verdad?».

—¡Tengo que saber qué debo decirle a tu padre! —se dio cuenta de pronto y lo dijo con un pánico que no pudo ocultar, aunque trató de disimularlo inmediatamente—. Me refiero a que quiero poder responder a cualquier pregunta que me haga. Cosas como hace cuánto tiempo nos conocemos, por ejemplo.

—Nos conocimos a través de tu prima Nicolette cuando yo estaba en la universidad de Australia. Hace seis meses nos encontramos en un foro de Internet y desde entonces hemos mantenido contacto por la red y por teléfono —giró la cabeza y clavó en ella sus intensos ojos azules—. Yo quería que fueras mi princesa porque eres tranquila y agradable, y sentía que podría pasar el resto de mi vida contigo. No es toda la verdad, pero es lo más aproximado que podemos permitirnos.

—Muy bien. Recuerdo muy bien cuando Nicolette estaba en la universidad, aunque yo nunca fui —pero esa era otra historia—. ¿Y yo, qué? ¿Por qué acepté?

Antes de que él pudiera responder, Mel meneó la cabeza y volvió a hablar:

—Si me hace esa pregunta, le diré que intentaré darte todo el apoyo que me sea posible en todo el tiempo que estemos juntos.

Rik asintió.

—Buena idea. A mi padre le parecerá más que suficiente.

—¿Y qué más se espera de mí… aparte de eso? —preguntó Mel titubeando, pero no quería titubear. Necesitaba saberlo y por eso lo preguntaba. Así pues, irguió la espalda y habló con más determinación—: Cuando estemos casados, ¿seguiré en las habitaciones que estoy ocupando ahora, o…? —no consiguió terminar la pregunta a pesar de la determinación con la que había empezado.

Él la miró con calma y seguridad.

—Tendremos que compartir habitación… y cama al principio para guardar las apariencias. Pero no te preocupes porque encontraremos la manera de que no te sientas incómoda. ¿Entiendes que debamos hacerlo?

—Sí, lo entiendo —Mel intentó no tartamudear y parecer madura y tranquila con la situación. Iban a dormir juntos, pero no iban a «acostarse» juntos. Respiró hondo—. Muy bien, seguro que todo sale bien.

—Claro que sí, Melanie, no tienes por qué preocuparte —insistió él.

Y consiguió que se sintiera más tranquila.

Estaban en el cruce de dos caminos, donde se unían las laderas de las dos montañas, cuando se oyó un grito desgarrador que los hizo detenerse en seco.

—¿Qué está haciendo ese hombre? —Rik soltó la cesta y salió corriendo hacia el origen del grito.

Mel lo siguió y, unos segundos después, divisó lo que Rik había visto hacía rato. Había un hombre colgando de un promontorio helado, parecía haberse quedado enganchado en algo. Era uno de los dos que había visto antes. El otro no estaba por ninguna parte.

—¡No te muevas, inconsciente! —gritó Rik, pero estaban demasiado lejos como para que el otro pudiera oírlo—. Si sigue intentando soltarse, va a acabar cayéndose al vacío —siguió caminando a toda prisa, pero se volvió hacia ella—. Por aquí no hay nadie más, tengo que ir a ver si puedo ayudarlo mientras llega un equipo de rescate.

Ya había sacado el teléfono móvil y estaba llamando.

Después de que Rik explicara la situación y dijera que iba a intentar ayudar, Mel oyó a alguien al otro lado de la línea diciendo que el príncipe no podía ponerse en peligro de ese modo, pero Rik no hizo el menor caso.

—Manda a alguien lo antes posible —se limitó a decir antes de colgar.

Mel no quiso preguntarle si no sería muy arriesgado.

—¿Puedo hacer algo, Rik?

—No vayas por el camino que voy a ir yo, sigue el sendero que sale un poco más abajo y llegarás al mismo lugar. Tardarás un poco más, pero por un terreno más seguro, así sabré que estás a salvo. Cuando llegue el equipo de rescate, indícales dónde estoy —siguió caminando con paso firme.

Mel fue tras él lo más rápido que podía, pero cada segundo era de vital importancia y Rik no tardó en alejarse y tomar el camino que ascendía hacia el precipicio por una gran pendiente. Poco después lo oyó gritar al hombre, pero no pudo entender lo que decían.

Continuó andando con la intención de llegar lo más rápido posible e intentar serle de alguna ayuda. Estaba ya bastante cerca cuando miró hacia abajo y vio que el equipo de rescate había empezado a subir por la ladera.

Mel atrajo su atención levantando los brazos y, una vez la vieron, les señaló dónde estaba Rik.

Allí estaba el hombre, colgando en el vacío. El otro estaba al

borde del precipicio, Rik estaba hablando con él mientras se ponía un arnés que debían de llevar los excursionistas.

En un abrir y cerrar de ojos, el tercer príncipe de Braston se había colgado del precipicio con una cuerda. Mel no pudo continuar, se quedó inmóvil en el lugar, sin apenas respirar mientras observaba la escena. Se contuvo de gritarle que tuviera cuidado pues, teniendo en cuenta lo que estaba haciendo, si no estuviera teniendo cuidado, ya habría caído al vacío.

Sin embargo, a Mel se le heló la sangre al verlo *rappelar* por el hielo. Parecía increíblemente peligroso y, por el modo en que Rik movía los pies, era evidente que no llevaba el calzado más adecuado.

En contra de lo que sin duda le había dicho Rik, el hombre seguía tratando de desengancharse de la cuerda en la que había quedado atrapado.

—¡Alteza, espérenos!

—¡Por favor, príncipe Rikardo, vuelva a subir!

Eran las palabras de los integrantes del equipo de rescate, que ya podían ver la escena. Pero era demasiado tarde. Si Rik no hacía nada, el hombre acabaría matándose. Mientras tanto, su acompañante observaba lo que ocurría desde lo alto del precipicio, con el rostro carente de expresión, como si no le importara nada.

¿Era esa la cara que había tenido ella después de tomar la medicación para la alergia?

Desde luego, parecía que hubiera tomado alguna droga. Sin duda, Rik también se había dado cuenta de ello.

—Tienen que asegurarse de que la otra persona no hace ninguna tontería que pueda poner en peligro a Rik o a sí mismo —le dijo al que iba al frente del equipo de rescate en cuanto estuvieron cerca de ella—. Parece que hubieran tomado algo porque Rik lleva un rato diciendo al otro que deje de intentar soltarse y no le hace el menor caso.

Rik había llegado ya junto al hombre y, aunque no podía soltarlo, estaba intentando calmarlo. Pero el otro se agarró a él, poniéndolos en peligro a ambos.

—Ten cuidado, por favor —susurró Mel.

No se paró a pensar en que lo había llamado Rik al hablar con los del equipo de rescate o que se había dirigido a ellos como si tuviera todo el derecho del mundo. Nada de eso le importaba.

Los siguientes diez minutos le parecieron una eternidad. Por fin consiguieron subir al hombre y después a Rik. Para entonces, Mel ya había llegado a la cima y estaba deseando agarrarlo y…

¿Zarandearlo? ¿Asegurarse de que estaba bien?

¿Besarlo?

—Ya ha pasado todo. Se los van a llevar a los dos al hospital y he

pedido que les hagan una prueba de drogas y, si sale positiva, que los detengan —explicó Rik con absoluta calma.

Pero bajo esa calma debía de estar muy furioso ante semejante imprudencia.

—Alteza… —le dijo uno de los del equipo de rescate.

—Estoy bien, así que si me disculpan… —les dijo Rikardo con firmeza, pero con mucho respeto.

Después se despojó del equipo que se había puesto, volvió a agarrar a Mel del brazo y comenzaron de nuevo a caminar montaña abajo.

—Ha sido una suerte que estuvieras ahí y supieras qué hacer. Me encantaría verte rappelar algún día con el equipo adecuado; tengo la impresión de que lo haces muy bien.

«Tengo la impresión de que lo haces muy bien».

Las palabras de Melanie resonaban en la cabeza de Rik mientras conducía su deportivo italiano rumbo a su casa de la montaña.

Aquellas palabras habían conseguido mitigar la rabia que le había provocado la estupidez de esos dos hombres. ¿Acaso pretendían matarse? Cuando le había preguntado al otro, le había dicho que solo estaba esperando su turno y que «*rappelar* es fácil, hombre». El tipo estaba tan drogado que ni siquiera había sido consciente del peligro que corría su amigo. Pero bueno, los dos estaban ya a salvo.

Rik dejó de lado todo aquello y se concentró en la carretera. Había esperado a llegar a aquella carretera privada que conocía como la palma de su mano para descargar la energía acumulada por culpa del riesgo que había supuesto *rappelar* en el hielo sin el equipo necesario.

Necesitaba conducir así.

«Va demasiado rápido». Mel no podía quitárselo de la cabeza. Era evidente que conocía bien la carretera y que controlaba el coche a la perfección. Además no habían visto ningún coche y no parecía probable que lo vieran.

No tenía sentido alguno que tuviera tanto miedo, pero el caso era que iba agarrada al asiento con las dos manos y el corazón estaba a punto de salírsele por la boca. Necesitaba salir de ese coche como fuera.

—Para por favor —le pidió en voz tan baja que ni siquiera sabía cómo había podido oírlo Rik.

—Melanie —respondió él, arrepentido, y aminoró la velocidad de inmediato—. Lo siento mucho. No me había dado cuenta de que estuvieras incómoda.

«No pasa nada. Estoy bien. No hace falta que frenes, ni que pares».

Mel pensó en responder educadamente con esas palabras, pero el instinto le decía algo muy distinto. Le costaba respirar con normalidad y tuvo que hacer un esfuerzo para no abrir la puerta e intentar bajarse del coche. Su cuerpo reaccionó de un modo tan intenso y exacerbado que no podía hablar, ni podía pensar con claridad; no sabía qué decirle, no comprendía por qué se sentía así.

El coche empezó a ir más despacio y consiguió aflojar un poco los dedos.

—¿Necesitas que pare del todo, Melanie? Estamos a menos de un minuto de mi casa, así que preferiría llevarte allí directamente.

Ya no le zumbaban los oídos, pero aún le quedaba mucho para estar tranquila.

—No sé qué me ha pasado. Me siento como una tonta por haber reaccionado de esa manera.

—No eres ninguna tonta —respondió Rik al tiempo que detenía el coche frente a la casa.

Él mismo mantenía aquel lugar y no tenía personal de servicio permanente, así que estarían solos, cosa de la que se alegró porque le daría a Melanie la oportunidad de recuperarse.

Estaba claro que estaba muy afectada. Rik estaba seguro de que le iría bien un poco de espacio y no tener que hablar con nadie nuevo durante un rato.

¿Habría provocado él ese ataque de pánico, tanto la había presionado? Seguramente era mucho pedir que se convirtiera en su esposa y en su princesa de manera temporal, y que lo ayudara a hacer creer a su padre que aquel matrimonio sería para siempre.

«Tienes que cuidar de ella. Darle tiempo para que se calme».

Salió del coche y ayudó a Melanie a hacer lo mismo. La casa era un chalet de grandes ventanales tintados para proporcionar intimidad y con el tejado a dos aguas.

Rik no creía que Melanie se hubiese fijado en nada de eso. Tenía la cara blanca como la nieve y le temblaba la mano que Rik tenía en la suya.

—Voy a prepararte algo caliente de beber —la condujo hasta el salón y la sentó en un cómodo sofá de cuero.

—Gracias. La verdad es que hace frío —dijo Melanie, sin protestar ante su ofrecimiento.

Rik no tardó en volver con una taza de café para cada uno. Se sentó junto a ella.

—Así entrarás en calor.

Allí dentro no hacía nada de frío, pero estaba claro que Melanie se encontraba en estado de *shock* y su cuerpo tardaría un poco en recuperar la temperatura normal.

Rik era el culpable de dicho *shock*. Al despertar en el avión, se

había dado cuenta de que estaba en Braston en lugar de en Sídney, como ella creía. Después él le había pedido que sustituyera a su prima y se casara con él. Le había echado encima todos los problemas del país y después la había hecho preocuparse al verlo bajar por el hielo en condiciones muy peligrosas para ayudar a un hombre que no atendía a razones mientras otro podría haberles causado aún más complicaciones.

Para colmo de males, había conducido hasta allí a toda velocidad y había conseguido aterrorizarla hasta el punto de que ella ni siquiera había podido decirle que le daba miedo.

A medida que se fue tomando el café fue recuperando el color.

—Siento haberte asustado —se disculpó Rik.

—No podías saber que iba a reaccionar así. Yo tampoco me lo esperaba —miró a su alrededor antes de encontrarse con sus ojos—. Debo decir que ha merecido la pena. Es una casa preciosa y las vistas son maravillosas. Ya me encuentro mejor y estoy segura de que aquí no voy a tener ningún problema.

—Me alegra oír eso. ¿Qué te ha pasado? ¿Suelen darte miedo los coches?

—Nunca había montado en un deportivo. Son muy rápidos —hizo una pausa y frunció el ceño—. En realidad ni yo misma comprendo qué me ha pasado. Yo no sé conducir, pero no suele darme miedo montar en coche y ahora que lo pienso con perspectiva, sé que sabías muy bien lo que hacías. Siento haberte estropeado el viaje —se disculpó—. Es lógico que necesitaras desahogarte un poco después de salvarles la vida a esos dos inconscientes y haber mantenido la calma tan bien.

Era cierto que había necesitado desahogarse. A veces le costaba mucho mantener la calma.

—Me han dado ganas de regañarlos personalmente por ser tan tontos —siguió diciendo Melanie—. Y eso que no he sido yo la que ha tenido que arriesgar su vida para evitar que uno de ellos se matara.

Quizá si aprendía a conducir, le diera menos miedo montar en coche y se diera cuenta de si otros conductores conducían bien o mal.

Estaban el uno al lado del otro en el sofá. Rik se dio cuenta de pronto al quedarse en silencio de lo cerca que estaba de ella y optó por centrar su atención en el café.

—Este café está muy rico —comentó en ella con un ligero tono de broma—. No sabía que los príncipes pudieran hacer estas cosas.

—¿Y además bien? —añadió él en el mismo tono—. Aquí arriba me moriría de hambre y de sed si no me las arreglara solo.

Era una mujer valiente. La idea le pasó por la cabeza a Rik y no

pudo evitar sentir admiración por ella.

—¿Me enseñarías el resto de la casa? —le pidió entonces.

—Claro —se puso en pie y le tendió una mano para ayudarla.

Empezaba a acostumbrarse a hacerlo, a agarrarle la mano por un motivo u otro.

«Es necesario hacer este tipo de cosas si quieres que tu padre se crea lo del matrimonio».

Gregorio no esperaba verlos enamoradísimos, pero sí ese tipo de demostraciones.

—Aún no he programado la reunión con mi padre, pero creo que podemos esperar un poco más —Rik respiró hondo antes de añadir—: Si te soy sincero, me vendría bien un poco más de tiempo antes de afrontar dicha conversación.

—Entonces podemos quedarnos aquí hasta que tú quieras —dijo ella, que se había derretido al oírle confesar que necesitaba tiempo para prepararse—. Me encanta este lugar.

Y la compañía. Además, podría aprovechar para preguntarle unas cuantas cosas sobre cómo iban a comportarse en los siguientes meses.

—Voy a necesitar un vestido de novia —le pasaron por la cabeza imágenes de bodas reales—. Algo sencillo que no cueste mucho —se volvió hacia Rik—. ¿Cómo vamos a organizar una boda en un mes?

—Con una buena organizadora de bodas y, como ya has deducido, haciendo algo muy sencillo —comenzó a caminar hacia la parte trasera de la casa—. Ahora permíteme que te enseñe mi refugio. Creo que te va a gustar.

Así fue. Era una casa humilde. Bueno, quizá no humilde, pero desde luego no era un palacio.

—Me encanta —dijo una vez más, después de ver los cuatro dormitorios que componían la casa—. Si yo fuera tú, me pasaría aquí todo el tiempo. Habitaciones de dimensiones normales, un ambiente tranquilo y nadie que te diga lo que tienes que hacer.

—Acabas de resumir el amor que siento por esta casa —sonrió mientras abría la puerta de la última habitación.

Era un despacho con una mesa, un ordenador y estanterías llenas de libros.

—¿Puedo echar un vistazo? —preguntó Melanie en cuanto vio todos aquellos volúmenes—. ¿Habrá alguno con fotos de trufas? ¿Y alguno que cuente la historia de las trufas reales? ¿Y otro con recetas de trufas? También me gustaría leer algo sobre los cerdos entrenados para encontrar trufas y sobre todo el proceso de cultivo y recolección.

—Sí a todo. Yo mismo entrené a *Rufusina* con la ayuda de Winnow. Por ahí hay un álbum de fotos —Rik sacó dicho álbum y

una selección de libros. No había ninguno de recetas, pero le explicó algunas de las que aún se hacían en palacio.

—Pavo con trufas, me encantaría prepararlo algún día —Mel pensó en su experiencia como cocinera—. Lo más cerca que he estado de cocinar con trufas ha sido al utilizar aceite con sabor a trufas.

Rik enarcó ambas cejas.

—¿Cocinas profesionalmente?

—Sí, para mis tíos —Mel lo miró, sorprendida de que no lo supiera ya.

Se habían sentado en el despacho, ella en la butaca y él apoyado en la mesa. Era una habitación acogedora y de pronto Mel se dio cuenta de lo íntima que le parecía la situación.

—He estado años cocinando para ellos —le dijo, casi sin aliento —. Mi especialidad eran los postres y la repostería, pero preparaba todas las comidas, incluso cuando invitaban a gente o hacían fiestas. Les gustaba codearse con los ricos…

Mel tosió un par de veces y volvió a prestar atención a los libros.

—Aquí hay un montón de información. Es un cultivo muy complicado, por lo que veo. Has hecho muy bien en cultivarlas de manera comercial.

—Estos dos últimos años no parecía tan buena idea —dijo Rik con tristeza y se quedó mirando por la ventana.

Al seguir la dirección de su mirada, Mel se fijó en el exterior.

—No me había dado cuenta de que había empezado a nevar.

—Sí —Rik se levantó de la mesa—. ¿Por qué no eliges unos cuantos libros para llevarte al palacio cuando volvamos y yo mientras veo qué hay en la cocina para comer?

A Mel no le importaba quedarse allí y desde luego Rik no estaba buscando una excusa para pasar tiempo con ella. Simplemente estaba aprovechando la oportunidad de estar lejos del palacio, pero seguro que le habría dado igual hacerlo a solas.

Sin embargo, Mel vio algo en su rostro que la impulsó a preguntarle:

—¿Cuánto tiempo crees que estará nevando?

Capítulo Seis

Nevó durante todo el día. Cuando oscureció, Rik cerró las cortinas de toda la casa y volvió junto a Mel.

Parecía completamente tranquilo, pero Mel no podía decir lo mismo. Se había quedado de pie en medio del salón, esperando con incertidumbre.

Estaba con el príncipe en aquella casa donde pasarían la noche porque Rikardo acababa de decidir que no volverían al palacio. Así que estarían juntos y a solas todas esas horas.

—¿No habrá ningún problema? —pretendía decirlo en un tono frío, como de negocios, pero le salió una voz susurrante, casi de confidencia. Trató de corregirlo—. Si no vuelves esta noche, quiero decir.

A pesar del tono, Mel quedó satisfecha con la pregunta, puesto que se refería a si Rik no tendría algún problema por descuidar sus obligaciones hasta el día siguiente.

Sí, había sido una buena manera de enfocarlo.

En realidad, estaba relajada con la situación.

Al fin y al cabo, solo iban a pasar la noche en un lugar distinto. La noche anterior ya había dormido en las habitaciones de Rik, lo cual también era muy íntimo, y eso no le había preocupado lo más mínimo.

«¿Ni siquiera cuando por la mañana te levantaste de la cama de un salto porque le oíste hablar al otro lado de la puerta? ¿Porque querías meterte en la ducha y salir lo más guapa posible? ¿Porque no estabas del todo segura de si había sido él el que te había arropado por la noche, cuando no estarías demasiado guapa?».

—No, no habrá ningún problema. He llamado a Dominico otra vez cuando he salido a ver cuánto nevaba. Él se encargará de todo si hay algo urgente hasta que yo vuelva por la mañana —torció la boca en una sonrisa arrebatadora.

No parecía en absoluto molesto con las circunstancias.

Eso era bueno, claro.

También Mel se sentiría así en cuanto se quitara de la cabeza de una vez esas estúpidas preocupaciones por estar allí sola con él. Probablemente fuera por el beso que le había dado por la mañana, cuando estaban en la montaña. O porque habían pasado la tarde viendo fotos de *Rufusina* y Rik entrenándola y Rik aparecía riéndose en muchas de ellas.

Quizá también fuera porque muy pronto tendría que fingir que estaban prometidos y luego se casaría con él.

—Acabaremos dados de la mano y besándonos —dijo y sintió que

le ardían las mejillas e incluso el cuello.

—Sí —respondió Rik con voz profunda—. En algunos momentos… tendremos que hacerlo, sí.

«Rikardo. El príncipe Rikardo. Vas a acabar dando la mano y besando al príncipe Rikardo».

¡Como si decirlo con todas las palabras fuera a hacer que se sintiera mejor!

Algo había pasado cuando le había dado la mano para ayudarla a salir del coche y la había llevado al interior de la casa, la había sentado en el sofá y había hecho todo lo posible para ayudarla a recuperarse del ridículo ataque de pánico que había tenido.

«Se ha comportado como mi ideal de hombre corriente: sensible y al mismo tiempo fuerte, maravilloso, atractivo y todo lo que una pudiera desear».

Pero Mel no quería un hombre. Al menos no para mucho tiempo. No para sentar la cabeza juntos y enamorarse hasta volverse vulnerable. ¡No estaba preparada para nada de eso! La idea estalló en su cabeza y sintió que, de algún modo, tenía algo que ver con el pánico que se había apoderado de ella en el coche.

Quizá simplemente estaba un poco asustada, nada más.

Quizá necesitara centrarse en el presente, con eso tenía más que suficiente.

En cualquier caso, Rikardo no era un hombre corriente.

No debía olvidarse de ello.

No debía olvidarlo mientras veía fotos suyas, ni mientras lo besaba para sellar un acuerdo. A ella le había afectado mucho, pero no había sido más que un beso. Probablemente, Rik solo pretendía comprobar si resultaría creíble cuando tuvieran que repetirlo el mes siguiente en la boda o después.

¿Cuántas veces tendrían que…?

El corazón se le aceleró solo de pensarlo.

Consideró la posibilidad de hacerse contorsionista para poder darse una patada a sí misma por ser tan tonta. Los siguientes meses iban a estar dedicados a cumplir un trato de negocios, nada más. ¿De qué estaban hablando?

—Lo que importa es que el quedarnos aquí no interfiera con tus planes. El tratamiento contra la plaga, por ejemplo, ¿no tienes que estar ahí para supervisarlo? Creo que es lo único que no te he preguntado mientras mirábamos los libros.

—Hoy lo ha supervisado Winnow y Dominico se ha encargado del pago —zanjó el tema como si fuera algo irrelevante.

No el tratamiento, sino la cuestión económica. ¿Realmente lo era? Mel no había tenido la impresión de que sobrara dinero en las arcas reales. De haber sido así, Rik no habría hecho tanto énfasis en

la necesidad de ayudar a la gente con dificultades económicas. Había dicho que era necesario cambiar muchas cosas.

Mel lo observó detenidamente y se le pasó por la cabeza si lo estaría pagando de su propio bolsillo. Con dinero que quizá no debería invertir en eso porque era para su uso personal o porque lo había ganado él. Sabía muy poco de él y quería saberlo… todo.

Pero solo porque le gustaba comprender a la gente con la que se relacionaba.

—Vamos a tomarnos esta noche como tiempo libre —sugirió Rik —. Si lo que queda de mes estamos muy ocupados, al menos podremos acordarnos de las pocas horas que tuvimos para no hacer nada.

—Buena idea —respondió Mel y se echó a reír. No pudo evitarlo, como tampoco pudo evitar fijarse en el hoyuelo de su mejilla, o en el brillo de sus ojos.

Así que se dio por vencida y disfrutó del momento. Tampoco quería decir que Rik fuese a pretender pasarse la noche besándola solo porque estaban los dos solos.

Solo porque la hubiera besado antes. O porque nunca nadie le hubiese dado un beso mejor o porque fuera a tener que hacerlo en público de vez en cuando. Solo porque había hecho que deseara ponerse los zapatos mágicos y colarse por la madriguera.

—Ya que vamos a pasar aquí la noche, tendremos que decidir qué queremos hacer.

—Leer libros sobre trufas, no —dijo él con una sonrisa.

Dios, no le costaría nada enamorarse de esa sonrisa. Pero no iba a hacerlo. Ya se había recordado a sí misma que iba a casarse con él solo para ayudarlo a él y a la gente de Braston, y porque había terminado allí por error y Rik no tenía muchas otras opciones, o más bien ninguna, y a ella le iría bien tener un poco más de tiempo. ¿Qué más daba si empezaba su nueva vida esa semana o cuatro meses más tarde?

—Creo que ya he leído toda la información sobre trufas que soy capaz de asimilar en un día, pero me alegro de haber aprendido un poco más del tema porque está claro que es muy importante para… para la gente de aquí —había estado a punto de decir que era importante para él y que por eso había querido entenderlo mejor.

Quería apoyarlo en el esfuerzo que estaba haciendo para ayudar a su pueblo, por eso se había comprometido a casarse con él. Pero tampoco iba a obsesionarse con saberlo todo sobre él, sobre su vida y sobre su trabajo.

«¿Estás segura, Melanie? Porque pareces tener mucho interés en él, la verdad».

¡Sí, claro que estaba segura! Y no tenía tanto interés, solo quería

ayudarlo a solucionar un problema del que en parte era responsable. No tenía más interés del que debía.

—Es un mundo apasionante… el de las trufas. Pero podríamos hacer otra cosa.

¿Como acurrucarnos en el sofá?

No, como… bueno, no sabía. ¿Cocinar? ¿Jugar con el ordenador?

—¿Qué te parece si vemos una película? —le propuso Rik, señalando una enorme televisión que había en un rincón del salón—. Tengo unos cuantos DVD's que aún no he tenido tiempo de ver.

—Buena idea —desde luego era mejor, y menos peligroso, que pasarse el resto de la noche pensando en besarlo—. Prefiero las comedias, pero puedo ver cualquier cosa.

Se sentaron los dos en el suelo a inspeccionar cuáles eran las opciones, hasta que Mel vio los DVD's de una serie australiana que aún no había visto.

—¡No puedo creer que la tengas! Solo he visto un par de episodios, pero es una serie buenísima.

Así pues, se sentaron el uno al lado del otro en el sofá, con un cuenco lleno de palomitas que Rik había hecho en el microondas y estuvieron viendo episodios de la serie hasta que Mel se olvidó de su incomodidad de tanto reírse. Lo que ocurrió fue que se quedó completamente fascinada con el sonido de su risa masculina.

Y se olvidó también de protegerse de su atractivo y de recordarse que debía mantener las distancias porque solo estaría allí unos meses y que Rik iba a casarse con ella solo para evitar cualquier compromiso serio. Aunque Mel no comprendía por qué parecía necesitarlo tanto. Entre unas cosas y otras, la noche pronto llegaría a su fin.

«¿Entonces por qué estás conteniendo la respiración como si esperaras que ocurriera algo?».

—Buenas noches, Mel —le dijo al dejarla junto a la puerta de la habitación de invitados.

Habían estado viendo la tele, a la que Mel había prestado más atención que él. ¿Sentiría ella lo mismo? ¿Esa necesidad compulsiva de acercarse a ella, de conocerla, de aprovechar cualquier oportunidad para aprender algo más de ella y dejar que supiera algo más de él? ¿Y esa consciencia física que parecía invadir el ambiente y cargar el aire de electricidad, como si hiciera falta solo una pequeña chispa para que todo estallara?

¿Por qué le hacía sentir así aquella mujer? Rik no quería admitirlo, pero no tuvo más remedio.

«Reconoce que la deseas y que te atrae tanto su personalidad como su físico».

Durante la velada se había descubierto varias veces pensando en

lo distintas que eran sus vidas y se le habían pasado por la cabeza ideas disparatadas sobre cómo salvar dichas diferencias.

Solo tenía que ver lo bien que les había ido a sus padres. La reina se había marchado, algo que Rik y sus hermanos jamás habrían esperado. Había dado la espalda a lo que siempre había considerado su principal obligación y ahora ninguno de los dos quería hablar del tema con sus hijos.

Rik prefirió pensar en el presente.

En ciertos momentos durante el día había tenido la impresión de que Mel se había olvidado de que él era príncipe. A Rik le había encantado. Pero no era el mejor momento para olvidarse del acuerdo al que habían llegado. Necesitaba que aquello saliera bien. No debía dejarse distraer por su belleza o por lo mucho que le gustaba. Era imposible. Rik jamás confiaría…

—Bu-buenas noches, Rik —dijo ella muy despacio, como si no estuviera segura.

¿Acaso tenía alguna duda?

Entonces le puso una mano en el brazo y se inclinó a darle un rápido beso en la mejilla.

—Te veré por la mañana y estaré preparada para empezar con los preparativos de nuestro matrimonio temporal o, si lo prefieres, para quitarme de en medio si tienes que trabajar.

Rik la miró a la cara y vio en ella la determinación de hacer lo que debía, de despedirse de él y olvidarse de la atracción que ambos sentían. De trazar una línea que ninguno de los dos debía cruzar.

Rik vio todo eso y sintió lo que ella sentía. Era algo muy distinto, algo que le hizo desear inclinarse hacia ella y darle un beso de verdad, no como el que le había dado esa mañana. Para comprobar si sus besos le sabrían tan bien una segunda vez o si solo había sido un espejismo.

—Que duermas bien —se dio media vuelta y comenzó a caminar por el pasillo—. Hasta mañana. Muchas gracias por tu compañía. Yo… lo he pasado muy bien.

Una vez dicho eso, el príncipe Rikardo Eduard Ettonbierre de Braston se metió en su habitación y cerró la puerta.

Fue entonces cuando se permitió llevarse la mano a la mejilla, al lugar donde ella lo había besado.

No pasaba nada porque Melanie le pareciera atractiva y aun así fuera a casarse con ella para después divorciarse y seguir con la vida de soltero que quería y que necesitaba llevar.

No iba a casarse de verdad.

Rik dejó caer la mano con un suspiro. Por el momento, iba a meterse en la cama.

Pronto empezaría un nuevo día y, con él, sin duda llegarían


nuevos desafíos.

Capítulo Siete

—Quiero presentarte a mi prometida, Nicole Melanie Watson —le dijo Rik al rey Georgio con formalidad y como si el anterior encuentro con ella nunca hubiera ocurrido—. Todo el mundo la conoce por Melanie.

Si se hubiese tratado de una ocasión menos formal, Mel podría haber sonreído al oír la habilidad con la que Rik había adaptado lo ocurrido en su beneficio. Pero no era el momento, así que se limitó a inclinarse ante el rey.

—Es un placer conocerte, Melanie —Georgio le agarró la mano e hizo como si se la besara sin llegar a hacerlo.

En todo momento la miró a la cara. Luego asintió con la cabeza y les indicó unas butacas para que se sentaran.

Se encontraban en lo que Rik denominaba una de las «grandes salas», un lugar de tal dimensión que podría haberla intimidado si no hubiese llegado allí con el firme propósito de no dejarse intimidar.

Mel y Rik habían vuelto de la montaña esa mañana. Él había conducido más despacio y Mel había estado tranquila hasta que habían llegado al palacio, momento en el que había empezado a ponerse nerviosa, pero creía que en ese caso estaba justificado.

—Bueno, pues vamos a conocernos un poco, Melanie —dijo Georgio al tiempo que tomaban asiento.

Rik se sentó junto a Mel en uno de los sofás. Esa mañana parecía seguro y lleno de determinación. La noche anterior, cuando Mel había creído que iba a besarla de verdad, había pensado que quizá se sintiera tan confuso y tentado como ella. Pero, obviamente, era absurdo. Quizá hubiera tenido ganas de besarla, pero eso no tenía nada que ver con sus emociones.

¡Tampoco las suyas se habían visto afectadas!

«Concéntrate en el rey, Mel. Y nada más».

—Melanie y yo nos conocimos a través de una prima suya —explicó Rik y luego aportó algunos detalles más.

Al ver asentir al rey, Mel tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzar un suspiro de alivio. Además, tenía que participar en la conversación.

—Admiro mucho a Rikardo por lo mucho que se esfuerza por la gente de Braston y quiero apoyarlo en todo lo que pueda.

—Eso está bien —Georgio miró a Mel, luego a Rik y otra vez a Mel—. ¿Y qué hacías antes de aceptar la oferta de matrimonio de mi hijo?

—Era cocinera —no era un trabajo muy sofisticado y se lo habría

parecido aún menos si hubiera sabido que lo hacía por tan poco dinero, que trabajaba para unos familiares para ganarse el derecho a formar parte de algo.

«Mel, en realidad nunca te ganaste dicho derecho y esperaste demasiado antes de salir corriendo de allí».

Entre Rik y su padre parecía estar ocurriendo algo parecido.

Mel puso la sonrisa más grande de la que era capaz y se dirigió al rey Georgio.

—Es una historia normal y humilde, pero no creo que haya nada de qué avergonzarse por venir de una familia humilde.

Georgio la observó detenidamente.

—Mi hijo hará algunas comprobaciones y yo mismo leeré el informe.

¿Comprobaciones? Sonaba a investigación policial.

No, seguro que era algo mucho más detallado.

Intentó no ponerse nerviosa, ni dejarse intimidar por la frialdad del rey. Hablaba como si no tuviera ningún problema en eliminarla, como si no fuera más que una mancha en el historial de Rik, si consideraba que no estaba a la altura.

En realidad no le importaba si Georgio sentía simpatía por ella o no, siempre y cuando pudiera casarse con Rik para ayudarlo a llevar a cabo sus planes.

«Aun así, no me gusta que me investiguen. La historia de mi familia es asunto mío. No quiero que la saquen a la luz y pase a ser de dominio público».

—Dominico ya ha hecho todas las comprobaciones necesarias —anunció Rik—. Puedes creer a Melanie, padre. En su pasado no hay absolutamente nada que haga necesario que leas el informe.

Mel se puso en tensión por segunda vez.

Rik se acercó a decirle en voz baja:

—Lo siento. Era necesario hacerlo. Dominico me hizo un pequeño resumen del informe.

Mel se sintió algo más tranquila.

—No tengo nada que ocultar. Lo que ocurre es que no me gusta la idea de…

—Que invadan tu intimidad —añadió el rey en tono irónico.

Por algún motivo, dicha ironía ayudó a Mel a dejarlo pasar.

Georgio, sin embargo, no parecía dispuesto a hacer lo mismo.

—Podría pedir una investigación por mi cuenta.

Rik le lanzó una mirada increíblemente fría a su padre.

—Creo que estarás de acuerdo en que no hay ninguna necesidad de hacerlo.

Padre e hijo se miraron durante unos segundos en los que el aire se cargó de electricidad. Mel pensó en ese momento que había cosas

en las que esa clase de familias no tenían nada que ver con las normales. Rik había pedido que indagaran sobre su vida y a ella no le había gustado nada, pero si no lo hubiera hecho él, habría sido su padre el que habría encargado que la investigaran. Al menos así Mel tenía la tranquilidad de que Georgio no leería todo el informe.

Georgio acabó por apartar la mirada. Rik había ganado el asalto y la conversación pasó a otros asuntos más generales.

Mel escuchó en silencio mientras hablaban de trufas, pero en todo momento sintió que Georgio estaba examinándola.

Habría sido imposible hacerle creer que su prima y ella eran la misma persona. Estaba claro que era un hombre muy observador.

«Has hecho lo que debías, Mel, al acceder a ayudar a Rik. Georgio es una persona muy terca e inflexible. Estás ayudando a Rik a que no lo condenen a un matrimonio sin amor».

—Esta mañana has estado muy bien, Melanie. Estoy orgulloso de ti —en cuanto dijo aquellas palabras, Rik se dio cuenta de que quizá no fuera quién para sentir algo tan personal como lo que sentía en ese momento por su prometida.

Melanie no iba a casarse con él de verdad, solo lo hacía para ayudarlo y sabía que todo acabaría unos meses después.

«Dile qué compensación recibirá a cambio de su ayuda ».

Rik apartó el pensamiento de su mente una vez más. Él iba a cuidar de Melanie, se aseguraría de que no tuviera ningún problema en empezar su nueva vida en Sídney cuando volviera. Ya hablaría con ella de eso en el momento adecuado. Tenía la sensación de que Melanie sabía instintivamente que él… iba a cuidar de ella.

Rik abrió con llave la puerta de una pequeña habitación.

—Quiero que elijas un anillo de compromiso entre los que vas a ver aquí.

Melanie se detuvo en la puerta.

—¿De las joyas de la familia?

Por un momento, Rik creyó que iba a negarse a entrar.

—No todas son antiguas, pero sí —admitió.

Melanie respiró hondo, irguió los hombros y pasó por fin a la habitación.

—Lo mejor será escoger uno que no sea muy valioso y, cuando todo esto acabe, lo devolveremos y no habrá costado nada a la familia. Tenemos que encontrar uno que me valga sin tener que ajustarlo, y que tú no habrías elegido si fuera…

«Un compromiso de verdad».

Las palabras quedaron sin pronunciar en el aire.

Rik estuvo a punto de sonreír al ver lo pragmática que era, pero al acercarse a las joyas que Dominico había sacado para ellos, se apoderó de él una extraña sensación. Observó los anillos

detenidamente hasta que encontró uno perfecto para Mel. ¿Un anillo que habría elegido para ella en otras circunstancias?

No podía haber otras circunstancias, ni ahora ni nunca.

Sin embargo, en ese momento, Rik…

Agarró una sortija de platino con tres diamantes, uno más grande que los otros dos. Era un diseño sencillo, nada ostentoso, que quedaría precioso en la mano de Melanie.

Un anillo que a Rik le gustaría ver en su dedo durante décadas.

Bueno, sería perfecto durante el tiempo que fuera necesario.

—No es un anillo de compromiso. Mi abuela se lo mandó hacer cuando ya era mayor. Tenía los dedos delgados y delicados como tú. La verdad es que no sé si llegó a usarlo alguna vez, era un poco… caprichosa en estas cosas. Yo… me parece que te va de maravilla.

—Vaya —Melanie se olvidó del resto de joyas y, cuando Rik le tomó la mano y le puso el anillo, se le cortó la respiración durante un segundo. Levantó la mirada hasta sus ojos—. Me queda perfectamente. Como si…

—Sí —murmuró él y allí, en una pequeña habitación a la que Melanie había dudado en entrar, Rik levantó su mano y le besó el dedo en el que acababa de ponerle el anillo de compromiso.

—Como si estuviéramos prometidos de verdad, iba a decir —susurró ella, sin apartar los ojos del anillo—. No esperaba que me quedara…

Perfecto. No esperaba que le quedara perfecto. Rik no necesitaba que terminara la frase, pues sabía lo que iba a decir. Tampoco él lo esperaba. Del mismo modo que no esperaba sentir la satisfacción que lo había invadido al ponerle el anillo, la sensación de estar cumpliendo con su destino.

¿Estaba enamorándose de ella a pesar de su decisión de ver aquello como un simple trato de negocios? ¿Había permitido pensamientos y comportamientos que no debería haber tenido? Si no era así, no comprendía cómo había acabado sintiendo lo que sentía.

Rik debería haber intentado dar respuesta a esas preguntas, pero lo que hizo fue inclinarse hacia ella y rodearla con un brazo.

Esa vez cuando la besó fue él el que se dejó llevar por algo que no debería haber ocurrido, se perdió en el sabor, la suavidad y la generosidad de los labios de Melanie. La besó hasta que tuvo que apartarse para que no…

¿Para que no pareciera demasiado real?

«No puedes permitir que ocurra, Rikardo. Melanie es una mujer encantadora, pero nunca podrá ser más que el medio para alcanzar un fin. Nunca te casarás con ella para siempre, ni por amor».

Nunca podría creer que en dicha institución pudiera haber algo llamado «amor» después de ver cómo sus padres ni siquiera habían

sido capaces de querer a sus hijos, y menos amarse el uno al otro.

—Hay algo más que quiero enseñarte —anunció Rik, sacándola de la habitación, alejándola de la belleza de unas joyas que deberían acompañar al amor y a los sueños de una vida en común, dos cosas que nunca habían existido en su familia.

Tal y como decía esa vieja leyenda…

—Muchas gracias por elegir un anillo tan bonito, Rik —le dijo Mel en cuanto salieron al jardín cubierto de nieve.

No le resultaba nada incómodo llevar aquel anillo, quizá eso era lo que la inquietaba tanto. Eso y que Rik lo hubiese elegido entre tantas joyas impresionantes. Rik había querido que ella llevase precisamente ese anillo, y luego la había besado. Era la segunda vez que sellaban el acuerdo con un beso y cada vez era más difícil verlo como un simple roce de labios.

¿En qué estado estaría ella cuando llegara el momento de besarse durante la ceremonia de boda?

—No debería haberte besado de esa manera —dijo él, dedicándole una rápida mirada.

¿Le había leído los pensamientos? ¡Esperaba que no!

Rik continuó hablando.

—Nuestro acuerdo no es… para eso y yo no debería olvidarlo.

—Puede que haya sido porque acabábamos de estar con tu padre, esforzándonos en que todo saliera bien —se rio con cierto nerviosismo—. Supongo que nos hemos metido demasiado en el papel, pero solo ha sido un momento. Seguro que ni siquiera nos ha causado la menor impresión.

¡Solo estaba empeorando las cosas con sus palabras!

Se mordió el labio inferior y apartó la mirada de él.

—Qué vehículo tan raro —comentó, mirando una máquina que tenía delante.

Rik siguió la dirección de su mirada.

Había hecho bien en cambiar de tema. Rik estaba encantado de hablar de otra cosa, pero antes no pudo evitar volver a mirar el anillo que le había puesto en el dedo y que parecía haber encontrado su lugar, y los labios que acababa de besar. Deseaba volver a hacerlo. Deseaba besarla otra vez.

Pero no iba a hacerlo.

Sin embargo, el instinto le decía que los dos besos que habían compartido habían dejado en ella algo más que una ligera impresión.

Y en él también.

—Es un vehículo capaz de moverse por cualquier terreno y con cualquier clima —le explicó—. La cita con la organizadora de bodas no es hasta dentro de una hora, así que pensé que hasta entonces

podría enseñarte a manejarlo.

Melanie lo miró, sorprendida.

—¿Quieres que lo conduzca yo?

—Así podrás moverte libremente mientras estés aquí —lo cierto era que podría moverse de otras maneras y Rik tenía pensado estar con ella la mayor parte del tiempo, pero…

—Yo no sé conducir coches —le recordó—. La verdad es que nunca he tenido mucho interés por aprender.

—Pero esto no es un coche —la miró un momento antes de añadir—: Sin embargo, si no quieres intentarlo…

Ella levantó la cabeza con orgullo.

—Claro que quiero intentarlo.

Rik volvió a pensar que era una mujer muy valiente, su Melanie. Antes de que pudiera reprenderse a sí mismo por pensar de una manera tan posesiva, Melanie se acercó al vehículo con fingido entusiasmo y él tuvo que seguirla.

Primero le demostró cómo se llevaba, explicándole el manejo. Estaban en una zona de los exteriores del palacio en la que lo peor que podía pasar era que se salieran del sendero, así que, cuando consideró que Mel estaba preparada, le dijo que se sentara al volante.

Unos segundos después, Melanie tenía agarrado el volante con todas sus fuerzas. La ayudó a manejar el vehículo y a dar las curvas, pero enseguida dejó de necesitar sus consejos e incluso le preguntó si podía ir más deprisa. Poco después sonrió por primera vez al volante y detuvo el vehículo.

—Muy bien —aseguró Rik—. Me alegro mucho de que hayas querido hacerlo, Mel.

—Ha sido divertido. Hacía mucho tiempo que no disfrutaba estando subida a cualquier tipo de vehículo. Desde que mis padres me llevaban todos los domingos a… —entonces frunció el ceño como si tratara de recordar y la tristeza ensombreció su rostro. Se bajó del vehículo—. No recuerdo qué solíamos hacer. Mis padres… murieron en un accidente de coche.

Rik le agarró la mano y deseó poder borrar esa tristeza.

—Lo siento…

—No pasa nada. Fue hace mucho tiempo —sus palabras quitaron importancia a aquel dolor, pero entrelazó los dedos con los de él.

Se acercó a ellos un miembro del servicio para anunciarles que la organizadora de bodas ya había llegado. Se soltaron las manos, pero la ternura que Rik sentía por Melanie crecía dentro de él.

Tenía que atender a sus obligaciones.

—Dígale que estaremos con ella enseguida.

—Sí, Alteza.

De nuevo a solas, Melanie se volvió hacia Rik y respiró hondo.

—Supongo que esta es la siguiente prueba, ¿no? Tenemos que convencer a esa organizadora de que vamos a hacerlo de verdad, aunque queramos algo sencillo, rápido y sin complicaciones —se quedó pensando un segundo—. Debe de ser una magnífica profesional si está dispuesta a planificar una boda real en un mes.

Rik respiró hondo también mientras la miraba, aún emocionada por haber conseguido conducir el cochecito y sin rastro de la tristeza que había aparecido en sus ojos al hablar de sus padres.

Quizá debiera pedirle a Dominico que le dejara ver el informe sobre ella; podría ayudarlo a saber más sobre Melanie. Pero solo para entenderla mejor, se aseguró, y luego frunció el ceño porque, de todas las razones que podría tener para leer dicho informe, esa era la más personal y, por tanto, la más inaceptable para él.

—Dominico cree que podrá hacerlo. Vamos a comprobar qué tal responde a nuestras peticiones.

Capítulo Ocho

—Lo has planeado todo muy rápido, Rik.

—¿Estás seguro de que quieres casarte tan pronto? Puede que papá hubiera cumplido con su parte solo con vernos prometidos y después podríamos hablar con él para llegar a un acuerdo. Así podrías haber esperado un poco más y puede que las cosas hubiesen cambiado para entonces.

Melanie oyó aquellas palabras pronunciadas por dos voces de hombre distintas mientras iba en busca de Rik.

Habían pasado cuatro días y, al despertar esa mañana, había visto que tenía el desayuno esperándola y Rik había salido a supervisar la recogida de las primeras trufas reales.

—Todos sabemos que da igual que me case ahora o dentro de unos meses. Papá no va a cambiar de opinión, ni a suavizar sus exigencias.

Rik no explicó por qué decía eso, ni tampoco mencionó que iba a ser un matrimonio temporal, por lo que Mel no sabía si les había dicho la verdad a sus hermanos. Lo cierto era que parecía algo desanimado, ¿sería porque él sí lo sabía?

Debían de ser imaginaciones suyas.

«Tú y tu disparada autoestima estáis imaginándolo».

—Buenos días, Rikardo —dijo Mel para hacer notar su presencia. No porque le importara que estuvieran hablando de su inminente matrimonio con Rik, sino porque no quería escuchar una conversación en la que no estaba participando.

—Melanie. Me alegro de que te hayas despertado y me hayas encontrado —Rik se acercó a ella, le rozó la mano y luego señaló a los dos hombres que había con él—. Estos son mis hermanos, Marcelo y Anrai.

—Hola. Encantada de conoceros —dijo con total calma, antes de darse cuenta de que estaba ante dos príncipes.

«¿Tengo buen aspecto para la ocasión? ¿Por qué no me he dirigido a él como príncipe Rikardo o Alteza?».

Respiró hondo.

—Es un placer conocerte, Melanie. Nuestro hermano nos ha hablado de ti —dijo el mayor de los dos con una inclinación de cabeza que consiguió que pareciera un gesto normal, nada principesco—. Soy Marcelo.

El primero en la línea de sucesión al trono, el hermano que todo el mundo esperaba que se casara y fuera para siempre, quisiera o no. Era moreno como Rik, un poco más alto y con los ojos de un azul tan oscuro que parecían negros.

—Yo soy Anrai —el segundo esbozó una atractiva sonrisa al tiempo que le estrechaba la mano para después volver a dar un paso atrás, como si prefiriera observarlo todo a distancia.

Tenía el pelo un poco más claro, grueso y ligeramente ondulado. Le caía sobre la frente, lo que atraía toda la atención hacia unos bonitos ojos azul claro.

Al principio le había parecido que no era tan guapo como Rik, pero ahora se daba cuenta de que sin duda podría tener mucho atractivo, aunque no para ella. Ella solo tenía ojos para…

—Hola —Mel intentó sonreír con naturalidad y no dejarse abrumar por estar en presencia de tres príncipes.

Fue entonces cuando miró a Rik y descubrió que se había puesto tan cerca de él que casi se rozaban. No porque se sintiera intimidada, sino porque…

La verdad era que no sabía cómo explicarlo. Lo que sí sabía era que, poco a poco, había empezado a pensar en Rik cada vez más como hombre en lugar de como príncipe. Aquel encuentro había servido para que se diera cuenta de ello. Y se alegraba de conocer a sus hermanos.

—¿Han sacado ya alguna trufa?

Oyó un ruido a su espalda y enseguida comprobó que *Rufusina* también estaba allí, observándolo todo con interés, como si estuviera esperando algo.

—Es evidente que *Rufusina* está impaciente por empezar —observó Mel—. ¿Por qué se ha retrasado la recolección?

—No se ha retrasado… —comenzó a decir Rik.

—Solo estábamos decidiendo cuál era la mejor manera de hacerlo —añadió Anrai, interrumpiendo a su hermano.

Marcelo meneó la cabeza.

—A mí me parece una tontería esperar una señal de…

Rufusina levantó el hocico, olisqueó el aire una vez y luego otra.

—Espera —susurró Rik.

La cerda repitió el mismo movimiento, pero esa vez olisqueó una tercera vez y salió corriendo hacia unos árboles.

—Voy para allá —dijo Anrai, siguiendo al animal—. Pero solo porque creo que sabe dónde están las mejores trufas. Por nada más.

—¿Marcelo? —Rik se volvió hacia su hermano mayor.

—A mí no me preocupaba lo más mínimo —dijo el aludido, yendo tras ellos—. Todas las trufas que crecen alrededor del palacio son de una gran calidad. Eso es lo único que importa.

Rik se dirigió a Mel:

—¿Quieres presenciar cómo hace su trabajo *Rufusina* y encuentra las mejores trufas?

—Me encantaría —respondió ella, con curiosidad.

¿A qué señal se habrían referido? En cualquier caso, le encantaba la idea de ver cómo extraían aquel manjar. Por no hablar de probarlo algún día.

Rik la agarró del brazo y la llevó hacia unos árboles que parecían muy viejos.

—Es un momento muy emocionante.

—Melanie, perdona por haberme escapado —le dijo Anrai—. En cuanto la cerda olisquea el aire tres veces…

—Es que va a llevar al príncipe hasta las mejores trufas, que tienen el poder de hacer cumplir sus esperanzas más importantes —terminó de decir Marcelo con cierta sorna—. Perdónanos, Melanie. Esta mañana estamos un poco tontos, pero Rikardo…

—Os ha pedido a ambos que estuvierais presentes en el acto —se apresuró a decir Rik, como si se estuviese defendiendo.

Mel pensó en la madriguera de conejo, en los zapatos mágicos y en lo fuera de lugar que se había sentido allí al principio, en lo diferente que era aquel mundo de todo lo que ella conocía. Miró a aquellos tres hombretones valientes que habían seguido a la cerda hasta la base de un árbol y se negaban a moverse hasta que…

—Un cerdo mágico abre el camino y quizá hace realidad vuestros sueños —las palabras salieron acompañadas de una enorme sonrisa.

Mel podría haberse echado a reír. Podría haber hecho muchas cosas, pero entonces miró atentamente aquellos árboles y pensó en la historia y en el pasado. Aquellos tres príncipes habían ido hasta allí para participar en el ritual. *Rufusina* había levantado el hocico tres veces antes de salir corriendo hacia allí. Mel volvió a respirar hondo.

—¿De cuándo es esa leyenda? ¿Incluye algún efecto negativo si no se hacen bien las cosas?

—Tiene siglos de antigüedad y ninguno de nosotros habíamos estado presentes en la cosecha de trufas hasta hoy. Normalmente lo hace el personal del palacio, pero esta vez yo quería supervisarlo todo —Rik no parecía haberse ofendido por la sonrisa que había puesto ella al principio, pero sí daba la sensación de que le incomodaba tener que explicárselo—. La leyenda tiene más que ver con vivir en prosperidad y elegir bien la persona con la que casarse. Pero a mí solo me interesa encontrar buenas trufas para los compradores extranjeros.

—Por supuesto, esa es la prioridad —Mel se mordió el labio para no sonreír. Después se volvió hacia los otros y les dijo a los tres—: Os agradezco que me hayáis dado la oportunidad de verlo.

En ese momento llegó Winnow y los príncipes se centraron en el negocio. Resultaba extraño ver a aquellos tres hombres privilegiados sacando hongos de la tierra, debajo de montones de hojas

putrefactas. *Rufusina* siguió haciendo su trabajo y Rik la alabó por hacerlo tan bien, a lo que el animal respondía casi… pavoneándose. Mel bajó la mirada para comprobar que no llevaba puestos los zapatos mágicos.

—Ésta tiene muy buen aspecto y mira cómo huele —le dijo Anrai a Rik.

Rik examinó la trufa atentamente.

—Está muy bien. Ven a verla, Melanie.

Mel se encontró con la trufa en las manos y, aunque no sabía mucho de ellas, estaba deseando tener la oportunidad de cocinar con ellas algún día y comprobar si eran tan deliciosas como se decía.

—¿Crees que habrá suficientes para tus planes, Rik?

Mel no se dio cuenta de la dulzura con la que habló, ni vio la mirada que se lanzaron los hermanos de Rik al ver que él se acercaba para guarecerla del viento que se había levantado mientras respondía a su pregunta.

—Eso espero, Mel.

Terminaron la recogida. Winnow se llevó algunas de las trufas para prepararlas para el viaje y Rik puso las demás en una cesta, les dio las gracias a sus hermanos por haberlo acompañado y se despidió de ellos antes de dirigirse de nuevo a Mel:

—¿Qué te parece si vamos a ver la cocina, tal como dijiste que querías hacer?

—Me parece de maravilla —a Mel le hacía aún más ilusión que Rik se acordara de que había dicho que quería hacerlo.

Rik la condujo hasta la enorme cocina del palacio, le presentó al personal y, aunque Mel estaba acostumbrada a estar al otro lado, Rik se las arregló para que todo resultara cómodo y fácil. Tanto fue así que cuando él tuvo que marcharse a atender otros asuntos, Mel aceptó la invitación para quedarse un poco más y ver cómo todo el personal de la cocina preparaba el almuerzo.

—Casi me da miedo probarlo —murmuró Melanie cuando Rik retiró la tapa que cubría el último plato.

Estaban en la sala de estar de sus habitaciones privadas, donde había pedido él que les llevaran la comida. ¿No era eso lo que se suponía que querría hacer una pareja recién prometida, estar solos todo el tiempo? Claro que Rik sabía que él lo había hecho porque no quería tener que compartir a Melanie con nadie, algo que no debería sentir.

La leyenda decía que había que compartir la primera comida preparada con las trufas, que el príncipe debía probarlas con alguien…

Dejó a un lado aquellos pensamientos tan fantasiosos.

Era una cuestión práctica. Así, además, le proporcionaría a

Melanie una experiencia que de otro modo quizá no podría vivir.

—Todos los platos llevan las trufas entre sus ingredientes.

—¡El risotto y el pato huelen de maravilla!

Y lo apreciaba aún más después de haber podido escuchar las conversaciones entre los cocineros. Había aprendido muchísimo en la cocina.

—Antes de pasar a los platos, me gustaría que probaras la primera trufa al natural —le dijo Rik, levantando la pieza. Le temblaban ligeramente los dedos, pero respiró hondo y miró a Melanie a los ojos.

Era solo una leyenda. Una fantasía.

«El príncipe prepara la trufa y se la ofrece a su prometida ».

Mel respiró de un modo extraño, como si también ella sintiera algo raro en el ambiente, como si se hubiese llenado de impaciencia.

Rik ralló unas virutas de trufa sobre un plato blanco y le añadió unas escamas de sal y un toque de mantequilla. Acercó el tenedor a los labios de Melanie, ella abrió la boca y cerró los ojos para sentir a fondo el sabor de… una leyenda.

—Es casi embriagador —susurró ella—. El olor, la textura… no puedo explicarlo, pero es como si acabara de probar algo sagrado.

No podría haber elegido mejores palabras. Rik se llevó su porción de trufa a la boca, encantado con el evidente deleite de Melanie.

Siguieron después con los otros platos. Melanie lo probaba todo con curiosidad y verdadero placer, un placer que Rik compartía sin apartar la mirada de su boca. Deseaba sentir el sabor de la trufa en sus labios.

Era una leyenda.

Melanie Watson no era ninguna leyenda, era una mujer de verdad y Rik… la deseaba con todas sus fuerzas.

Esa misma tarde partieron rumbo a Francia. Mel se sentó junto a Rik en el avión privado de la familia y observó con fascinación la absoluta tranquilidad de su rostro.

—No sé cómo lo haces.

—¿El qué? —le preguntó él.

—Mantener la calma mientras la organizadora de bodas te persigue hasta la escalerilla del avión enseñándote muestras de tela y pidiéndote que elijas cientos de cosas.

—Le hemos respondido a todo lo que nos ha preguntado —respondió Rik con una tenue sonrisa—. Puede que la próxima vez opte por no ponerse tacones para correr detrás de nosotros.

—Se está esforzando mucho para facilitarnos las cosas mientras nosotros recorremos Europa enseñándoles a los compradores lo que se van a perder si este año no compran trufas de Braston.

—En realidad solo vamos a ir a París —Rik hizo una pausa

mientras la miraba a los ojos y pensaba lo comprometida que parecía con la industria de su país.

—Aun así es lo más emocionante que he hecho en mi vida —aseguró ella, mirándolo también a los ojos.

¿Cómo lo hacía? ¿Cómo conseguía que pareciera que el resto del mundo había desaparecido y que solo existían ellos dos? Mel iba a ser un desastre como esposa. Saldría en las fotos de todas las revistas poniéndole ojitos de fascinación sin siquiera darse cuenta.

No, no iba a hacer nada de eso. Solo sentía admiración por él porque sin duda era un buen hombre. Nada parecido a la devoción con que lo miraba *Rufusina*.

«Acabas de compararte con una cerda, Mel. No creo que las cerdas lleven zapatos mágicos», pensó Mel y apretó los dientes para no decir ninguna tontería.

—Espero que todo vaya bien —comentó Rik, que por un momento bajó la guardia y mostró parte de su preocupación—. Mis planes no dejan mucho lugar al fracaso, pero aun así…

Le preocupaba.

—Todos los cocineros dijeron que eran las mejores trufas que habían visto en su vida. Yo no tengo con qué comparar, pero me parecieron increíbles —Mel se alegraba de haber estado en la cocina tanto tiempo mientras Rik ultimaba los preparativos para el viaje.

Un viaje que le había anunciado como si fuera solo un paseo hasta la esquina:

—Por cierto, esta tarde nos vamos a París —le había dicho.

Mel había dejado que le prepararan el equipaje sin supervisarlo siquiera. Melanie Watson, cocinera, iba rumbo a París con una maleta que le había hecho una doncella.

—Yo te ayudaré en todo lo que pueda —ni siquiera sabía si habría algo que ella pudiera hacer, aparte de ser su prometida.

Bajó la mirada hasta el anillo de compromiso que llevaba en la mano. Cada vez que lo miraba, tenía la impresión de que lo hubieran hecho para ella, algo que había sentido desde el mismo momento en que Rik lo había sacado de la cajita y se lo había puesto.

¿Qué le estaba pasando? No estaba consiguiendo mantener la distancia con él, al menos en cuestiones sentimentales. No tenía sentido decir que solo le preocupaba la gente de Braston o que lo admiraba por lo mucho que se preocupaba por su pueblo. Todo eso era cierto, pero solo era parte de lo que sentía por él.

«Admítelo, Mel. Tus sentimientos te han atrapado y, en lugar de controlarlos o frenarlos, han crecido cada día más».

Capítulo Nueve

—Claro que me interesa. Las trufas negras de Braston siempre han sido un producto de primerísima calidad —el propietario de una cadena de restaurantes de lujo de París hablaba a Rik con cierto remordimiento, pero también con un brillo de curiosidad en la mirada—. Lo que ocurre es que en estos dos años que sus trufas han estado fuera del mercado he encontrado otros proveedores.

Era el cuarto propietario que habían visto desde que estaban en París. Los demás habían aceptado el negocio, pero Mel tenía la impresión de que aquel iba a ser más difícil.

Se encontraban en su casa, sentados alrededor de una mesa en cuyo extremo había un jarrón con un ramo de flores de distintos tipos. Rik había clavado la mirada en aquellas flores nada más entrar.

Mel se había dado cuenta de que estaba comprobando que no hubiera gardenias y el gesto la había conmovido. No había ninguna gardenia, y el ramo le parecía particularmente hermoso.

—Las plagas fueron un duro golpe, pero nos hemos recuperado y, como puede comprobar, nuestras trufas siguen siendo de una gran calidad —Rik agarró una de las trufas que había puesto en un plato y ralló algunas virutas.

Siguió hablando mientras el empresario observaba las virutas y Mel recordaba el momento casi místico en el que había probado su primera trufa con Rik.

—Sé que estarán haciendo los pedidos para la temporada y me encantaría ver las trufas de Braston en la carta de sus restaurantes, Carel.

—Y a mí me encantaría ponerlas, pero…

—Tengo una oferta que puede que le sirva de incentivo para decidirse —anunció Rik, hablando lentamente.

—¿De qué se trata?

Eran casi las nueve de la noche y habían tenido suerte de que el propietario de los restaurantes hubiese invitado a Rik a visitarlo en su casa.

El incentivo de las trufas reales había funcionado de maravilla con los demás restauradores; todos ellos habían hecho unos generosos pedidos de trufas cultivadas para poder disfrutar de las otras. Mel se preguntaba si Carel estaría también dispuesto a dejarse convencer, pero era más difícil de prever que los otros.

Mel sintió un curioso afán de proteger a Rik. Él no tendría que andar suplicando a nadie. ¡Era un príncipe! Rik era un hombre bueno y justo, trabajador y muy dedicado a su pueblo. Merecía todo

el respeto del mundo por todo lo que llevaba dentro.

Carel ladeó la cabeza.

—Ya hemos hablado del precio y desde luego no es ningún regalo…

—No puedo vender las trufas de Braston a un precio que no sirva para ayudar a mi gente a recuperarse —le explicó Rik suavemente—. Y en el fondo creo que usted no me respetaría del mismo modo si lo hiciera.

El empresario se quedó en silencio unos segundos antes de asentir.

—Tiene razón.

—Lo que le propongo es obsequiarle con algunas de las trufas que crecen silvestres en los alrededores del palacio —Rik observó atentamente la reacción de Carel—. Si hace un pedido de las otras, claro está.

Mel los miró a uno y a otro.

—Esas trufas tienen toda una leyenda —Carel miró un momento a Mel antes de volver a dirigirse a Rik con una ligera sonrisa en los labios—. ¿Debería preguntarle si las ha recogido usted mismo? Porque doy por hecho que las ha traído para mostrarlas.

—Así es —confirmó Rik, sonriendo también.

Mel no comprendió bien lo que estaba pasando, pero antes de que pudiera preguntarlo, Rik sacó otro plato de la pequeña maleta que habían llevado y puso en él una sola trufa.

Carel se inclinó a mirarla.

Rik la ralló también, dejando que las virutas expulsaran todo su aroma.

¿En qué consistía exactamente la leyenda? Mel tendría que averiguarlo en cuanto volvieran a Braston.

—Nunca había sentido un aroma tan intenso —reconoció Carel y agarró algunas virutas para examinarlas. Las olió una y otra vez y, unos segundos después, volvió a dejarlas en el plato—. No sé. Me gustaría tener la certeza de que su sabor es tan increíble como la leyenda que las rodea, porque es eso lo que hará que se vendan.

—Le advierto que las leyendas también venden mucho —señaló Rik con picardía.

Los dos eran muy buenos negociando.

—Desde luego —reconoció el francés—. Eso es innegable, pero yo las utilizaría para los platos más caros de los restaurantes y solo de vez en cuando, lo que quiere decir que tendrían que estar a la altura de las expectativas.

—¡Lo están! —exclamó Mel casi sin darse cuenta. Rozó la trufa con la yema del dedo y miró fijamente a Carel—. Estas trufas tienen un sabor y un aroma que no encontrará en ningún otro producto. La

textura es increíble y realzan cualquier plato en el que se utilicen, aunque también pueden comerse solas.

—Eso es cierto —Rik miró a Mel con dulzura—. Pero también comprendo a Carel.

Rik agradecía el entusiasmo de Mel, aunque era una manera un poco débil de describir la emoción que había sentido al oír el modo en que trataba de apoyarlo. Era muy débil, pero Rik no sabía si quería examinar a fondo dicha sensación o pararse a pensar qué podría significar.

—Lo que ocurre es que no tengo ninguna prueba de que eso sea verdad —señaló el empresario francés—. Seguro que a mis chefs les encantaría cocinar con estas trufas, pero están demasiado ocupados…

—¡Yo las cocinaré para usted! —Melanie se puso en pie—. Puedo hacerlo aquí y ahora.

Melanie se habría detenido de inmediato si hubiese visto la menor indicación de que Carel no estaba de acuerdo, pero se limitó a observarla con curiosidad y, un segundo después, le hizo un gesto con la mano como diciéndole: adelante.

Rik tuvo que contener una extraña sensación de celos al notar que Carel estaba fijándose en su prometida como mujer.

«No puede sorprenderte, Rik. Cualquier hombre se fijaría en ella. ¿Cómo iban a no hacerlo?».

Nada más entrar en la cocina de Carel, comunicada con el espacio donde estaban sentados, se hizo evidente que Melanie estaba en su ambiente.

—¿Puedo usar lo que encuentre, *monsieur*? —le preguntó al dueño de la casa.

Carel sonrió.

—Todo lo que quiera.

Mel sacó una pechuga de pollo, los ingredientes necesarios para una ensalada y unas frambuesas deshidratadas. Eligió una botella de vino tinto, pero en lugar de utilizar cualquiera de los cuchillos que había en la cocina, volvió a la mesa a agarrar el que había llevado Rik.

Al hacerlo, le rozó el hombro al príncipe.

—Para que me dé suerte.

Rik no sabía si se refería al cuchillo o al roce en el hombro. Quizá se refiriera a las dos cosas.

—Su prometida es una mujer con coraje —comentó el francés al tiempo que se ponía cómodo para presenciar la escena—. Estoy deseando probar lo que está haciendo.

Media hora después, Mel respiró hondo y llevó la ensalada de pollo a la mesa. Tenía un aspecto estupendo; colorido y variado,

tanto en sabores como en aromas, entre los que se distinguía claramente el de las trufas, que había calentado un poco.

La prueba definitiva no era la imagen, ni el olor, sino el sabor. Mel colocó una generosa ración frente al anfitrión y sirvió otras dos más pequeñas para Rik y para ella.

Unos minutos después, Carel dejó el cuchillo y el tenedor y levantó la mirada para dirigirse primero a Rik.

—Estas trufas son las mejores que he probado nunca. Bien cocinadas y servidas con un poco de su legendaria historia, van a ser lo más solicitado de mis restaurantes esta temporada. Es un placer hacerle el pedido.

—Gracias —Rik inclinó la cabeza y lanzó una sonrisa hacia Mel —. Y gracias también a ti, Melanie, por la comida. Tienes mucho talento para la cocina, no me había dado cuenta de cuánto hasta ahora.

—Yo le daría trabajo sin dudarlo en cualquiera de mis restaurantes —añadió Carel.

—Debo confesar que hoy he estado viendo cómo cocinaban las trufas en palacio y he aprendido todo lo que he podido —respondió Melanie—. Muchas gracias por el cumplido.

—Le estoy haciendo una oferta de trabajo en firme —insistió el francés y luego los miró a ambos—. Le ofrezco un puesto permanente, buen sueldo y buenas condiciones. Aunque no creo que esté disponible.

Estaba mucho más disponible de lo que podía imaginar porque Carel no sabía que Rik y ella no estarían mucho tiempo juntos. Pero tampoco podía decirle que le guardara el puesto unos meses. Además, cuando todo aquello acabara, tendría que volver a Australia. Optó por escuchar en silencio la conversación, tratando de no pensar en el futuro mientras estuvieran allí, en París. Y mientras se sintiera tan… vulnerable.

Poco después de eso se despidieron de Carel y salieron de la casa.

—Me gustaría dar un paseo antes de volver al hotel —dijo Rik y se giró para mirarla a la cara—. ¿Tienes ganas de caminar un poco?

—Sí… claro —Mel respondió con mesura, esperando que Rik no se diera cuenta de todo el placer que ocultaban sus palabras, un placer que hacía que se sintiera vulnerable—. Me encantaría ver París de noche.

—Entonces le diré al chófer que nos deje a unas cuantas calles del hotel.

Hicieron el trayecto en coche en silencio antes de bajarse y hacer el resto del camino andando. Al principio Melanie estaba un poco tensa con Rik, hasta que él la agarró del brazo y empezó a contarle la historia de aquella zona de París, señalando cada edificio y

aprovechando las circunstancias para estar cerca de ella.

«¡Sigue soñando, Melanie Watson!».

—Nunca pensé que conocería lugares como París o Braston —confesó Melanie, mirándolo a la cara—. Esta parte del mundo es muy hermosa.

—Es… —se quedó mirándola a los ojos y luego a la boca un instante antes de apartar la vista—. Mañana por la mañana tenemos algo de tiempo. ¿Hay algo que quieras hacer?

Mel intentó controlar su entusiasmo.

—Me encantaría ver algún mercado —la idea de poder conocer París, aunque solo fuera un poco, era más de lo que jamás habría soñado—. Y ver el colorido de la ciudad.

—Entonces mañana iremos en busca de mercados parisinos —anunció Rik y la apretó un poco más contra sí. Por un momento notó no resistencia, pero sí cierto esfuerzo por mantener quizá lo que consideraba una distancia adecuada.

Él sí debería resistirse, pero esa noche… no quería hacerlo. Así que siguió caminando tranquilamente hasta que notó que Melanie se relajaba a su lado y pudo disfrutar de pasar ese tiempo con ella, lejos de las expectativas y los compromisos de trabajo, y de otras cosas que conllevaba el ser… quien era.

—Estoy disfrutando mucho de ser alguien anónimo contigo, Melanie —le confesó con voz profunda. No había podido contenerse.

—A veces me olvido de que eres príncipe —susurró ella como si fuera un secreto del que debía avergonzarse—. Haces que parezcan normales hasta las cosas más extraordinarias y entonces me olvido de quién eres y… —dejó la frase a medias.

¿Lo trataba como a un hombre más?

«Estás entrando en territorio peligroso, Rik. El siguiente paso es creer que le gustas por ser como eres y no por tu título y encontrarías a una mujer que solo viera al hombre que eres».

Si se permitía involucrarse con esa mujer, sería muy difícil dejarla marchar cuando llegara el momento.

Pero no tenía ninguna prueba que le demostrara que era eso lo que sentía por él. Aparte de unos besos, pero, ¿querrían decir tanto aquellos dos besos?

«No tienes fe para esperar nada más. La experiencia ha hecho que no esperes nada del futuro, ni intentes conseguirlo ».

Empezó a hablar de la visita a Carel con la esperanza de que eso lo ayudara a reconducir sus pensamientos.

—Me habías dicho que eras cocinera, pero no sabía que tuvieras tanto talento. Te has ganado a Carel.

—Me ha gustado mucho cocinar con las trufas y me alegro de que a Carel le gustara el plato —dijo, emocionada por el cumplido

que le había dedicado Rik—. Me he arriesgado y no podía dejar de preguntarme si creerías que me había excedido —lo observó detenidamente—. ¡También podría haberte hecho perder el pedido!

—Lo dudo mucho —Rik meneó la cabeza—. Carel se ha quedado completamente prendado contigo. Hasta te ha ofrecido trabajo.

—Ha sido muy halagador, pero es imposible, ¿verdad? —no pretendía que pareciera una pregunta—. Estoy aquí para ayudarte, no para buscar trabajo como cocinera para cuando nos divorciemos —Mel cruzó los dedos y rezó porque Rik no hubiese notado el titubeo que había hecho al decir eso último.

—Eres una persona muy leal, Nicole Melanie Watson —Rik le soltó el brazo, pero solo para agarrarle la mano.

Mel no pudo evitar entrelazar sus dedos con los de él, unos dedos fuertes y cálidos que empezaba a conocer bien.

Rik la miró sonriendo.

—Es algo muy poco común y por lo que te admiro profundamente.

Siguieron caminando en silencio, paseando como si tuvieran todo el tiempo del mundo. Como si no hubiera nada que les preocupara.

Pero bajo esa aparente tranquilidad se escondía mucha tensión. Si todo era tan maravilloso, ¿por qué a Mel se le aceleraba el corazón con cada paso que daban? ¿Por qué sentía esa impaciencia y ese destello de esperanza que le hacía desear que aquel paseo no terminara nunca y, al mismo tiempo, que pudieran volver ya al hotel y…?

¿Que él volviera a besarla? ¿Que aquella noche no acabara, o que acabara con ella en sus brazos? ¡Cuántas ideas absurdas!

—Ya estamos aquí.

Quizá él también sentía todo aquello porque la llevó hasta el hotel sin decir ni palabra.

Fue como si el tiempo los envolviera y los apartara de la realidad porque, cuando quiso darse cuenta, estaban ya frente a la puerta de su suite, y sin embargo recordaba el interminable silencio del ascensor, cuando había deseado poder echarse en sus brazos y tener el derecho a…

«Admítelo, Mel. Empiezas a sentir algo por él. El príncipe Rikardo Ettonbierre de Braston te importa. Te importa tanto como si estuvieses…».

Era un buen hombre, pero también era un príncipe, lo que significaba que era un imposible para ella, que era una chica común y corriente.

Mel no sabía qué pensar, ni qué esperar.

Quizá un beso.

Sí, eso era lo que deseaba, lo que necesitaba. Quería que Rikardo

la besara. Aunque hubiese sido el chico de la tienda de la esquina, habría deseado que la besara.

«Estás metida en un buen lío, Mel. Un lío enorme porque no puedes enamorarte de él».

La suite estaba en la penumbra y los esperaban una botella de vino y un cuenco con fruta y chocolate, y en la cocina, café recién hecho y unos cruasanes recién horneados. Parecía preparada para recibir a los amantes.

Mel se quedó sin aliento. Ellos dos no eran nada de eso, por supuesto. Cada uno ocuparía uno de los dos dormitorios que formaban la suite. Rik y ella no iban a…

—Ese café huele de maravilla —Mel se quitó el abrigo y siguió el aroma hasta la diminuta cocina.

Pensó que hacía bien comportándose con normalidad, pero en realidad debería haberse olvidado del café y haberse ido directamente a dormir, en lugar de seguir prolongando la velada. ¿Y si Rik pensaba que lo hacía para aprovechar tan romántico ambiente? ¿Y si creía que solo pretendía estar más tiempo con él?

—Tú no tienes por qué tomar, claro —le soltó, pero enseguida se dio cuenta de que sonaba un poco brusca y añadió—: Pero si quieres, te sirvo una taza.

—Gracias.

Mel se alegró de que no le temblaran los dedos. Una vez servido el café, salieron a tomárselo al pequeño balcón de la suite, un lugar íntimo y con unas vistas magníficas de la ciudad. Se quedaron el uno junto al otro y, aunque ni siquiera se rozaban, Mel era increíblemente consciente de su presencia, de su proximidad. ¿Cómo iba a poder alejarse de él después de todo sin volver la mirada y desear algo más?

El problema era que ella no era ninguna princesa. Rik y ella no estaban en igualdad de condiciones, y eso era algo que debía recordar. Debía recordar quién eran uno y otro.

—Estoy muy satisfecho con lo que hemos conseguido hoy —mencionó Rik—. He recuperado cuatro clientes muy importantes. Hay más, pero son más pequeños, por lo que Braston puede pasar sin ellos un par de semanas más.

—Has hecho muy buen trabajo —dijo Mel, sin poder ocultar su orgullo, como seguramente tampoco podía ocultar lo contenta que estaba por él—. Te has ganado un poco de tranquilidad.

—Tú has contribuido mucho a esa tranquilidad —reconoció él con agradecimiento y quizá aceptación—. Sé que debería guardar las distancias, pero no quiero hacerlo.

Mel sintió un hormigueo en el estómago.

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—Esto —dijo Rik antes de inclinarse y apoderarse de sus labios.

—Melanie —Rik pronunció su nombre en un susurro.

La había besado hasta que los dos se habían quedado sin aliento, pero quería volver a besarla y por eso le levantó la cara, que ella había apoyado en su pecho.

Le brillaban los ojos, llenos de dulzura y pasión. Le había dicho que a veces se olvidaba de que era príncipe. Rik deseaba que aquella fuera una de esas veces, que lo viera simplemente como Rikardo y se olvidara de todo lo demás. Por una vez solo quería ser un hombre que estaba con una mujer.

La estrechó en sus brazos y se sumergió en el aroma de su cuerpo antes de volver a besarla. Enredó su lengua con la de él, lo que le arrancó un gemido de placer. En ese momento saltaron todas las alarmas en su interior y se vio obligado a darse cuenta de que Mel se aferraba a él con ingenuidad, como si no tuviera demasiada experiencia en esas cosas…

—¿Qué estamos haciendo? —preguntó ella en voz baja y se apartó para mirarlo, pero ocultando su reacción ante él para protegerse—. Esto… no es lo mismo que otras veces, cuando había algún motivo para besarme. Da igual que estemos en París, no debería haberme dejado tentar. No debería…

Parecía incómoda y confusa. Rik lamentó que fuera así porque tampoco él había pretendido que ocurriera.

—No debería haber cruzado la línea —admitió él—. No ha estado bien hacerlo.

Tenía que luchar contra sus propias reacciones porque lo que deseaba era hacerla suya, poseerla hasta que fuera suya y de nadie más. Jamás había sentido nada así.

—Yo nunca… —dejó la frase a medias—. Deberías irte a la cama y descansar bien para la visita de mañana.

En los ojos de Melanie aún se adivinaba la pasión que habían compartido, pero también había confusión, incertidumbre e intranquilidad. Con la mirada clavada en su rostro, vio cómo iba volviendo a la realidad y recordaba el trato que habían hecho. Algo que él no debería haber olvidado. Cuando estaba con ella, era incapaz de recordar hasta las cosas más básicas, como que debía cumplir con su palabra y centrarse en los objetivos que tenía en mente.

—Gracias por enseñarme un poco de París y por dejarme participar en las negociaciones con tus clientes —Mel levantó bien la cabeza—. Buenas noches, Rikardo. Que duermas bien.

Capítulo Diez

—Gracias por buscar todos estos mercados para enseñarme —Mel observaba un puesto tras otro mientras paseaba junto a Rik. Era mucho más fácil que mirarlo a él a los ojos.

La noche anterior se habían besado hasta que ella se había apartado. Estaba cerca de enamorarse locamente de… un príncipe. No podía hacerlo. Su relación con Rik debía ser estrictamente profesional, aunque el escenario y las circunstancias fueran tan románticos o maravillosos.

«Todo eso da igual, Mel. Tienes que mantenerte a distancia. Así que piensa que simplemente estáis de excursión.

Nada más».

Respiró hondo y se obligó a mirarlo.

—Gracias por hacer tiempo para que viniéramos a ver esto.

—De nada, Melanie —él también parecía más formal de lo normal.

¿Y no tenía los hombros algo rígidos?

Después de eso, Mel trató con todas sus fuerzas de concentrarse en el momento y disfrutar de aquellos mercados en los que se podía encontrar ropa de marca y bastante cara y prendas de segunda mano o de estilo retro. A ella lo que le interesaba era el último grupo.

—¿Estás segura de que no quieres mirar la ropa de marca? —le preguntó Rik.

Al llegar allí le había dado un montón de dinero y le había pedido que no se fuera con las manos vacías. A Mel le había resultado muy extraño, no solo porque quisiera hacerle ese regalo, sino porque al darle los billetes, los dos habían dejado la mano más de lo normal y luego la habían retirado apresuradamente.

Mel empezó a divagar igual que había hecho la noche anterior mientras intentaba conciliar un sueño que no llegaba. Una parte de ella deseaba encontrar la manera de que Rik sintiese algo por ella de verdad. Ese era el problema.

Ni sentía nada, ni lo sentiría nunca. Cuando el trato llegara a su fin la enviaría de vuelta a Australia y ahí acabaría todo. ¿Cuántas veces tenía que pensarlo para aceptarlo? Debía asumir que unos cuantos besos no significaban tanto para un hombre que podía besar a quien quisiera, en cualquier parte y en cualquier momento.

Respiró hondo y, al llenarse los pulmones de aire, trató de apaciguar el torbellino que llevaba dentro. Volvió a concentrarse en los puestos y en la ropa, hasta que vio una falda que le llamó la atención y se acercó a mirarla.

Decidió comprársela. Era el tipo de prenda que ella llevaría; una

falda larga, de ante marrón con corte triangular. Sería un recuerdo de París. La idea le resultó muy triste.

—Gracias —le dijo a Rik, dándole el resto del dinero—. Voy a echar un vistazo más, si te parece bien, y luego podemos irnos —añadió, esperando no parecer ni la mitad de tensa de lo que estaba.

—Quédatelo y gástatelo cuando quieras —le dijo él y le volvió a poner el dinero en la mano.

A medida que pasaban los días después de París, Melanie demostró una y otra vez que era la prometida perfecta para Rik. Nadie, ni sus hermanos ni su padre, podrían decir que no lo apoyaba al máximo o estaba comprometida con él.

Enamorada, no, pero estaba desempeñando el papel de maravilla. Parecía tranquila y satisfecha de participar en los preparativos de la boda, que iban acelerándose porque se acercaba ya el primero de los tres ensayos. Pero tras esa fachada…

Rik no estaba satisfecho. No podía olvidar el beso que se habían dado en París. Él, que se había criado controlándose en todo momento, esa noche había estado a punto de perder dicho control. Había deseado con todas sus fuerzas hacer el amor con ella, pero Melanie se había apartado de él.

—Te comportaste como un enamorado —por si fuera poco, ahora hablaba consigo mismo.

El primer ensayo era al día siguiente y Rik no se sentía preparado. Las cosas estaban yendo demasiado rápido para él, para poder sentir que tenía el control de la situación, un control que necesitaba. En el fondo sabía que todo iría bien gracias a Melanie.

Se dirigió a la cocina del palacio en lugar de pedir que le llevaran algo de comer. Así al menos haría algo de tiempo hasta que le entrara sueño y Mel estaría a salvo en su cama mientras él se enfrentaba a sus demonios.

Una parte de sus problemas de insomnio se debían al hecho de saber que ella estaba tan cerca y no podía tocarla.

Apenas había abierto la puerta de la cocina cuando sintió el aroma a galletas recién salidas del horno. ¿Quién podía estar haciendo galletas a esas horas de la noche? Y no solo era eso, pensó al ver el despliegue de bollos y pastelitos que había sobre la encimera.

De pronto supo quién era.

—Mel…

—¡Rik! Me has asustado —dijo al tiempo que intentaba controlar la bandeja que tenía en las manos—. Tengo permiso para estar aquí —declaró como si necesitara defenderse—. Necesitaba pasar un poco de tiempo en la cocina. Es lo que hago siempre cuando necesito… —dejó la frase a medias e hizo un gesto con la mano—. No importa. Ya

casi he terminado. Solo tengo que acabar de limpiar.

Fue entonces cuando se fijó en que Mel tenía sombras bajo los ojos. ¿Estaba preocupada? Rik no lo había notado hasta ese momento, pero se preguntó si no estaría luchando también contra sus propios pensamientos, a pesar de la imagen de fuerza y determinación que proyectaba.

«Deja que el personal lo limpie todo».

Rik deseaba decírselo, pero parecía importante para ella dejarlo todo impoluto.

—¿No tendrás hambre? —le preguntó ella, señalándole un pastel de chocolate—. Seguramente sea lo peor que se puede hacer, pero yo estaba pensando comer un trocito y quizá luego…

—¿Relajarte un rato? —Rik no sabía lo que se disponía a decir, pero le pareció una idea estupenda pasar un rato con Melanie allí, en medio de la noche, los dos luchando contra el insomnio. Al menos serviría para ayudarla a relajarse.

—¿Qué te parece si nos lo llevamos a nuestras habitaciones?

Mel no esperaba que Rik apareciera en medio de su sesión de terapia de cocina. Él era el motivo de dicha terapia, así que quizá fuera buena idea pasar un rato a su lado. Quizá así pudiera quitarse la sensación de melancolía y de pérdida que no hacía más que crecer dentro de ella.

«De todos modos, sonríe, Mel. Así él no empezará a preguntarse qué te ocurre».

Lo cierto era que ni siquiera ella sabía lo que le ocurría, había albergado la esperanza de averiguarlo mientras cocinaba, pero no había sido así.

—Podemos preparar un café para acompañar el pastel.

—He puesto la cafetera antes de ir a la cocina —le dijo Rik.

Eso quería decir que tenía el mismo problema para dormir que ella, si no, no habría estado paseando por el palacio y preparando café cuando la gente normal estaría plácidamente en la cama.

Efectivamente, el olor a café los recibió al entrar en las habitaciones privadas de Rik. Mel se acordó de París, de cuando él la había estrechado en sus brazos y la había besado.

—¿Te queda bien la falda de ante o has tenido que arreglarla?

La pregunta daba a entender que Rik también se había acordado de París. A Mel se le entrecortó la respiración, pero intentó no pensar en ello. Se pasaba el día haciendo eso, cada vez que le pasaba por la cabeza un pensamiento inadecuado. Nadie habría imaginado la cantidad de esfuerzo que dedicaba a no pensar en Rik, en no desear volver a sentir todo aquello.

—Me queda bien. De hecho, pensaba ponérmela mañana.

Se celebraba una fiesta en el pueblo de la que Rik aún no le había

contado mucho, por lo que Mel no sabía bien qué papel debía cumplir en ella, si tenía alguno, claro. El personal de cocina le había dicho que sería una celebración sencilla.

Eso no significaba que no pudiera ser divertida, así que Mel quería al menos echar un vistazo.

Se sentaron el uno junto al otro en el sofá, a tomar café y comer pastel de chocolate. Una escena muy normal, salvo por el pequeño detalle de que era más de medianoche, estaban en las habitaciones de Rik y estaban prometidos, aunque realmente no lo estuvieran.

—Esta tarde me he probado el vestido —le contó de pronto—. No voy a ponérmelo para el ensayo de mañana, claro, pero…

¿Cómo podía explicarle algo que ni siquiera ella comprendía? La prueba del vestido había supuesto un profundo desgaste emocional para ella, pero no sabía decir por qué, porque en definitiva no era más que un vestido y una boda que no era de verdad.

—Es un vestido precioso —se limitó a decir para no pensar en el origen de sus emociones—. Estoy impresionada con lo rápido que lo han hecho —respiró hondo y trató de hablar de manera distendida —. ¿Tú te has probado ya tu traje?

—Sí, ayer —se volvió a mirarla—. Te he dejado a ti todos los preparativos de la boda mientras yo hacía otras cosas. Debería haberte ayudado más.

Mel meneó la cabeza.

—Has visitado todo el país para supervisar la cosecha de trufas y asegurarte de que los pedidos llegan en perfectas condiciones. Son tareas muy importantes.

—No dejas de demostrarme lo generosa que eres —levantó una mano hasta su mejilla—. Tienes un poquito de tarta —se lo quitó con un dedo.

Mel cerró los ojos y enseguida se dio cuenta del error que había cometido, pero ese era el efecto que Rik causaba en ella. Se derretía cada vez que lo tenía cerca.

El roce de su dedo dejó paso a la caricia de sus labios. Le besó el lugar donde le había caído el trocito de pastel, luego suspiró hondo y pegó la mejilla a la de ella.

—La necesidad está siempre ahí. No sé por qué.

Él giró la cabeza para mirarla a los ojos, ella hizo lo mismo y sus bocas se encontraron.

El fuego estalló de golpe. Rik la estrechó en sus brazos y Mel le echó los suyos alrededor del cuello. No sabía si podría haberse apartado si lo hubiese intentado porque no quiso hacerlo. Eso era lo que había estado atormentándola, en lo que había estado intentando pensar, lo que había tratado de comprender.

Pero los pensamientos se habían convertido en acción. Se abrió a

él, bebió de su boca y le acarició con la lengua.

Era un placer increíble que había tratado de contener. Pero Rik la atraía con una fuerza a la que no podía resistirse. No quería hacerlo.

—No quiero dejar de hacer esto, Mel —sus palabras reflejaban lo que ella sentía.

Le encantó oír que la llamaba por su diminutivo.

—Yo tampoco quiero, Rik.

—¿Sabes lo que va a pasar? —su voz estaba cargada de emoción y de deseo.

—Sí —respondió sin titubear porque no sentía la menor incertidumbre—. Todo esto es nuevo para mí.

«Por favor, no pares porque te haya dicho eso».

—Pero quiero que ocurra, Rik. Yo… no tengo ninguna duda.

—Yo tampoco quiero pensar en las dudas —le acarició la mejilla suavemente, a pesar de la fuerza de sus palabras—. Voy a cuidar de ti, Melanie. Te voy a tratar muy bien en todo momento.

Eso bastó para ella. Esas palabras hicieron desaparecer el temor a no saber qué hacer o no poder satisfacerlo. Él la enseñaría. Mel podría hacerle ese regalo y, al mismo tiempo, disfrutar del regalo de su intimidad. Lo deseaba y lo necesitaba, aunque no comprendía por qué con tanta fuerza.

Rik la agarró de la mano y la llevó hasta el dormitorio. La estrechó en sus brazos y comenzó a besarla lentamente, desde el cuello hasta la barbilla y, finalmente, en la boca. Mel ni siquiera se fijó en cómo era la habitación.

Era todo perfecto. Eso fue lo que pensó ella mientras le acariciaba el pecho por encima de la camisa. Pero no bastaba con eso.

—Quiero…

—Dime qué quieres, Melanie. Dímelo —la animó a dar voz a sus deseos.

—Quiero tocarte. Necesito sentir tu piel bajo los dedos mientras me besas —dijo casi susurrando, pero él la oyó perfectamente y le llevó la mano hasta los botones de la camisa.

Los desabrochó uno a uno con dedos temblorosos, con los que pudo después acariciar su pecho.

—Tienes la piel muy caliente.

—Porque te tengo cerca —Rik se quitó la camisa, después la miró a los ojos y la llevó a la cama.

A pesar de la pasión y el deseo que casi la cegaba, el instinto hizo que lo supiera con absoluta certeza:

—Esto es lo que necesitaba. Quiero que me hagas el amor, Rik. Quiero compartir esto contigo sin pensar en nada más.

Rik le tomó el rostro entre las manos.

—Así será entonces.

Melanie floreció con sus caricias. Era tan bella que se lo dijo en todos los idiomas que conocía, incluyendo la antigua lengua de Braston. Eran palabras que nunca antes le había dicho a ninguna mujer.

Titubeó un instante antes de hacerla suya.

—Siento si te duele. Si quieres que lo dejemos…

—No —respondió ella de inmediato, contra sus labios. Suspiró con un deseo que le había invadido el corazón y que la aterraba porque aquello era demasiado peligroso—. No pares, por favor, Rik. No creo que pudiera soportarlo.

Sí que le dolió, pero lo miró a los ojos y la ternura que encontró en ellos antes de que se inclinara a besarla bastó para mitigar el dolor y para hacer que confiara en él y se dejara guiar.

Eso hizo él y entonces solo hubo placer, un placer arrollador que le proporcionó la experiencia más increíble de su vida y la maravilla de saber que había contribuido a que él también disfrutara.

Después se acurrucó en sus brazos y trató de luchar contra el letargo que amenazaba con derrotarla. Intentó pensar qué ocurriría ahora o qué debía decir. Eran tantas cosas que no comprendía… Pero no se arrepentía de nada, jamás podría lamentarlo.

Pero, ¿qué había significado para él? ¿Qué había sido para Rik? ¿Habría alguna posibilidad de que…?

Mel podría haberse avergonzado, pero había sido algo compartido. Dentro de ella no había lugar para la vergüenza o el arrepentimiento; había muchas otras emociones inexplicables y abrumadoras. Sintió un escalofrío y, antes de que pudiera buscar su calor, sintió los brazos de Rik apretándola un poco más.

Notó como desaparecía la tensión del cuerpo de Rik y se preguntó qué estaría pensando.

—Duerme, Melanie. Lo necesitas más de lo que piensas —le dijo, pasándole la mano por la cabeza.

Y Mel se durmió.

Capítulo Once

—Si me hubiese acordado de que hoy era la fiesta, me habría ido del país —Marcelo hizo una mueca de hastío.

—Vamos, ¿tan horrible es coquetear con tantas mujeres guapas? —le preguntó Anrai a su hermano.

Pero Marcelo no esbozó ni la más mínima sonrisa.

—Sí, si después quieren casarse contigo.

—Lo había olvidado.

—Tienes que dejar de coquetear con todo el mundo, Anrai. Un día vas a lamentarlo. El caso es que teníamos que venir al ensayo de boda de Rik —dijo y se dirigió al menor de sus hermanos—. ¿Te puedes creer que solo quede una semana para la boda?

—No —Rik miró a sus hermanos, que no dejaban de martirizarlo y de bromear.

Rik se habría unido a sus bromas de buen grado, pero dentro de él no había espacio para nada más que no fuera la mujer que había tenido en sus brazos la noche anterior.

Quedaba una semana para la boda.

Habían pasado solo una noche juntos.

Rik no debería haber permitido que ocurriera, pero así había sido y ahora no sabía qué hacer. No le gustaba nada perder el control de la situación… no le gustaba sentirse confundido, inseguro sobre qué hacer, pero lo único que podía hacer era seguir adelante. Porque en cierto modo nada había cambiado aunque hubiera cambiado todo. Pero nada dentro de él, de su forma de ser y de la huella que habían dejado sus padres en él.

Tenía que encontrar a Melanie. El ensayo era esa tarde y Rik no sabía si lo había estropeado todo.

«Aun así, sigues deseando poder hacerla tuya otra vez».

Intentó no pensar en ello. Había cruzado una línea que no debía volver a traspasar. Miró a su alrededor. Sus hermanos y él estaban en Ettonbierre y sí, se celebraba una fiesta.

Los tres se habían olvidado de ello hasta que habían salido del palacio. Los tres hermanos tenían muchos planes y objetivos que cumplir, cuya recompensa sería devolver la tranquilidad a su país, y el precio implicaría renunciar a su libertad. A no ser que Anrai y Marcelo encontraran una manera de evitarlo como lo había hecho él.

Rik recordó lo sucedido la noche anterior. Los dos habían estado inquietos y habían conseguido olvidarse de todo gracias a la cocina… y a que habían hecho el amor.

Pero eso había hecho surgir nuevas preocupaciones y preguntas. Rik no podía perder a Melanie. Solo esperaba que lo que habían

compartido no pusiera en peligro sus planes. Eso era lo único que le importaba. ¿Entonces por qué tenía esa terrible sensación de pérdida, en lugar de alegrarse de no ir a perder su libertad?

Todo volvía a llevarlo al mismo punto. Melanie y él habían hecho el amor. Las cosas habían cambiado. Tenía la sensación de que todo su mundo se hubiese alterado y no comprendía por qué sentía eso, o qué significaba.

Había despertado al amanecer con Melanie acurrucada entre sus brazos y una maravillosa sensación de placidez que había desaparecido en cuanto había recordado lo que habían hecho.

¿Cómo había podido dejarse llevar de esa manera? Mel carecía de experiencia, pero él no y debería haber sido lo bastante listo para no permitir que ocurriera.

Porque no tenían ningún futuro juntos; lo suyo era un acuerdo que él había ideado para huir de cualquier relación seria. No podía soportar la idea de repetir el error de sus padres, de quedar atrapado en otro matrimonio frío como el hielo y que sus hijos acabaran preguntándose si alguien podría quererlos.

No. No podía permitirlo.

Melanie era generosa y amable y sin duda querría a sus hijos. Pero él… era incapaz de todo eso.

Se había apartado de Melanie y se había levantado diciéndose a sí mismo que necesitaba tiempo para pensar, que esperaría a que ella se despertara y luego…

¿Qué? ¿Conseguirían que lo ocurrido no tuviera el impacto que ya había causado?

Melanie era virgen y le había hecho un valioso regalo, eso era algo que ya no se podría cambiar. Rik sentía que había recibido un regalo maravilloso al que no podía corresponder con nada de igual valor.

—Voy a buscar a Melanie —dijo, frunciendo el ceño—. Hay mucha gente y no debería estar por ahí sin al menos un guardaespaldas.

A pesar de que él mismo la había animado a moverse con total libertad y había creído que no podría ocurrirle nada. Pero la fiesta atraía a muchos turistas y desconocidos. Podría suceder cualquier cosa.

«Quieres protegerla, pero no le permites que conozca esas partes de ti mismo que ocultas al mundo».

Pero no a sus hermanos.

Ellos eran todo lo que tenía.

—Siento decirte esto, hermanito, pero nosotros tampoco llevamos guardaespaldas —Anrai enarcó las cejas—. Pareces muy preocupado teniendo en cuenta que se trata de un matrimonio temporal. Aunque

a mí me parece una muchacha estupenda —añadió.

—Lo es —admitió Rik sin darse cuenta de todas las emociones que automáticamente se reflejaron en su rostro o las miradas que intercambiaron sus hermanos antes de asentir ambos y dejarlo para que pudiera buscar a su prometida.

Con el paso de los años, aquella fiesta se había convertido en un lugar para coquetear y buscar pareja.

No quería que Melanie estuviese sola en tal ambiente.

Los celos volvían a apoderarse de él, aunque era consciente de que no tenía derecho alguno a sentir lo que sentía.

Entonces la vio de lejos, en el otro extremo de la plaza.

—Es muy halagador oír eso y, sí, supongo que se podría decir que soy una invitada del príncipe Rikardo —decía Mel mientras intentaba alejarse del grupo de personas que se había reunido frente a uno de los puestos de comida.

Trataba de parecer tranquila y educada, que no se le notara lo confundida que estaba desde esa mañana. El fingir que estaba tranquila la había ayudado a recuperarse después del viaje a París. La diferencia era que entonces necesitaba recuperarse de un beso, no de una noche haciendo el amor con Rik.

—Me temo que en estos momentos no puedo hablar más del tema.

Aunque Rik le había asegurado que nadie en el pueblo se daría cuenta de que la sortija que llevaba era un anillo de compromiso, Mel se metió la mano en el bolsillo de la falda por si acaso y se alegró de haber podido pensar con cierta claridad.

Esa mañana al despertar Rik ya se había marchado y Mel había decidido no ir en su busca porque necesitaba un poco de tiempo para pensar antes de enfrentarse a él.

Después de lo que habían compartido aquella noche, Mel no tenía ni idea de qué hacer, de cómo disimular porque lo cierto era que no podía pensar en otra cosa y apenas podía respirar por culpa de la mezcla de emociones que se había apoderado de ella.

Se había quedado dormida en sus brazos, emocionalmente agotada. Y había despertado sola, con la duda como única compañía. La duda de lo que sentía Rik, de si tenía derecho a esperar que sintiera algo por ella…

Porque habían compartido algo que para ella había sido muy especial, pero quizá para él no. Quizá para un príncipe no fuera nada extraordinario.

«Anoche te olvidaste de ese pequeño detalle, ¿verdad? Él es un príncipe y tú una simple cocinera que no forma parte de su futuro».

—Si cambias de opinión… —le dijo aquel hombre y le dio un trozo de papel con su número de teléfono.

La fiesta del amor. Era una celebración con una larga historia, según le habían contado en la cocina. Ahora se había convertido en un lugar donde conocer gente y tratar de encontrar alguien con quien salir. Mel no habría sentido ningún interés por dicha fiesta antes pero, después de hacer el amor con Rik, tenía la sensación de que nunca podría interesarle ningún otro hombre.

Tenía que salir de allí cuanto antes y volver al palacio. Quizá en el camino consiguiera llegar a una conclusión sobre qué debía hacer. También podría encerrarse en su habitación el resto del día y dedicarse a pensar. ¿Cuánto tiempo sería necesario?

«Mucho, Mel. Ya sabes lo que ha pasado».

De pronto lo vio con absoluta claridad y tuvo que admitirlo aunque no estuviese preparada para hacerlo.

Se había enamorado de Rik. Por eso la noche anterior la había conmovido tanto, hasta el punto de creer que nunca volvería a ser la misma. Porque una chica corriente como ella se había enamorado del príncipe Rikardo Ettonbierre de Braston.

Aquel descubrimiento debería haberle provocado una profunda alegría, pero lo único que sintió fue tristeza porque la noche anterior había sido su única oportunidad de demostrarle lo que sentía por él. Algo que nunca debería haber ocurrido.

Rik no le había prometido nada. Nunca lo había hecho. Simplemente se había dejado llevar por el deseo.

Ella era la única que había sido tan tonta de entregar su corazón. Ahora debía recuperarse para ser capaz de aguantar los meses que iba a estar casada con él y marcharse después sin perder su dignidad, cuando lo que en realidad deseaba hacer era suplicarle que la amara, que no la apartara de su lado.

Y esa tarde tenían el ensayo de la boda. ¿Cómo iba a aguantarlo?

—Melanie, ¿qué haces aquí? ¿Qué hacías hablando con esos hombres?

La voz de Rik la sobresaltó y puso fin a sus desesperados pensamientos. Pero la interrupción no hizo desaparecer el miedo y la incertidumbre.

Lo miró y pidió al cielo que Rik no adivinara sus sentimientos al observarla.

En su rostro había una expresión dura que le recordó a su padre…

Rik le había dicho que no quería formar parte de una relación fría. Se había mostrado muy contrario al matrimonio. Como si… no creyera en el amor.

Mel había creído que se debía a lo mucho que había sufrido viendo la relación de sus padres, pero al verlo en ese momento y darse cuenta de la capacidad que tenía para encerrarse en sí mismo a

pesar de lo mucho que ella lo necesitaba…

«Lo de anoche no supuso lo mismo para Rik que para ti. Sea o no como su padre, tienes que aceptar lo que te dijo desde el principio. Nunca te amará, Mel. Nunca».

Seguramente así le sería más fácil enfrentarse a la boda sabiendo que podría huir de aquel matrimonio enseguida.

Rik no la había engañado; había sido muy claro con ella desde el primer momento. Tenía derecho a proteger sus intereses y a tratar de ayudar a su gente. Lo que ocurría era que su padre lo había colocado en una situación imposible.

«Lo mismo que has hecho tú contigo misma al enamorarte de él».

Lo único que podía hacer era ser tan fuerte como él. Miró al rostro con el que tanto se había encariñado en tan poco tiempo y rezó por conseguir dicha fuerza.

—Rik, yo… —no sabía qué quería decir.

—Estaba preocupado. Este ambiente podría ser peligroso estando tú sola.

Él era lo más peligroso a lo que se había enfrentado en su vida. Lo amaba con todo su corazón y, por más que lo intentara, no podía luchar contra esos sentimientos.

¿Cómo iba a casarse con él y convertirse en su princesa, aunque solo fuera de cara al exterior, para marcharse después de solo unos meses y seguir adelante con su vida como si nada de eso hubiera ocurrido?

No había ni rastro de los zapatos mágicos.

—He venido a traer los pasteles que hice anoche para la fiesta —le explicó con cierto temblor en la voz.

Se aclaró la garganta antes de decir nada más. No quería que él se diera cuenta de lo afectada que estaba y adivinara el motivo.

Rik quería seguir soltero, se negaba a dejarse atrapar en la institución de la que ella estaba ayudándolo a huir. Al pensarlo, Mel tuvo que reconocer lo absurdo que era albergar la más mínima esperanza.

«Sigue caminando, Mel. Vamos, un pasito tras otro hasta llegar al palacio».

—También quería ver cómo era la fiesta —apretó los labios para que no le temblaran—. Pensé que podría ser interesante.

—Desde luego, los hombres hacían cola para pedirte salir —le dijo él con absoluta frialdad.

¿Entonces por qué Mel creyó percibir ciertos celos en sus palabras?

«Porque eres su prometida, aunque solo sea para conseguir un propósito».

—No me imaginaba que pudiera ocurrir —admitió.

—Lo comprendo —Rik guardó silencio mientras la observaba. Parecía agotada, tensa e insegura, y era todo culpa suya—. Debería haberte esperado esta mañana, pero me llamó Winnow y salí…

—No pasa nada —Mel le puso la mano en el brazo, pero la retiró de inmediato, como si se hubiese quemado.

Rik volvió a sentirse culpable. ¿Culpa y confusión? No eran sentimientos propios de él. Los echó a un lado y decidió ayudarla a salir de allí. Pero fue ella la que lo propuso antes.

—Si quieres volvemos al palacio. Seguro que tienes un montón de cosas que hacer antes de… del ensayo de la boda.

—Nada que no pueda esperar —aclaró él, pero se alegró de que Mel quisiera volver con él. Echaron a andar y, una vez lejos de la muchedumbre, Rik aminoró el paso—. Melanie, tenemos que hablar de lo de anoche.

—No hace falta —Mel levantó la cara con un gesto defensivo—. Solo fue… Es… Simplemente ocurrió, pero eso no tiene por qué cambiar nada. La verdad es que preferiría que lo olvidáramos todo.

—Eso es imposible —aunque sabía que no debería haber ocurrido, Rik no quería olvidarlo, ni que ella creyera…—. No quiero que pienses que me tomo a la ligera lo que pasó anoche —comenzó a decir con cautela—. Fue…

—Hay muchos motivos para acostarse con alguien —Mel respiró hondo—. Nosotros lo hicimos porque lo hicimos. Nos sentimos… un poco atraídos el uno por el otro y quizá también sintiéramos curiosidad. Ahora ya hemos saciado dicha curiosidad y no tiene por qué volver a ocurrir —declaró con evidente determinación.

Había dicho todo lo que Rik pensaba. No había restado importancia a lo que había ocurrido entre ellos, pero trataba de verlo con perspectiva. Era lo mismo que habría intentado hacer él. Entonces, ¿por qué le dolía tanto el pecho al pensar en lo que acababa de decir? ¿Por qué deseaba estrecharla en sus brazos e intentar arreglarlo todo a besos?

El palacio apareció a lo lejos, pero Rik solo podía mirar a Melanie. Se sentía culpable por haberla decepcionado y, al mismo tiempo, sentía que había perdido algo muy importante. ¿Cómo era posible? Debería haber sentido alivio.

«Entonces vuelve a concentrarte en el plan, que sigue siendo tan importante como siempre».

Así era. Melanie tenía razón. Nada había cambiado al respecto. Él seguía necesitando lo mismo y seguía siendo capaz de dar algo a cambio.

—Voy a cuidar de ti en el tiempo que dure nuestro matrimonio, Melanie —se oyó un ruido un poco más adelante, pero Rik estaba concentrado en algo más importante—. No te va a faltar de nada y,

cuando vuelvas a Australia después de todo esto…

—No necesito nada. Seguiré teniendo el dinero que me diste en París, que es más que suficiente —declaró con orgullo—. Podré arreglármelas sola cuando deje de ser tu princesa. Lo importante es que hayas conservado tu libertad y hayas conseguido lo que necesitabas…

—¿Qué es todo esto? ¿Qué está pasando aquí? —el rey Georgio apareció frente a ellos en el sendero.

Ése era el ruido que había oído. El padre de Rik, furioso con lo que acababa de escuchar.

—¿Qué clase de engaño es este, Rikardo? No dije que pudieras casarte por un tiempo. ¡Tiene que ser para siempre! —el rey miró a Melanie con desconfianza.

Antes de que pudiera decir nada, Rik se colocó junto a ella, como haciendo de escudo.

—Todo esto fue idea mía, padre. No culpes a Melanie de nada.

—Entonces tendrás que explicármelo tú —le exigió Georgio fríamente—. Pero no vas a hacerlo aquí de pie, en medio de un camino. Nos reuniremos en palacio en cuanto llegues. Y no me hagas esperar —y, sin decir nada más, se alejó de ellos en dirección al palacio.

Rik miró a Melanie.

—Rik, tus planes —murmuró Mel con profunda preocupación—. Parecía muy enfadado.

—Tengo que hablar con él ahora mismo y tratar de hacerle entender —Rik titubeó antes de añadir—: ¿Puedes esperarme?

—Claro. Te esperaré en nuestra… en la sala de estar.

Rik miró una última vez a la mujer que tenía delante y fue tras su padre.

Capítulo Doce

«Estoy atónito».

Eso era lo que pensaba Rik una y otra vez mientras se dirigía a la iglesia donde Melanie y él debían ensayar la ceremonia de boda. Lo que su padre le había revelado lo había dejado atónito.

Necesitaba hablar con Melanie. Afortunadamente, en cuanto lo vio entrar en el templo, ella se apartó del resto de personas y fue hacia él.

—No podía seguir esperándote —le explicó susurrando—. Dominico vino a buscarme y no podía decirle nada. ¿Se… ha anulado la boda? ¿Qué ha pasado? ¿Qué te ha dicho tu padre?

Anrai y Marcelo esperaban junto al cura y algunas otras personas que participarían en la ceremonia de la semana siguiente.

«Allí podría haber otro hermano».

—Te vas a quedar tan sorprendida como yo cuando me lo ha dicho mi padre y voy a pedirte que no se lo digas a nadie hasta que pueda hablar con Anrai y Marcelo —Rik tomó aire antes de proseguir—. El motivo por el que mi padre nos insistía tanto para que nos casáramos es que tiene un hijo ilegítimo mayor que nosotros que vive en Inglaterra. Parece ser que hace dos años descubrió quién era y desde entonces intenta hacerse con un lugar dentro de la familia.

Melanie se llevó la mano a la boca antes de dejarla caer de nuevo.

—No son buenas noticias para vosotros, ¿no?

—Por eso se marchó mi madre —siguió explicándole Rik—. El caso es que se ha hecho con las leyes de Braston y ha descubierto que puede reclamar el primer puesto en la línea de sucesión al trono siempre y cuando Marcelo no esté casado. Si se casa, su situación estará segura, pero la de Anrai y la mía no lo estará hasta que nos casemos también.

—En otras palabras, no forma parte de la familia porque no es bienvenido.

—No lo sé —admitió Rik con cautela—. Legalmente, no sé qué posibilidades tiene de reclamar nada. Me gustaría conocerlo personalmente y comprobar qué clase de persona es. No voy a rechazar a un hermano mío, pero tampoco voy a permitir que nadie ponga en peligro la seguridad de mi país y de mi gente.

—Me parece justo.

—Esas leyes tan antiguas son uno de los motivos por los que Marcelo quiere hacer tantos cambios. No es solo para conservar nuestra posición, sino para velar por la seguridad del país.

—¿Por qué querría ese hombre hacerse con un derecho que no le pertenece? Tiene que darse cuenta de que no puede pretender ocupar el lugar de otro así como así.

—No tengo duda de que la negativa de mi padre de reconocerlo como hijo suyo ha contribuido a aumentar su rabia y su frustración.

—Bueno, al menos tú puedes proteger tu posición casándote conmigo.

Salvo por un pequeño detalle.

—Pero no puede ser algo temporal, Melanie. Mi plan de casarme contigo y luego divorciarme no serviría de nada.

—Entonces… ¿qué vas a hacer? —lo miró a los ojos fijamente, consciente por fin de hasta qué punto había cambiado la situación—. Tienes que buscar a otra persona, alguien con quien puedes comprometerte de verdad. Seguro que hay alguien a quien puedas aceptar.

El cura se aclaró la garganta a modo de indirecta.

Sin duda era el peor lugar para decir lo que iba a decir, pero mientras informaba a Melanie de todo lo ocurrido, Rik había llegado a una conclusión. Sabía lo que necesitaba y no tenía duda de a quién quería pedírselo. Solo quedaba convencerla.

—Quieres que lo haga yo, ¿verdad? —le preguntó ella, apretando los labios—. ¿Quieres que me case contigo para siempre?

—Ya estamos juntos. Yo te daría todo lo que pudieras necesitar; no te faltaría de nada —sería una buena solución y no solo para Rik, también para ella—. Y más adelante, si quisieras tener un hijo, yo… estaría de acuerdo.

Había otras palabras en su interior que trataban de salir a la luz, pero Rik debía protegerse.

Melanie lo observó detenidamente antes de mirar a su alrededor, a la gente que los esperaba junto al altar.

—No puedo hacerlo —susurró y luego continuó con voz más fuerte—: Yo llevo toda la vida esforzándome mucho. Nunca he rechazado a nadie aunque me rechazaran a mí, pero no quiero volver a sentir todo eso. Siempre me he culpado de que mis padres murieran en ese accidente y pensé que no merecía ser feliz o seguir con vida cuando ellos habían muerto. Ahora sé que no es así. Claro que merezco ser feliz. Me merezco mucho más de lo que tú me ofreces.

Dicho eso, Melanie se dio media vuelta y salió corriendo de la iglesia.

Capítulo Trece

—He cometido el peor error de mi vida —le dijo Rik a su hermano Marcelo mientras lo llevaba al único aeropuerto internacional de Braston.

Tenía el estómago revuelto por el miedo a haber perdido a Melanie para siempre por haber sido tan tonto de intentar protegerse y de no darse cuenta…

Había perdido un tiempo muy valioso buscando a Melanie en los alrededores del palacio, incluso había ido a la montaña donde se habían besado la primera vez. Al no encontrarla allí, el pánico había empezado a apoderarse de él ante la idea de que pudiera haberle ocurrido algo, tan alterada como estaba. De pronto había empezado a aflorar todo lo que había estado frenando y negando desde que había hecho el amor con ella.

—No se va a marchar del país —aseguró Marcelo—. Si es necesario, haremos que retrasen todos los vuelos. Dominico puede encargarse de que lo hagan.

De algo tenía que servir el título de príncipe y, en ese momento, Rik estaba dispuesto a aprovecharse de ello por una vez en la vida. Lo que le preocupaba era lo que haría Melanie cuando por fin la encontrara.

—La he utilizado sin tener en cuenta lo que pudiera sentir, sin respetar sus emociones ni sus derechos —meneó la cabeza con rabia hacia sí mismo—. Le pedí que se casara conmigo para siempre como si tuviera que darme las gracias por semejante privilegio.

—¿El de formar parte de un matrimonio sin amor el resto de su vida? —le preguntó Marcelo sin sarcasmo, simplemente para hacérselo entender, pues era algo que los dos sabían desde niños aunque nunca hubieran hablado de ello.

—Justo lo que yo quería evitar a toda costa —no comprendía cómo había podido no darse cuenta de que la necesidad que sentía de atrapar a Melanie en ese matrimonio no se debía únicamente a la necesidad de protegerse de ese hermano al que no conocía, también lo impulsaba la necesidad que tenía de ella—. No consigo sentir nada bueno hacia ese hombre, Marcelo. Sin embargo, cuando pienso en lo que siento por Melanie…

—Poco a poco —le aconsejó su hermano mientras detenía el coche frente a la puerta de la terminal aérea—. Tendremos que conocerlo. Pero antes soluciona lo de Melanie. Buena suerte.

—Gracias —le dijo, mirándolo a los ojos.

Respiró hondo y entró corriendo al aeropuerto.

«No pienso sentirme culpable por el dinero», pensaba Melanie

mientras se apretaba las manos sobre el regazo.

Había hecho el equipaje a toda prisa, había pedido un taxi y se había marchado al aeropuerto, donde había comprado un billete para volver a Australia con el dinero que Rik le había dado aquel día en París.

Solo faltaban unos minutos para el embarque y para alejarse de Braston y de Rik para siempre.

Se le encogió el corazón al pensarlo. Rik no tardaría en encontrar a otra mujer que lo ayudara a salvar a su pueblo; cualquiera estaría encantada de casarse con él.

Pero ella no podía hacerlo. No, si él no la amaba.

—¡Melanie!

Al principio pensó que lo había imaginado porque deseaba con todas sus fuerzas oír esa voz. Iba a necesitar un tiempo para recuperarse.

—Mel. Menos mal que estás aquí —Rik apareció frente a ella. Tenía el pelo alborotado y muy poco aspecto de príncipe.

Mel se puso en pie de un salto, sin saber muy bien para qué, si para salir corriendo o para echarse en sus brazos.

«Sé realista, Melanie Watson. Sigues siendo una cocinera y él un príncipe que no te ama».

—No tengo ningún zapato de cristal —dijo él.

—¿Qué?

Por megafonía anunciaron que su vuelo estaba empezando a embarcar. Mel miró a la gente que había en la sala, acercándose a la puerta de embarque. El corazón le decía que se quedara y, el instinto de supervivencia, que se marchara y no mirara atrás. Estaba harta de querer sin que la correspondiera y sabía que dolía mucho.

—Tengo que irme, Rik. Me he gastado todo tu dinero en el billete, así que no puedo comprar otro.

—Yo te lo compraré, Mel… si aún quieres irte.

«Por Dios, Rik».

—Debería haberte dicho algo muy importante cuando te he pedido que te casaras conmigo.

—¿Otro regalito? —le preguntó con sarcasmo, pero enseguida se arrepintió—. No quería decir eso.

—Tienes todo el derecho del mundo —Rik le señaló una sala que había a su izquierda—. ¿Podemos hablar en privado un momento, Mel? Por favor. Te prometo que podrás marcharte si quieres después, pero déjame que intente…

—Está bien.

Mel echó a andar hacia la sala y abrió la puerta. Por alguna razón, necesitaba llevar la iniciativa en algo, aunque fuera en tonterías como esa.

Ni siquiera miró a su alrededor, ni se fijó en cómo era la sala; solo podía ver los ojos azules de Rik, que la miraban con desesperación, como si buscaran algo que necesitaban encontrar urgentemente.

—Esto no es un cuento de hadas, Rik —le dijo—. Sé que eres un príncipe, pero para mí siempre serás, ante todo, un hombre, el hombre del que… —«me enamoré».

—Sí. La verdad es que queda muy poco del cuento de hadas —le tomó una mano entre las suyas—. Debo reconocer que me ha afectado mucho lo que me ha contado hoy mi padre.

—Espero que todo se solucione sin que nadie resulte perjudicado.

—No sé si será posible —por el momento, Rik prefirió dejar eso a un lado—. Melanie, te he pedido que te casaras conmigo para siempre…

—Pero en el fondo no quieres hacerlo porque no quieres ese tipo de relación y yo… no puedo hacerlo si…

—¿Si te ofrezco un montón de cosas que no importan y nada más? —terminó de decir él y meneó la cabeza—. A ti no te importan todas esas cosas que conlleva el hecho de ser príncipe y yo he tardado demasiado en darme cuenta de por qué necesitaba tanto que me aceptaras de todas maneras.

¿Qué era eso que veía en sus ojos? Mel no se atrevía a soñar después de haber tomado la decisión de marcharse.

—Ya encontrarás a alguien, Rik. Podrás casarte y conservar tu posición. Siento que tenga que ser para toda la vida.

Cada palabra que pronunciaba hacía que se le encogiera más el corazón.

—Lo que ocurre es que todo eso ha cambiado, Mel. Porque me he enamorado de ti —dijo muy despacio.

Mel frunció el ceño y meneó la cabeza. Esa vez no podía echarle la culpa a la medicación, más bien al temor de haber imaginado aquellas palabras.

—Me enamoré de ti en cuanto te estreché en mis brazos y te hice el amor —al decirlo esa vez, el rostro de Rik se llenó de emoción—. Créeme, por favor, porque es verdad.

Mel nunca había visto tal emoción en él, solo un pequeño destello mientras hacían el amor.

¿Era posible que Rik se hubiese enamorado de ella de verdad?

—Pero tú eres un príncipe y yo una cocinera.

«¿De verdad me amas, Rik?».

—Dijiste que jamás amarías a nadie —añadió Mel.

—Porque no te conocía todavía, ni imaginaba que pudieras conquistar mi corazón como lo has hecho —le tomó las dos manos entre las suyas.

Mel bajó la mirada.

—¡El anillo! —aún lo llevaba puesto—. Tenía intención de dejarlo en la habitación.

—En nuestra habitación. Me alegro de que no te lo hayas quitado porque está hecho para ti —la miró a los ojos—. Sé que te estoy pidiendo otro acto de fe y, si no sientes nada por mí, lo aceptaré, pero espero que me des la oportunidad de demostrarte lo mucho que te amo.

—Quiero hacerlo, Rik —lo deseaba con todo su corazón—. Si realmente me quieres…

—Sí —aseguró sin dudarlo, con absoluta convicción—. Si puedes aprender a quererme, seré el hombre más feliz del mundo.

—Por eso decías lo del zapato de cristal —no había caído en la cuenta de que quisiera convertirla en su princesa de verdad—. Yo soy mucho más práctica, Rik. Me gusta cocinar. Perdí a mis padres y he crecido deseando que alguien me quisiera, pero sin conseguirlo; por eso me prometí a mí misma que no permitiría que volvieran a hacerme daño.

Sin embargo, había abierto su corazón para él.

—¿Estás seguro? Porque parecías tener tan claro que nunca podrías tener esa clase de relación…

—Pensaba que era incapaz de sentir todo esto. Amor, compromiso.

—Será por la manera en la que te han educado.

—Los dos hemos sufrido por culpa de nuestras familias —reconoció con dolor, pero sobre todo con un gran amor que ya no tenía miedo en demostrar—. Pero tú me has enseñado a querer.

Mel lo creyó al mirarlo a los ojos.

—Yo también me he enamorado de ti, Rik —le confesó también sin ningún miedo—. Tenía intención de ayudarte y luego volver a Australia, pero pronto empecé a darme cuenta de que quería quedarme contigo para siempre. Sin embargo, cuando me pediste que…

—Fui tan tonto que no me di cuenta de lo que sentía —respiró hondo—. Pensé que te había perdido y no podía soportar la idea de tener que vivir sin ti —hizo una pausa para mirarla con una sonrisa en los labios—. ¿Quieres casarte conmigo, Mel? Dame la oportunidad de demostrarte lo importante que eres para mí.

—Sí —dijo Melanie y se echó en sus brazos. Era maravilloso, perfecto. No hacían falta zapatos mágicos, ni se había colado por una madriguera, simplemente había encontrado al hombre de sus sueños—. Sí, me casaré contigo la semana que viene y para siempre. Te querré cada día de mi vida.

Mel sabía que tendrían que enfrentarse a dificultades. Al fin y al

cabo, iba a casarse con un príncipe. Pero se entregaría a él en cuerpo y alma y sabía que él la cuidaría con todo su amor.

Rik miró por la ventana y sonrió.

—Acabas de perder el avión. Vamos a casa a contar los días que quedan hasta la semana que viene.

—La organizadora de bodas se alegrará mucho de no tener que empezar otra vez de cero —Mel esbozó una sonrisa y salió del aeropuerto del brazo de Rik.

Allí los esperaba un coche con las llaves puestas.

Los privilegios de ser príncipe, pensó Mel.

Un príncipe con el que ella, Melanie Watson, cocinera, iba a casarse muy pronto. Y para siempre.

Era el plan perfecto.

Epílogo

—No hay motivo para estar nerviosa —le dijo Anrai a Melanie mientras se dirigían a la puerta de la iglesia—. Y gracias por dejar que te lleve hasta el altar.

Melanie respiró hondo y miró a su cuñado a través del velo de novia. Estaba emocionada e impaciente.

—Sabes que lo quiero mucho.

—Sí. Tiene mucha suerte. No albergo esperanzas de poder disfrutar de nada parecido, pero me alegro mucho de que vosotros os hayáis encontrado el uno al otro —dijo Anrai al tiempo que se abrían las puertas y empezaba a sonar la música.

Se oyeron exclamaciones de admiración al ver el vestido de la novia, una chica corriente a punto de convertirse en princesa.

Mel miró a uno de los primeros bancos, donde se encontraban sus tíos y su prima. Nicolette estaba muy guapa con un vestido de seda rosa. Pero ese día todo el mundo tenía la atención puesta en Melanie.

Mel sintió cierta tristeza de que su prima no supiera que el amor era algo que nacía de dentro, que era un regalo mucho más valioso que cualquier objeto material.

Fue Nicolette la que apartó la vista como si no pudiera aguantar por más tiempo la mirada de su prima.

Allí estaba Rik, junto al altar, esperando pacientemente hasta que Anrai le cedió la mano de Mel como lo habría hecho su padre.

El amor y la felicidad que vio en sus ojos la llenó de ternura. De pronto tuvo la sensación de que sus padres podían verla. Sintió también su amor.

El cura dio comienzo a la ceremonia.

Y allí, ante Dios y todos aquellos testigos, Nicole Melanie Watson se casó con Rikardo Eduard Ettonbierre, tercer príncipe de Braston.

Él tenía otros títulos.

Su esposa era una magnífica cocinera.

Aún no habían decidido quién sería el propietario de la descendencia que pudiera tener *Rufusina*.

Pero Rik y Mel eran completamente felices y seguirían siéndolo. Las crías de *Rufusina* formaban parte de otra leyenda.

Fin